

Selecta

UNA CITA A
MEDIANOCHE

RUTH M. LERGA



MINSTREL VALLEY

Una cita a medianoche

Minstrel Valley 11

Ruth M. Lerga

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*A quien nos enseñó a jugar al ajedrez siendo unas crías,
y de quien seguimos aprendiendo ahora que ya somos mujeres.*

Per a tu, pare

Esther y Ruth

Una dama no sabe de política o economía.
Y, por supuesto, nunca sabe más que un caballero.
Reglas del decoro de la señorita Sherman.

Prólogo

Madrugada de abril de 1837, en la biblioteca del conde de Sandsbrooke, Londres

—Asúmelo de una vez: la niña es idiota.

—Si quieres hablar de la peluca de lady Cummins, que se asemejaba, por cierto, a un nido de pájaros sobre su cabeza rala, estoy dispuesto a tomarme una copa de jerez contigo antes de que subas a tu alcoba —le dijo sin levantar la vista del pliego de folios que tenía delante—. Si tus pretensiones, en cambio, son las de insultar a mi hija, te agradeceré que cierres la puerta y te quedes fuera, Grace. La paciencia de todo hombre tiene un límite y una fiesta de más doscientos invitados donde el nivel de ignorancia estaba muy por encima de la media habitual ha superado la mía.

—Es nuestra hija, Trevor. Que haya pasado más tiempo encerrada en esta sala contigo que en la de costura conmigo no hace que la quiera menos. Tal vez tu amor por ella te ha cegado a sus defectos. ¿No la viste esta noche? Tropezó tres veces con el pie del embajador de Estados Unidos.

—Isaac Hayes es republicano y esclavista. Merecería siete pisotones más, al menos.

—¿También el hijo de lord Burnham, y durante el vals?

—Su padre es *whig*[1]. Ni siquiera debió acceder a danzar nada con él, o no más allá de una polca.

—Y cuando el marqués de Haven le ha preguntado...

—¿Qué importa lo que le haya dicho ese viejo? Tiene sesenta y ocho años y está sordo, no hubiera escuchado su respuesta.

La condesa lo miró con resentimiento.

—Asumes, por tanto, que fue incapaz de contestar. Y sabes tan bien como yo que si lo hubiera hecho, habría tartamudeado.

Lord Trevor Etherington se puso en pie. Para tener cincuenta y un años era un caballero de altura y envergadura imponentes. Su esposa dio un paso atrás de manera involuntaria sabiendo que le había enfadado. No era un hombre agresivo, nunca le había levantado la mano, pero vivir su exclusión era para ella el peor de los castigos.

—Tengo que revisar tres cartas y un proyecto de ley, y no he tenido tiempo de hacerlo porque llevo dos semanas de salita en salón, de parque en teatro, acompañándoos a ti y a Amanda. Esa hija que, en la actualidad, absorbe todo mi tiempo y aun así no parece suficiente para que tú, su

madre, como has tenido a bien recordarme que eres, seas capaz de hacer lo que de ti se espera y le encuentres un esposo.

—Pero... —protestó, agraviada.

—Y, por supuesto, si llegado el caso nuestra hija, una joven de familia excelente con una dote mermada pero aun así decente y sin ningún defecto físico, se quedara soltera, será porque yo gusté de tenerla durante su infancia en mi compañía para darle la misma educación que a mis tres hijos, o tal vez porque ella es, al parecer y según tus palabras de amorosa madre, una idiota, y no porque tú no hayas sido capaz de hacer tu parte del trabajo con éxito.

—¡Trevor!

Pero el conde estaba enfadado de veras y no mostraría clemencia.

—Creo que voy a pedirte de nuevo que, si esta va a ser la conversación que tienes pensada para el fin de la velada, abandones mi biblioteca, el único refugio del que gozo en mi casa, y te marches. Te aconsejo que dediques los próximos días a reflexionar sobre por qué nuestra hija tampoco está disfrutando este año de la temporada. No por qué no es capaz de bailar o hablar o por qué no ha recibido ni una sola proposición en dos años, sino sobre por qué no goza de los que deberían ser los momentos más dulces de su vida.

Envarada, lady Grace salió dando un portazo. El caballero suspiró y dejó caer con pesadez su cuerpo sobre la silla de nuevo.

—Estoy viejo para estas lides. Debí casarme diez años antes.

—A esa edad estabas en Baviera, padre —le respondió su hija.

Lady Amanda Etherington, asunto de la discusión recién acaecida, apareció tras el pesado cortinaje que daba al enorme ventanal. Durante el día solía sentarse allí, pues el saliente acristalado que daba al jardín tenía un alféizar interior de madera de más de un metro que hacía de bancada, y le encantaba sentarse a leer en él. Por las noches, después de una velada desastrosa, le gustaba quedarse un rato mirando el exterior antes de acostarse, hasta recuperar la calma, perdida durante la fiesta de turno. La oscuridad la relajaba, ya fuera perdiéndose en la negrura de la noche si era invierno o saliendo al exterior —el despacho estaba en la planta baja— para tumbarse en la hierba a mirar las estrellas si hacía buen tiempo.

—Siento que hayas tenido que escucharlo, Amanda —se lamentó.

—Olvídalo. No ha dicho nada que no supiera ya que piensa de mí. —Se acercó a la mesa—. Gracias por la defensa, madre es rencorosa.

—Tu madre va a tener que dar muchas explicaciones cuando cierre la Cámara.

Ella sonrió por su expresión: en casa de los Etherington todo giraba en torno a la agenda del Parlamento. El conde, mientras, comenzó a retirar documentos de la mesa de manera metódica. Su hija le había visto proceder de la misma manera cientos de veces.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó con voz tranquila—. Me he quedado para ayudarte con el proyecto de ley.

—Melbourne apenas lleva doce meses en la silla —le respondió, mirándola con una sonrisa

maquiavélica—. Dejemos que se acomode antes de quitársela, aún le quedan casi cuatro años. Robert volverá al Gobierno, no tengo ninguna duda. Y no voy a condenarme por un proyecto que no saldrá adelante porque Coltway ha decidido que quiere una reforma agraria por y para imbéciles. Quiero volver con Peel.

Sabía de las ambiciones de su padre, quizá solo su hija las sabía de manera tan abierta por el momento.

—Coltway no distinguiría una patata de un caracol —afirmó ella—. La reforma es necesaria, de eso no cabe duda. No podemos seguir cultivando de manera sectorial durante mucho más tiempo como no podemos, tampoco, agrupar los tipos de rebaños por áreas: habría que ser más ambiciosos y ampliar la ley a la ganadería. Pero si Coltway quiere reformar algo, que comience por sus manuales sobre el campo, deben de ser del Alto Medievo.

Mientras hablaban fueron poniendo el tablero de ajedrez sobre la mesa. En silencio colocaron las piezas. La última vez ganó él, así que Amanda tomó las negras. En cuanto se movió el primer peón se concentraron en la partida. Llevaban más de cinco minutos jugando cuando lord Trevor preguntó.

—¿Por qué ocurre?

No simuló no entenderle, sabía que se refería a su fracaso social. Se encogió de hombros, como solía hacer en privado.

—No sé qué esperan de mí.

—Esperan que les obedezcas y les proporciones descendencia, como cualquier otra dama de buena casa.

—No negaré que madre fue generosa en cuanto a sucesión, pero no estoy segura de haber visto esta noche el parangón de la sumisión —respondió con una sonrisa ladina, comiéndole el alfil—. Jaque.

Él apartó su rey, ella prefirió enrocarse antes de continuar con su ataque.

—Conmigo no has tartamudeado, nunca, ni con tus hermanos. Ni te has quedado muda, tampoco.

—Ni con el servicio tampoco lo hago. De eso te hablo, sé qué esperan de mí, todos ellos. Sé cuál es mi lugar y cuál es el suyo, el de mis hermanos, el del mayordomo o la chica de la colada, el tuyo desde luego... sé qué tengo que hacer y decir y, sobre todo, qué no puedo hacer ni decir. Es sencillo, no hay expectativas.

—Con tu madre tartamudeas.

Las esperanzas que lady Grace había depositado en ella eran enormes. Pretendía que devolviera a la familia su esplendor económico.

—Contigo sé bailar el vals. Jaque.

Esta vez protegió el rey.

—¡Amanda! —Le tomó la mano para que evitara otro ataque de la dama—. ¿Cuál es el problema? Necesito entenderte.

La desesperación en la voz de su padre la enterneció, era una joven afortunada. Mientras otros

progenitores habían ignorado a sus hijas, el suyo había cultivado su curiosidad por los libros. Le había dejado leer tratados sobre filosofía y política, sobre las leyes del Reino Unido; le había hablado sobre la historia de Gran Bretaña, sobre el funcionamiento de las Cámaras, sobre la expansión colonial, sobre economía... Y habían debatido durante horas sobre todo ello encerrados en aquella biblioteca. Había prestado atención a sus opiniones, había corregido las percepciones equivocadas o mal formadas a consecuencia de tener información sesgada y le había permitido, además, tener una voz propia. ¡Pero si incluso le tuteaba en privado, lo que sus hijos varones no hacían porque, según él, aún no se habían ganado el privilegio!

Todo aquello que un hombre de provecho debía conocer, según lord Etherington, se lo había transmitido a Amanda. Había intentado que el resto de su descendencia también lo aprendiese, sabiendo que en Eton los instruirían en otras materias y se formarían como hombres pero no como políticos, pero solo ella de sus cuatro hijos, la única mujer, para su desgracia, había demostrado ser una estadista, una estratega.

Y sin embargo parecía carecer de dotes sociales.

—Dejaremos esta partida en tablas, padre, pero la próxima vez yo tendré las blancas.

Y sin esperar respuesta apartó todas las figuras del tablero, dejándolo vacío.

—Pero ¿qué diablos...?

—¿Ves los escaques? En un mundo de hombres esta sería la Cámara de los Lores, de los Comunes... no me importa. —Tomó las piezas blancas—: Los *tories* os colocaríais aquí. —Y fue situando a nobles y peones, y después las negras para referirse a los *whigs*, alienadas en perfecto orden—. ¿Ves el caballo? Supongamos que es el ministro de la Junta de Comercio. ¿Sabes cómo se comportará?

—¿Charles Thomson? ¡Como un idiota!

—Padre —lo regañó—. Si es el caballo...

Suspiró, medio divertido medio enfadado por lo absurdo de la pregunta.

—En forma de L, claro.

—Correcto. Y el primer ministro, sabiendo que el rey sería el más importante pero está limitado en su capacidad de movimiento, ¿sería...?

—La dama, Amanda, sería la dama: Melbourne es una cara bonita.

A su pesar, rio.

—Exacto. Y nadie tiene mayor movilidad que la dama, ni más poder.

—Fui yo quien te enseñó a jugar al ajedrez y sigo ganándote dos de cada tres partidas.

—Tres de cada cinco. Y ¿qué ocurre cuando acaba la partida?, ¿la votación?, ¿las elecciones, como el pasado mes de abril? Ocurre que seguís reuniéndoos en White's o Boodle's y compartiendo un buen *brandy* y una mejor conversación. ¿Me equivoco?

—Depende del sujeto prefiero el *brandy*, muchachita insolente.

Entonces vació el casillero, se levantó de la mesa sin dar explicaciones y regresó con varias cajas de fichas de madera, más humildes, con las que había aprendido a jugar antes de que le

permitiera usar aquellas, de marfil y oro.

—Pongamos ahora que los sesenta y cuatro escaques son Almack's, ¿de acuerdo?

—Muy bien, perfecto para una superficie tan lujosa como este... ¡Espera un momento!, ¿qué se supone que estás haciendo? —dijo, al ver que su hija colocaba todas las damas que encontraba dentro de las distintas cajas y las iba colocando en los cuadros blancos y negros.

—Ayúdame, ve buscando los reyes y los caballos. Yo seguiré con las torres.

Cuando acabaron, tenían un tablero lleno de reyes y damas, caballos y torres; y ninguna otra pieza.

—¿Qué se supone que es esto? —Lord Trevor estaba más enfurruñado que contrariado—. Así no se puede jugar.

—Esto, padre, es un salón de baile. Los reyes somos nosotras, quienes buscamos esposo. Se supone que somos las protagonistas, pero en realidad somos las figuras más limitadas y, siendo sinceros, las más aburridas del juego aunque, en teoría, se nos suponga las piezas más codiciadas. Los caballos son quienes buscan esposa. Sabemos qué esperar de ellos la mayoría de las veces, pero no se mueven como el resto del salón, sino que van dando saltos con una libertad que nos resulta excepcional.

Atento, el conde asentía mientras ella seguía con la explicación, moviendo las piezas a capricho.

—Ya veo...

—Después están las damas, que son...

—Las madres, claro —siguió por ella, enfático.

—No.

—¿Cómo que no? —insistió, frustrado—: ¿Quiénes, sino?

—Son las matronas que se dedican a esparcir rumores sobre dotes y malos comportamientos. Pero también lo son las viudas que buscan esposo, las mujeres, casadas o no, que buscan un hombre con un fin distinto al de contraer nupcias y que distraen a los caballos de los reyes...

—¡Amanda!

—Tengo tres hermanos de diecisiete, dieciséis y quince años —se quejó—. Hay cosas que ni tú querías que supiera ni, con honestidad, yo desearía saber.

—Voy a sajarles la lengua —se prometió, refiriéndose a sus hijos—. Y las torres, ¿quiénes narices son las torres? —espetó, ya enfadado.

Con una sonrisa de triunfo, su hija les dio la vuelta a todas, colocándolas del revés.

—Las torres son las madres.

El tono irreverente acabó de sacarlo de quicio.

—Sabes a la perfección que una torre invertida no equivale a una dama, por más que algunos tramposos digan lo contrario cuando un peón corona[2]. —Y solo entonces lord Trevor cayó en la cuenta—. ¡Por todos los demonios! ¡Las madres son las timadoras! —Y echó la cabeza atrás, en una enorme carcajada—. Cada baile es un ejercicio de poder. Si no unas elecciones, sí la

aprobación de una reforma legal. ¡Dios mío!

—Es el futuro de sus hijas lo que está en juego. —Amanda no reía. Ni una ligera sonrisa asomaba a sus labios.

—Tanto como en el Parlamento lo está el del país. Quisiera ver a algunos de mis colegas lidiar con ellas. —Y volvió a soltar una carcajada, imaginando lo cómico de una situación así.

—Y ahora, dime: ¿te imaginas al día siguiente a un baile, una boda, un anuncio de compromiso... a todas las madres reunidas en un saloncito compartiendo un té de manera desenfadada y sincera?

El conde rio hasta que le saltaron las lágrimas. Solo cuando se las secó se dio cuenta de que su hija no compartía su diversión. Y comprendió no solo su falta de sensibilidad, sino el drama que vivía ella.

—Esas son mis noches, padre. Una competición en la que no tengo ninguna oportunidad porque nadie me ha explicado unas reglas que no entiendo y, en cualquier caso, la mitad de las mujeres que están allí no actúan con nobleza, una cuarta parte no buscan lo mismo que yo, y de las que se miden conmigo algunas tienen una dote mejor, otra son más hermosas, otras tienen mejores cualidades, y otras, como yo, nos sentimos perdidas y, en lugar de ayudarnos, nos burlamos para hacernos sentir peor todavía.

—Amanda...

—No, no me exculpo. No sé comportarme en sociedad. Y no es culpa de madre, ha intentado enseñarme a bailar y lo ha logrado, pues contigo y con Will —era su hermano mayor y el único que se prestaba a ayudarla— lo hago con facilidad. Sé hablar, sé hacerlo y solo tienes que escucharme, pero no con desconocidos, o no con desconocidos que me están midiendo para ver si soy lo bastante buena para elegirme, y eso también es culpa mía. Y no, tampoco me flagelo ni me odio por ello. Mas después de una temporada y media he aceptado que siempre va a ser así, que toda la situación me supera.

—Hija, eres la mejor de mis cuatro hijos. Si fueras hombre llegarías al Gobierno, lo sé. Yo...

—He encontrado un colegio al este de Inglaterra, a menos de un día de Londres en carruaje, la Escuela de Señoritas de lady Acton.

Al conde le faltó el aire y calló durante varios minutos. Su hija, que lo conocía bien, lo dejó reflexionar hasta que tuviera algo que decirle. Era él quien debía continuar la conversación, ella ya había lanzado el guante, su parte del duelo.

—¿Crees que allí te enseñarán a afrontarlo? ¿O huyes?

¿Huía? Lo había pensado y no había sabido responder a eso.

—No estoy segura. Lo que sí sé es que cuanto más tiempo pase en la ciudad más gente se convencerá de que soy idiota. Padre, no, no intentes suavizarlo: es cierto. Y nadie quiere casarse con una mujer tonta por temor a que sus hijos también lo sean. —A pesar de la firmeza de su voz, tenía el discurso ensayado desde hacía días, la idea de alejarse de su padre y de su hogar, lo único que le daba seguridad, la aterraba y la entristecía a partes iguales—. Ya les he escrito y me han

aceptado. Lo hice en tu nombre, con tu sello, sin tu permiso. Espero que puedas perdonarme.

—Es obvio que lo tenías bien preparado, lo que confirma que eres una estratega. —No pudo evitar el tono acusatorio de su voz. Amanda era el remanso de paz en su casa, con una esposa exigente que detestaba la elección de un marido que había preferido la política a una ambición más lucrativa, y tres hijos que, aun jóvenes, ya sabía que no serían grandes hombres—. Detectas un problema, luchas contra él... porque, hija, no pienses que no sé qué no te has esforzado... Buscas la manera de evitar que vaya a mayores y a la vez de minorar las consecuencias, aunque eso suponga un sacrificio personal para ti que vaya a hacerte daño. Estoy tan colapsado ahora mismo que ni siquiera sé qué decir...

¿Por qué los hombres no podían ser como su padre? Con él podía ser sincera, pero sobre todo la entendía: podía hablar de cualquier cosa sin necesidad de decir cómo se sentía porque ya lo sabía.

—¿Puedo pedirte que lo corrobore?

—No me pidas que te deje ir, Amanda. Solo dime que te marchas y respetaré tu decisión.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa y le dio un beso en la mejilla. A pesar de lo mucho que le quería, rara vez daba muestras de afecto.

—Gracias.

Salió de la biblioteca y fue directa a su dormitorio.

Aquella noche los dos Etherington más fuertes de la familia se sintieron derribados por primera vez en su vida.

Dos semanas después, Amanda partía hacia Minstrel Valley, un pequeño pueblo en el condado de Hertfordshire. Comenzaba una nueva vida para ella en Minstrel House.

Capítulo 1

Londres, finales de enero de 1838

La mansión de la familia Northrope se alzaba orgullosa en Golden Square, en la zona más rica de la ciudad. Habían comprado la casa menos de un lustro atrás a un noble cuyas malas decisiones lo llevaron a la ruina y decidió trasladarse a América y empezar de nuevo en la nación de las oportunidades. Nada habían tenido que ver, desde luego, los nuevos inquilinos con la catástrofe financiera del vizconde de Rhodeward. La compañía de los Northrope, el Banco del Norte, era conocida por su solvencia y por su código de honor. Sus propietarios nunca se aprovechaban de las desgracias de sus clientes para aumentar su fortuna personal. El hombre de alta cuna que decidiera emigrar no era, ni tan siquiera, asiduo de la entidad. Lo que sí hicieron fue pagar un precio exorbitado por morar su antiguo hogar, asegurándose así una ubicación óptima en Londres.

No abusaban, pues, de la desesperada situación de nadie.

Por todos era sabido que tampoco les hacía falta: tenían el banco más capaz del Reino Unido y, aunque nadie sabía con exactitud a cuánto ascendía el capital de la familia, sí era del conocimiento general que eran inmensamente ricos.

Habían reconstruido por completo la casa una vez comprada, respetando su antigua fachada pero añadiendo cristal a las ventanas y todas las modernidades posibles, por lo que habían cuchicheado los albañiles. No eran ostentosos, según el vecindario, aunque se sabía que gozaban de un gran número de criados, un par de coches excelentes y, al parecer, los vestidos y joyas de la señora Northrope podrían rivalizar con los de cualquier duquesa real, a excepción del armiño, desde luego.

No obstante y a pesar de su dinero, su refinamiento y sus inclinaciones religiosas —no eran palurdos maleducados como los americanos venidos desde el otro lado del Atlántico a presumir de sus posesiones con vulgaridad; tampoco eran judíos, de los que pocos se fiaban— no eran pares del reino y las puertas de la nobleza permanecían cerradas para ellos, si bien los nobles entraban al Banco del Norte con frecuencia. Esa hipocresía era lo único capaz de sacar de quicio al cabeza de familia. Había llegado a obsesionarle hasta tal punto que resolvió emparentarse con ellos a cualquier precio para rebasar aquella barrera social que, le decían, era inquebrantable.

Y cuando encontró el modo, anunció cómo había logrado superar su último gran reto y la solución que había hallado una noche cualquiera a su familia, como quien notificaba en aquel

hogar que pensaba adquirir acciones de una nueva empresa de ferrocarriles: lo hizo durante la cena.

No tuvo en cuenta que la causa por la que los Northrope habían levantado un imperio y lo seguían expandiendo no era, desde luego, un carácter pusilánime; que él no era el único con una fuerza de carácter casi implacable. Así, la conversación sería el principio de un conflicto que terminaría en batalla a ultranza.

—¿Que has hecho qué?

La primera en reaccionar al anuncio fue la señora Northrope. Como su hijo mayor, no solía levantar la voz, aunque con su marido perdiera antes la paciencia y, además, su primogénito hubiera hecho de la calma su mejor arma.

—No estás sorda, me has escuchado a la perfección —la criticó su esposo.

—Creo, Henry, que voy a pedirte que me lo repitas de nuevo. Necesito estar segura de que te has convertido en un esnob antes de insultarte abiertamente.

Este se envaró, ofendido, levantándose de la silla como un resorte.

El mayordomo indicó al servicio que se retirara y también él se fue. Llevaba en la familia desde el inicio del matrimonio y sabía lo que estaba por llegar; no quería que la discusión trascendiera. Advertiría a los lacayos de que no debía salir una sola palabra de lo escuchado de sus bocas, ni siquiera al resto de la casa.

—No entiendo por qué se marchan —farfulló el dueño, enfadado—. También ellos me han oído y puede que estén tratando de seguir la conversación detrás de la puerta.

—Por favor, no seas grosero —protestó Eleanor.

Henry Northrope abrió los brazos, pidiendo clemencia.

—¿Qué?, ¡es cierto! ¿Y cómo he podido pasar de ser un esnob a un grosero?

—Preferiría saber, si puedo elegir —el tono femenino comenzaba a agudizarse—, cómo has podido convertirte en un estúpido...

—¡Querida! —le advirtió.

—Creo que deberíamos calmarnos —pidió Daniel, el hermano menor—, y tratar de dilucidar hasta dónde ha llegado el daño con exactitud.

Su madre se sentó; su padre, no obstante, continuó en pie, la cara enrojecida.

—¿Daño, qué daño? —Miraba al segundo de sus hijos, pues el tercero no estaba, como si fuera duro de mollera, sabiendo que era el único al que podía controlar de algún modo—. He elegido para tu hermano Harry una dama joven, hermosa y noble. Una señorita que le abrirá todas las puertas que a mí se me cerraron al casarme con una mujer sin título.

—De nada por eso —respondió con ironía su esposa.

—Sabes que me casaría contigo cien veces de nuevo, Eli. —Su voz se volvió suave, cariñosa, lo que parecía inviable cinco segundos antes—. Y no porque tu padre fuera el socio del mío y juntos unificáramos las acciones del banco. Pero la realidad es que para seguir expandiéndonos necesitamos influencias. Y estas no llegarán si esos condenados estirados no nos abren sus

puertas. Y no las abren porque no tenemos un título. —Los miró a los tres, ofendido—. ¿Y soy yo el esnob?

—Tal vez, pero hasta la fecha no nos ha ido mal sin sus invitaciones —le replicó—. ¿Por qué ahora?

A pesar de ser mujer, estaba vinculada al negocio: había sido la única heredera de su padre, de ahí la importancia de su matrimonio con el señor Henry Northrope. Al casarse con ella, todo lo que Eleanor poseyera pasaría a él como esposo: así se fraguó el banco privado más importante de Gran Bretaña.

—Porque hemos tocado techo.

—No es cierto, o no del todo —alegó Daniel—. Podemos expandirnos hacia otros lugares o podemos valorar diversificar el negocio, suponiendo que en este país nuestras opciones estuvieran acabadas y no limitadas. Harry y yo llevamos tiempo hablando...

—Somos un banco...

—Henry, escucha a los chicos...

—Son ellos los que no me oyen, necesitamos influencia social.

El mayor, a quien afectaba de forma directa el infausto anuncio, habló. Sabía que su padre estaba cegado, que no era el momento de discutir nada en concreto, pero también que su silencio podía ser interpretado como aceptación.

—Ninguna medida es urgente y hay, además, otros tipos de prestigio. —Al ver que el cabeza de familia se calmaba no siendo rechazado de frente, continuó—. Los abuelos fundaron el negocio y tú lo has expandido y fortalecido por el país. Daniel y yo podemos diversificarlo y que sea la próxima generación la que nos abra las puertas a esas influencias que tú consideras ahora. Ese poder puede llegar por dos vías: una es la social, estoy de acuerdo contigo, padre, pero la otra es la política. Míranos —intentó que no lo interrumpiera, habiendo conseguido que le escuchara—, vivimos donde ellos, en una casa mejor que la suya. Te piden cita para hablar contigo y pedirte favores. —Lo adulaba, pero no era menos cierto que Henry Jacob Northrope se había labrado su propio nombre entre la alta sociedad inglesa, les gustase a los aristócratas o no—. Te invitan a sus clubes. Los tiempos están cambiando y tú los estás doblegando, ¿quién sabe lo que ocurrirá en veinte años? El dinero está cambiando de manos, y el poder, de Cámara.

Quizá el padre no pudiera rebatirlo, pero era un hombre impaciente. Después de unos segundos, desechó el discurso de su hijo con un movimiento de cabeza.

—No, esto es más rápido.

Eleanor quería a sus hijos y les deseaba lo mejor. Los había enviado a estudiar a los mejores colegios pagando por ello más que los demás, y no solo fue dinero el precio: Harry y Daniel habían sufrido el menosprecio de los nobles en Harrow, pues no fueron aceptados en Eton. El menor, Arthur, había sabido siempre que quería ser sacerdote y estudió en Winchester. La universidad, en Cambridge, no resultó mejor. La diferencia fue que ya eran hombres, sabían cuál era su lugar en el mundo y aprendieron a defenderse. ¡Vaya si aprendieron!, recordó con orgullo.

Se negaba a que los delirios de su esposo, por más que lo amara, supusieran toda una vida de discriminación. Siendo mayores ya no podían hacer según qué cosas, aunque sabía que sus hijos no se dejarían apabullar por nadie.

—¿Dónde está la urgencia? —le soltó enfadada a su marido—. ¿Acaso tienes prisa?

—Sí, maldita sea, ¡claro que la tengo! Estoy harto de que esos estirados me halaguen en mi despacho pero no me dejen ir a sus casas. Que me pidan dinero pero no me den nada a cambio.

—Te pagan intereses. Creí que en eso consistía nuestro negocio. Dejábamos dinero y nos lo devolvían con creces. Muchas creces en función del tiempo y del riesgo. No he leído en ningún contrato de préstamo cenas y bailes en concepto de rédito. —Henry enrojeció de vergüenza—. ¿Sería posible, Dan, incluir además de un tanto por ciento que permitieran a tu padre dos partidas de billar en White's, un par de invitaciones a bailes y tres cenas privadas con menos de quince personas en el salón de una mansión? Solo para él, yo no mendigaré atención donde no soy bienvenida. ¿Te satisfaría eso a ti, querido?

Preguntó al menor para que la ira no se volcara en el sujeto de la locura de su esposo, quien parecía a punto de estallar.

—¡Sabes a qué me refiero, Eli, no me enfades más! Hay veces que con esos lores en vez de un banco parezco la beneficencia.

—Pues no les prestes.

Sabiendo que su esposa tenía razón, se encontró todavía más y decretó:

—El barón de Lambert, con lo justo para vivir con dignidad y sin tierras, mas con un título antiguo y muy bien conectado gracias a su primo, está dispuesto a casar a su hija con Harry; y no se hable más.

—¿Lady Faith? —se sorprendió Daniel.

—La misma, ¿la conoces?

Todos se centraron en él.

—Coincidí con ella en la apertura del Midland Grand Hotel, el año pasado, tenemos un grupo de amigos en común. Estuvimos hablando todos juntos alrededor de una hora.

—Reconocerás pues que es muy hermosa. Díselo a tu hermano.

Daniel miró a Harry, disculpándose.

—Es rubia y de ojos claros, de figura pequeña y redondeada.

Este se encogió de hombros.

—Yo soy más de morenas con ojos oscuros, altas y esbeltas —declaró con indolencia.

Su despreocupación fue un insulto para su padre, que llevaba semanas negociando con el de la muchacha el contrato prenupcial. El barón había resultado ser un antagonista de peso.

—¡Pues te buscas dos amantes después, si así lo consideras! Pero la boda se celebrará en tres meses y no hay más que hablar.

Era una imposición, a voz en grito, que fue seguida de un puñetazo en la mesa, cual martillo de sentencia. A continuación se hizo un silencio sepulcral.

Eleanor quiso mediar, pero su hijo mayor la hizo callar con una mirada. Este, de nuevo, trató de razonar con su padre. Harry Northrope era un hombre tranquilo que sabía, además, cuándo intentar pactar y cuándo mostrarse implacable. En ninguno de los dos casos perdía los nervios.

—Entiendo tus intenciones y qué las motivan, pero...

—No empieces con discursos de Cambridge, yo no fui a la universidad pero sé reconocer a un embaucador después de cinco palabras.

—Padre, tengo veintisiete años.

No iba a decirle que no podía obligarle a nada, menoscabar su autoridad solo empeoraría las cosas.

—Y yo tengo un banco que tú deseas heredar.

Como suponía, la sola insinuación deterioró la situación.

—Henry Jacob Northrope, la mitad de ese banco me pertenece, poco me importa lo que diga la ley —le advirtió su esposa con voz helada—, y mis hijos tendrán su parte. Tal vez seas tú quien tenga que demostrar su valía si continúas por ese camino.

Fue entonces Henry quien trató de restablecerse con su mujer. Eleanor Northrope, una mujer que apenas medía un metro y medio, era la debilidad de un hombre con un genio de mil demonios.

—Eli, vamos a unirnos a esa familia porque lo necesitamos, porque el Banco del Norte lo requiere. ¿Sabes cuál es el problema de nuestros hijos?: que los hemos malcriado. Los mejores colegios, las mejores universidades, dinero para gastar, fiestas, caballos...

—Tus hijos serán unos malcriados, los *míos* trabajan en el negocio de la familia desde que terminaron sus estudios, y son brillantes, según tus propias palabras. Apenas se marcharon tres meses a Europa y porque tú insististe cuando acabaron los estudios. Viven con nosotros porque así lo han decidido, ahorrándonos una segunda vivienda porque tú no querrías que vivieran en nuestra antigua casa en el Inner Temple. Y eres tú —lo señaló— quien no deseas que vivan en un barrio burgués, no ellos. Madrugan y llegan a la empresa antes que tú muchas mañanas, como sueles comentarme con orgullo, y ya no recuerdo la última vez que llegaron ebrios, lo que es una lástima porque, aunque no me guste que beban, tengo que decirte que se quitan de encima la seriedad y se vuelven muy divertidos: Dan se transforma en un payaso, y es extraño ver a Harry tan charlatán. —Sonrió con cariño, como cada vez que hablaba de sus vástagos—. Así que no te atrevas a decir que mis hijos malgastan el capital de esta familia.

—¡Pero es un dinero que no se han ganado! Todo les ha venido dado. No han tenido que levantar la empresa, trabajan como cualquier otro empleado —lo dijo sin mirarla a los ojos—. Pues bien, este será su sacrificio por el negocio familiar: otorgarle las influencias que nosotros no hemos podido darle para que continuemos creciendo.

El menor se puso en pie, había heredado el carácter de su padre, más explosivo. No solo se había sentido insultado de la peor forma, sino que cerraba filas con su hermano y mejor amigo.

—Si esa es la expiación de Harry como el mayor, ¿cuál será mi cometido? ¿Debo casarme con otra noble, o como ya no es necesario me prostituirás entre las damas casadas e insatisfechas de la

corte?

—¡Daniel! —se horrorizó su madre.

—Quizá deberíamos regalarte como ofrenda a la reina —bromeó Harry—. Las damas opinan que eres muy bien parecido.

—Dicen que su majestad es muy hermosa —rió su hermano, simulando pensarlo.

—Quería decir para que te quemara o para que te enviara de regalo a Sajonia, ya que se comenta que tiene una gran amistad con el príncipe Alberto. Eres muy competente y su alteza parece un hombre inteligente, seguro que podríais aprender mucho y, ¿quién sabe?, tal vez puedas convertirte algún día en Secretario Real... Padre estaría muy orgulloso de ti. —Sonreían los dos—. O podríamos ofrecerte a Victoria como festín para que te comiera, tu barriga comienza a reblandecerse. Pensaba en algo más sádico para ti que ser su amante, la verdad, si mi destino es casarme con una desconocida.

Las bromas hicieron estallar a su padre.

—¿Habéis oído hablar de mi primo Wilfred?

—¿El párroco? —preguntaron a la vez.

Ambos recordaban las visitas del sacerdote durante algunas Navidades siendo pequeños. Lo detestaban. A pesar de los años y de que ya no eran unos críos, aquel nombre seguía teniendo el mismo efecto que nombrar al hombre del saco en un niño.

—El mismo. Está en una parroquia al norte de Londres, en un pueblecito llamado Minstrel Valley —les informó, para dirigirse después solo a Harry—. Creo que, hasta que entres en razón, irás a hacerle una visita a modo de recogimiento. Te vendrá bien una existencia más espartana para meditar sobre tus privilegios. Y tú, Daniel, te harás cargo de su trabajo mientras tanto, alguien tiene que hacerlo y como tu madre está convencida de vuestras capacidades... ¿Quién soy yo para ponerlas en duda?

Eleanor nada dijo. Se levantó, lanzó su servilleta contra el mantel con rabia y salió del comedor. No iba a desautorizar a su esposo, pero aquella iba a ser una guerra entre marido y mujer muy larga.

Y entre Henry y sus hijos, también. Los hermanos apenas cruzaron una mirada. Eran íntimos, se conocían bien y supieron que llegarían juntos al final de aquella cruzada.

—De acuerdo —respondieron a la vez, con irreverencia.

Y reanudaron la cena, aun sin apetito, solo por aparentar normalidad, en busca del sacrificio perfecto para el menor hasta lograr que el padre se marchara, fuera de sí, dando un portazo.

Solo entonces hablaron con seriedad.

—¿Crees que puede obligarte a casarte con una desconocida?

Se dio unos segundos para responder, respirando con calma, recuperando la serenidad. Estaba muy enfadado y no quería pagarlo con quien era su mejor amigo.

—Sé que no lo haré, pero que lo intentará por todos los medios.

—Padre es más terco que una mula.

Sonrieron. La terquedad había hecho de él un hombre implacable pero también rico y poderoso. Y cada uno de ellos la había heredado a su modo.

—Mientras estoy de reflexiones...

—Pero ¿vas a ir? —se escandalizó—. Ese hombre era un... un... mira, me da igual hablar mal de un sacerdote. Era mezquino, egoísta, y había algo en su mirada que me asustaba de niño. No digo que vaya a hacerte daño, me encantaría ver cómo lo intenta, pero apuesto a que practica la mitad de los pecados capitales.

Harry levantó las cejas, divirtiéndose al fin de verdad.

—¿Conoces los siete pecados capitales?

El hermano menor cogió su copa.

—No, pero seguro que incluyen buen vino y comida, trabajar poco, querer el dinero de los Northrope y... ¿los sacerdotes pueden practicar sexo con...?

—¡Dan! —Se medio escandalizó, riendo solo de imaginar una horda de mujeres cada noche en la cama de aquel hombre detestable—. Espero que no, no me gustaría escucharlo, dado que, en efecto, voy a ir a visitarlo. Hace semanas que me planteo aislarme. Quiero darle una oportunidad al plan del que hablamos, el de introducir a alguien en política, y para eso hace falta tiempo. Quizá un retiro obligado sea una oportunidad, después de todo.

—Hablamos también de la posibilidad de que tú te presentaras, ¿recuerdas?

Harry chasqueó la lengua.

—Solo en el caso de que no halláramos a nadie de valía. De momento pensaré en un perfil de candidato mientras estoy allí.

—No me apetece ponerme en tus zapatos, tu trabajo es duro, es exigente, es...

Hacía más de un año que llevaban el banco entre ellos y dejaban que su padre jugueteara con la nobleza. Harry llevaba el peso del negocio financiero, Daniel trabajaba las *commodities* y buscaba expansionarlos hacia otras oportunidades en sectores ajenos.

—Permite a padre volver al despacho y que recuerde lo que es el trabajo duro a diario, nada de mariposear de aquí para allá, y quizá venga a buscarme con un nuevo plan para Francia o Estados Unidos. Tal vez deje de querer ser un par del reino y se acuerde de cuánto le gustaba trabajar.

Alzó la copa, brindando a la salud de la sagacidad del mayor. Siempre había destacado por su capacidad para planificar y también para salir del paso.

—Creo que le dejaré alguna negociación interesante con otro burgués al que pueda merendarse.

—Buena idea. Y mientras tanto, entérate de qué ha acordado con el barón de Lambert.

—¿Cómo voy a saberlo?, ¿crees que el viejo va a confiármelo? Y mamá, a pesar de todo, está con él, ya lo sabes. Le hará sufrir por su plan, pero le será leal.

—Ojalá pudiera quedarme para ver cómo le hace agonizar. —Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios—. Pero no, tienes razón, no lo traicionaré. Aunque conoces a la chica, ¿no es cierto?

El otro dudó.

—No sé si diría tanto.

—No me mientas, Dan. Has sabido su nombre en el momento que han pronunciado su título.

—Soy bueno relacionando nombres y caras, ya lo sabes.

—Sigues mintiéndome —repitió Harry, repiqueteando los dedos contra la mesa en señal de impaciencia.

—De acuerdo —se rindió—, la conocí en la inauguración del hotel de lujo, alguien de su grupo había estudiado conmigo en la universidad...

—¿Y? Hay algo que no me estás contando.

—Porque no sé qué es. Se mostró correcta, como cualquier dama que está por debutar ese año, supongo. Pero tuve la sensación de que hacía *la distinción*.

Clasificaban a los nobles por *la distinción*: aquellos que los apartaban por sus orígenes aunque les gustara su dinero, y aquellos que los aceptaban sin reservas en sus círculos aunque los supieran nuevos ricos. Llevaban toda su vida sufriendo por parte de algunos aristócratas dicha distinción en función de su economía y no de su valía.

—Ya. Pues la damita en cuestión se vería forzada a vivir con alguien a quien considerara inferior el resto de su vida.

—¿Vas a darle una oportunidad, entonces?

—De momento me marcho, elijo los negocios. Elijo, más bien, decidir por mí mismo. Pero padre no es tonto, siempre ha tenido instinto, no escogería a alguien que fuera a tratar a los Northrope como inferiores. Cuando vuelva pediré que seamos presentados; no diré que no a la dama sin saber de ella antes... sin que tú la conozcas antes —se corrigió, riendo.

—Así pues ese será mi sacrificio, ser tu esbirro.

—Tal vez. ¿Es hermosa? —preguntó Harry, interesado.

—¿Lady Faith? Ya te lo he dicho, es rubia y tiene los ojos azules, no es tu tipo —respondió con fastidio.

—¿Y el tuyo?

Daniel no se anduvo con ambages.

—Pudo serlo. Cuando la vi me atrajo. Cuando me trató, no tanto.

—Pues mientras estoy fuera puedes entretenerte averiguando si tu instinto falló o si es el de padre el que ha errado con estrépito.

—Dudo mucho que el contrato que tengan preparado su padre y el nuestro contemple al segundo hijo.

Harry se encogió de hombros.

—Lo que no te impide acercarte a ella. Imagino que sabrá lo que el barón le tiene preparado, ¿no? Así que la curiosidad la estará corroyendo. Aprovechalo.

—Harry...

—Dan, tienes encanto, conoces a más gente de la nobleza que yo, hiciste buenos amigos en Cambridge de su categoría. De hecho, tú mismo has dicho que coincidisteis en la inauguración de un hotel porque teníais conocidos comunes. Venderías arena a los beduinos...

—No es eso.

Algo en la voz de su hermano hizo que le dejara tiempo para pensar antes de que se decidiera a continuar. Se tomó sus buenos dos minutos antes de hacerlo:

—No es eso, Harry. Aquella tarde, en la apertura del Midland Grand Hotel, no fue la única vez que la vi. Coincidió con ella un par de veces más.

—¿Coincidiste?

—Quise hacerlo.

—¿Y?

—Creo que le gusté, no lo sé. Tal vez ahora que conozco su situación entiendo que yo no le servía y por eso mantuvo las distancias. O quizá sencillamente fue porque no soy noble y no hay más explicación. ¡Qué sé yo de damas!

«Vaya, vaya». Su hermano era... no es que fuera un mujeriego, era demasiado serio y su trabajo era su prioridad, no tenía tiempo para jugar a ser un seductor, pero nunca lo había visto tan afectado por una señorita.

—Quizá le gustaste y fueron tus prejuicios, no los suyos —razonó con Dan.

Lo vio encogerse de hombros, resignado al hecho de que hacía más de un año de todo aquello y que, como fuera, ya era tarde. Pero parecía lamentarlo de veras.

—¿Estás seguro de que quieres que me acerque a ella, Harry?

—Estoy seguro de que, si tu instinto no te falla, puedes quedarte a la chica. Lo que no puedes es quedarte el banco.

La tensión se desvaneció. Apartada lady Faith Lambert, hablaron el resto de la noche sobre la Cámara de los Comunes: qué distrito atacar, qué perfil de hombre elegir, cómo abordar a los *tories*...

Capítulo 2

1 de febrero de 1838

Abrió la correspondencia después de cenar, sin prisa. Solía mostrarse impaciente por recibir una carta de su padre; ese correo, no obstante, lo había postergado hasta la soledad de la noche, a la tranquilidad que la oscuridad le regalaba. Miró quién firmaba la epístola una vez más: lady Grace Etherington.

Era una sorpresa, era la segunda con su precinto que le llegaba desde que se trasladara a vivir a Hertfordshire y la primera fue de cortesía para asegurarse de que estaba bien y no necesitaba nada. La condesa, con tres hijos varones, no tenía mucho tiempo para escribir. Intentó imaginar a su madre frente a su secreter, pensando qué podía contener la hoja. Incapaz de imaginar una razón para la misiva, se sentó en el sillón y rompió el lacre. La caligrafía prieta y torcida no la reconfortó y le extrañó, además, la longitud del texto. Su madre no era conocida por su locuacidad literaria, solía escribir apenas unas líneas y, en cambio, el papel estaba lleno, sin cuidar los márgenes y sin firmar, siquiera, para aprovechar todo el espacio.

Aun pretendiendo leer con lentitud, acabó devorando las palabras con el pulso cada vez más acelerado, llena de rabia, extraño en ella pues solía mantener sus emociones a raya. La repasó, sabiendo que solo le provocaría más dolor, intentado averiguar qué pretendía al contarle la situación de su prima Faith, con la que Amanda nunca había mantenido una relación estrecha a pesar de contar con una edad similar, mas no vio intenciones ocultas en su carta, solo reproches velados.

Cuando terminó, tentada estuvo de arrugar el papel y lanzarlo al suelo. O mejor, quemarlo. Miró el fuego de la chimenea y la idea de prender un cirio para ver arder poco a poco aquel pliego la hizo sonreír, taimada.

Se reconvinó. No debía enfadarse, sino alegrarse por su prima. Al parecer uno de los banqueros más ricos de Inglaterra deseaba que su hijo hiciera un buen matrimonio y había buscado a la hija de un par con la que unirse, aun por casamiento, a la nobleza... El avisado financiero había encontrado a una familia de linaje impecable pero bolsillos menguados para obtener mutuas ganancias y había elegido, pues, a lady Faith Lambert. Su tío y el capitalista —quien por cierto no era judío, especificaba su madre con petulancia— estaban negociando los términos del acuerdo antes de que los novios se conocieran.

Al recordar aquel detalle no estuvo segura de que debiera festejar nada en nombre de la joven. ¿Concertar un matrimonio? Podía entenderlo, así funcionaban la mayoría de los enlaces entre la nobleza y, por lo que había oído, también entre algunos miembros de la alta burguesía. Pero ¿hacerlo sin que los contrayentes se hubieran visto? Sugería la época feudal.

De todas formas la recriminación de su madre era clara: Faith era hija de un barón, Amanda lo era de un conde, y si ni siquiera se habían visto no solo no había amor, sino que ni siquiera existía atracción. Eso significaba que si hubiera estado en la ciudad y no escondida en el campo, como calificaba la condesa la decisión que tomara casi un año atrás, podría haber sido ella la elegida y los Etherington quienes hubieran firmado un acuerdo económico sustancial, amén de unir en matrimonio a su incasable hija.

Debería haber sido Amanda la elegida, no su prima Faith.

Eso era lo que quería expresar aunque no lo dijera por escrito en la carta. El resto navegada entre la envidia y la decepción.

Le temblaron las manos y la misiva cayó finalmente al suelo. Respiró hondo, tratando de calmarse como había hecho en las peores noches de su primera temporada, pero el sosiego parecía no querer llegar. Descorrió las cortinas buscando la luna que tanto la serenaba, sin embargo esta era nueva y el cielo se veía como un manto de negror.

Recordó entonces que en sus primeras noches allí, cuando la embargaba la añoranza y aún no tenía amigas, había descendido a la planta baja mientras todos dormían en busca de una ventana similar a la de la biblioteca de su padre en una de las torres laterales de la entrada, con el mismo tipo de saliente acristalado en el que sentarse para ver el firmamento. Era una lástima no poder disfrutar de las vistas al jardín trasero, su parte favorita de la mansión, pero convencida de que solo así se calmaría, se echó un echarpe sobre los hombros, se calzó unas zapatillas de baile cuya suela no haría ruido al caminar, abrió con sigilo la puerta y se encaminó hacia su antiguo refugio.

Aliviada de no haber sido sorprendida, se sentó, cubriendo su escondite con las pesadas cortinas, y se centró en el cielo. La falta de luminosidad hacía que fueran muchas las estrellas visibles y comenzó enseguida a explorar constelaciones: las Osas, Orión y sus canes, Casiopea, el Dragón...

El aplomo regresó conforme las iba reconociendo. El sueño había desaparecido por completo y las sombras de fuera la atraían cada vez más. La atmósfera era perfecta y se planteó descorrer los pestillos y salir, como también solía hacer en su casa de la ciudad. El día había sido inusualmente cálido y, suponía, la noche sería templada a pesar de estar en pleno invierno.

Antes de darse cuenta siquiera de sus intenciones, los dedos, inquietos, estaban en la aldabilla y una de las hojas del ventanal estaba abierta. Dudó: jamás se saltaba una norma. No solo eso: recomendaba a sus compañeras no hacerlo cuando le preguntaban, aunque después las apoyara y colaborara en cubrirlas si era necesario. Todavía recordaba las largas charlas con Noelle al respecto, ¡y en ese instante se estaba planteando escaparse de noche ella sola!

Aunque, se justificó, solo iría hasta el jardín trasero, tampoco es que fuera a marcharse al

embarcadero del lago o que hubiera quedado con un caballero para hacer algo ilícito. Además, no correría ningún peligro. Hasta donde ella sabía, nadie podía entrar en Minstrel House sin ser visto. Los Randall, guardeses del lugar y que vivían muy cerca, no lo permitirían. Tampoco el señor Barry, cuya casa estaba justo a las puertas del colegio, ni el señor Bonder, el encargado de los establos. La escuela era un lugar seguro. Por último estaba el señor Worth, el condestable del pueblo, quien se aseguraba de que no hubiera maleantes en la zona.

Un asunto bien distinto era salir de allí... No entendía bien cómo pero algunas de sus compañeras habían logrado escapar. Imaginaba que conocer cada rincón del lugar y los horarios y costumbres de todo el personal ayudaba. Era, junto con la receta de la tarta de arándanos con bizcocho de yogurt de la señora Witt, el secreto mejor guardado del colegio, pero que se traspasaba de alumna a alumna en ese caso.

Convencida, aun sabiendo que obraba mal, atravesó la ventana, dio un pequeño salto y entornó el cristal, trabando el marco con una piedra pequeña para encontrar el umbral abierto al regresar.

Dio la vuelta a la majestuosa mansión y llegó a la fachada sur. La primera vez que la vio pensó que era un desperdicio que aquel terreno no estuviera en la entrada de la casa. A pesar de que la oscuridad no le permitiera ver su color, las piedras del muro que lo protegía tenían un tono más claro. Vetustas, provenían al parecer de una excavación romana cercana, lo que parecía probable dado que eran varias las ruinas de aquella época que se podían encontrar en el valle. Sobre ellas trepaban madreselvas, jazmines de invierno y clemátides salpicándolas de color cuando brotaban sus capullos. Dentro del perímetro se veían preciosos parterres con flores de temporada en macetas de mármol negro y un amplio despliegue de lupinos para adornar los setos. Los rosales centenarios eran, sin duda, las joyas mimadas de los jardineros. Y como eje central, la glorieta en la que destacaba una impresionante fuente en cuyo núcleo se erigía una estatua de Minerva de mármol blanco con la base rosada y algunos bancos de granito a juego alrededor.

Se dirigió a uno de ellos para evitar el rocío de la hierba y se tendió en él, frío, cubriéndose todo lo que pudo con el grueso chal de lana. La noche era, en efecto, templada, pero la humedad calaba hasta los huesos. Aún faltaban semanas, se dijo, para que el Parlamento abriera sus puertas a la nueva reina.

Se arrebujó y se perdió una vez más en la bóveda celeste y en el silencio. Una escuela para Damas Selectas no era sino un colegio de señoritas y siempre había ruido. Mucho cuando lady Valery, la profesora de protocolo, no podía escucharlas. La ausencia de estrépito era un lujo insólito.

A pesar de todo, aquel era un sitio especial. No entendía por qué lady Acton había elegido, a su edad y en su estado de salud, fundar poco tiempo atrás un lugar como aquel y hacerse cargo de tamaño proyecto, pero nunca podría agradecerse lo suficiente. Minstrel House iba más allá de las clases de baile, de protocolo, de historia, música o costura. Había logrado que sus alumnas, un grupo de jóvenes heterogéneas tanto por carácter como estratos sociales, se hicieran amigas.

Todas tenían idéntico objetivo, y los caballeros de los que disponían para lograrlo —el

matrimonio era, después de todo, el fin único de una dama refinada de sociedad— eran los mismos para todas, y aun así no competían entre ellas. Al contrario: se ayudaban. Aquel era, desde su punto de vista, el mayor éxito de la gran dama: haber conseguido que las mujeres no se consideraran enemigas entre sí, sino aliadas.

No tenía nada que ver con las envidias que había vivido en Londres, con las invectivas, los comentarios maliciosos... Si su madre supiera que, lejos de competir, había ayudado a Noelle a atrapar al hijo de un duque en lugar de tratar de conquistarlo para ella; o que no le interesaba en lo más mínimo lord Farfaix, el marqués pretendiente de su amiga Jane, y que además creía que esta debería dejarlo de lado y animarse a posar sus ojos en un comunero, el señor Turner; o que apoyaba por completo la decisión de su amiga íntima Lori de casarse con el condestable cuando tuvo oportunidad de hacerlo con un conde; o peor aún, si lady Grace se enterase de cuánto se había esforzado para llegar a saludar a lord Mersett sin tartamudear, un caballero mestizo de origen oriental...

No, su madre no estaría satisfecha con la educación que estaba recibiendo.

Escuchó un pequeño ruido y reconoció a una figura avanzando rápidamente bajo una capa. Tuvo que pestañear y aun así se convenció de que la oscuridad había engañado a sus ojos: era imposible que lady Chatham anduviera correteando por la noche y a escondidas. ¿Tendría un romance? Desechó la idea; la dama de compañía de lady Acton no osaría tamaña calamidad. Pero ¿qué secreto ocultaría, entonces? No, se repitió, su imaginación y las sombras le habían jugado una mala pasada.

Regresó sus ojos al cielo.

—Milady...

Dio un pequeño grito y quiso levantarse pero la voz, que no esperaba, la asustó tanto que olvidó dónde estaba y, al volverse, cayó del banco. Sintióse ridícula en el suelo, de rodillas y manos cual gato, soltó un quejido en voz baja.

—¿Qui-quién anda ahí?

—Soy yo, milady. —Reconoció la voz de uno de los sirvientes, al que todos conocían como Goliath. Tal vez porque era un hombre de un tamaño y envergadura excepcionales, a la medida de su corazón—. No pretendía asustaros.

Se puso en pie sola, sabiendo que él no le prestaría su ayuda. Había olvidado ponerse los guantes, no tenía intención de encontrarse con nadie, y por tanto él no le ofrecería su mano porque no debía tocar su piel.

—No te disculpes cuando los dos sabemos que soy yo la que debe ser reprendida.

Buscó su chal por el césped. Tampoco se lo recogería él, no cuando eso suponía agacharse demasiado cerca de ella y ver una porción de sus tobillos.

Suspiró, tomándolo del suelo con la mayor elegancia posible.

—¿Estáis bien?

—Sí, gracias, Isaac. —Aunque fuera conocido por su apodo, Isaac Goody era su nombre—.

Siento haber salido y siento toda esta situación. No creo que fuera tu intención ir a dar un paseo a estas horas.

El criado fue un artista de circo que, de algún modo, recaló en la escuela. Llevaba en brazos a la señora, que dada su salud iba en silla de ruedas, cuando tenía que subir o bajar escaleras. Cuando no se le necesitaba, solía emplear su tiempo leyendo. Una tarde en la que ella había estado practicando sola al ajedrez, le pidió batirse en una partida. Para su sorpresa quiso hacerle el jaque pastor y, aunque no lo lograra, conocía el mate en cuatro y se cubrió, Isaac la deleitó enseñándole el mate del loco. Cuando ella, en su siguiente visita a Londres, mostró a su padre un lance en solo dos movimientos, posible solo ante un jugador precipitado o loco, de ahí el nombre, se sintió orgullosa de Isaac, y lord Trevor le enseñó otras jugadas que realizar con su «nuevo amigo», regalándole incluso un libro de ajedrez.

Desde entonces criado y alumna jugaban cada vez que tenían ocasión, después de cenar, a solas. Dudaba de que las compañeras lo supieran; ella, al menos, nunca lo había comentado.

Podía saberse mucho de una persona por cómo movía las piezas, por su estrategia, y así, de algún modo, dos personas que evitaban hablar con la gente se habían ido conociendo y haciéndose amigos, o todo lo amigos que dama y sirviente podían ser.

—¿Estáis segura de que estáis bien? —le insistió con tiento.

Negó con suavidad con la cabeza. Si las cosas estuvieran en orden ella no se hallaría en el exterior del colegio, saltándose las normas por primera vez.

—No, no demasiado —aceptó.

—Aún es temprano, las luces se apagarán en media hora. ¿Deseáis una partida antes de retiraros?

Sonrió con entusiasmo.

—Será un placer.

Extendió la mano el hombre, indicando la puerta de atrás de la mansión, manteniendo las distancias.

—La ventana ya ha sido cerrada. Detrás de vos.

Había arribado a lomos de su propio caballo, Crisaor, el único capricho que se había permitido llevar consigo. Su equipaje había sido enviado ese mismo día, por la mañana, en un carruaje sin distintivos del banco —a falta de título su padre había hecho pintar el blasón de la entidad financiera en sus coches, tal era su obsesión por tener un escudo propio que le confiriera importancia y personalidad en el barrio, aunque obviando el único símbolo que los plebeyos no podían portar—, con una carta para su tío advirtiéndole de su llegada. En ella se le pedía que no se dijera quién era él. A cambio de su hospitalidad, se haría una obra de caridad a la parroquia, una labor que aún estaba por determinarse.

A pesar de elegir el anonimato, de haber comprado ropas de segunda mano más humildes que habían sido lavadas a conciencia y que le hacían parecer un hombre de recursos escasos, no había querido renunciar al placer de cabalgar.

Había salido de Londres con menos tiempo del esperado, pasó los últimos días de enero organizando documentos y reuniones con su hermano y, a pesar de las horas que dedicaron, habían estado hasta el último momento trabajando, así que llegó anocheciendo. Su tío lo había recibido con gran pompa y falsas adulaciones. Era, por cierto, más desagradable de lo que recordaba, había algo en él, algo inefable además de su olor, que le repelía. Mayor, de más de sesenta años, se mantenía bien, con seguridad porque no sabía lo que eran las penalidades y se había pasado la vida aprovechándose de los demás. Pero tenía que reconocer que no le había ido mal, la casa sacerdotal era grande incluso en el caso de que hubiera tenido familia, lo que para Wilfred Ellis hubiera sido todo un logro, y estaba limpia, sin duda alguna viuda se encargaba de asearla y con ello se estaba ganando el cielo pedacito a pedacito.

Después de una cena modesta pero sabrosa había aducido estar cansado y subido a su dormitorio. Era pequeño y parco en mobiliario, pero no le importaba si la cama era cómoda. Si no era el caso, haría traer un colchón desde la ciudad, se prometió. Se sentó en ella para probarla y decidió esperar a la mañana para juzgarla, no queriendo desanimarse.

Volvió a levantarse, pues, y se acercó a la ventana, que abrió. Las vistas daban al cementerio. Pensó con ironía que no sería molestado por nadie. Le pareció distinguir, a pesar de la oscuridad reinante, una construcción pequeña, cuatro paredes que no superarían los veinticinco metros cuadrados, y se preguntó si tendría vecinos. Lo dudaba. ¿Quién desearía vivir en un camposanto? Como consecuencia de las publicaciones de Shelley, Poe o Hugo, se había puesto en boga entre algunos nobles y burgueses realizar visitas nocturnas a los cementerios; sin embargo habían alejado a la gente de los pueblos de las necrópolis durante la noche, pues en las localidades pequeñas la gente solía ser más supersticiosa.

Suponiendo que la moda gótica hubiera llegado a Hertfordshire.

Cansado, juntó de nuevo las hojas de madera y cerró los pestillos, centrándose en el cuarto que ocupaba.

Las maletas habían sido deshechas y colocadas en el armario, seguramente por el lacayo que las hubiera traído en el carruaje. Con una sonrisa torcida sacó un camisón de dormir como muestra de respeto a la casa que moraba, en la suya dormía en calzones y eso era todo, y se acostó.

Dos horas después continuaba despierto a pesar del agotamiento, dando vueltas sobre sí mismo; era imposible girar sobre el incómodo colchón, tan pequeño era, intentando conciliar el sueño sin éxito.

Aquella casa crujía por los cuatro costados y su tío roncaba cual jabalí. Las paredes, finas, poco podían hacer para amortiguar su estruendo. Era curioso, estaba acostumbrado a los sonidos de la gran ciudad, antes de vivir en Mayfair lo había hecho en el Inner Temple, más ruidoso, y le costó en su momento acostumbrarse al silencio de Golden Square. Aquel valle debía de ser

todavía más tranquilo que el corazón de la zona noble de Londres, de no ser porque tenía una especie de bestia berreadora en la misma planta en la que él dormía.

Pasaron horas antes de que se durmiese, mas se prometió que, dado que sospechaba que pasaría entre cuatro y seis semanas allí, le pondría solución.

Capítulo 3

—¡Ay!

Había vuelto a clavarse la aguja en la yema del dedo. Era sábado por la mañana, hacía dos días que recibiera la carta de su madre, pero la noche anterior, como la del jueves, había dormido poco y para cuando Morfeo había llegado, había sido en forma de sueños inquietantes, de caminos eternos a un altar que nunca llegaba o de bailes en Almack's con música fúnebre.

—Lady Amanda, los enseres de labor son objetos delicados que muestran la naturaleza de nuestro refinamiento, no espadas que blandir contra el lienzo —la reprendió la profesora de costura por tercera vez, aquella con más dureza que las anteriores.

—Lo la-lamento, señorita Thompson —se disculpó.

Había supuesto que la noticia la afectaría, pero no creyó que tanto, había estado convencida de que su serenidad regresaría el viernes de mañana con el amanecer, y también su cordura habitual y la practicidad que la caracterizaban. Pero no había sido así, el recelo a una nueva epístola reclamándola en Londres, pidiéndole que hiciera la maleta y regresara para cumplir con su deber durante la temporada, para hacer aquello que de ella se esperaba, la tenía aterrorizada, segura como estaba de que su madre debía estar elucubrando la manera de aprovechar la nueva situación del primo de su esposo, el barón de Lambert.

Para su fortuna, el pinchazo había sido lo bastante profundo para lastimarse y una gota de sangre brotó a través de su piel. Tomó del puño de su vestido un pañuelo de delicado hilo granate, el color de los Etherington, que pertenecía a su padre y que tenía sus siglas bordadas en oro, se lo presionó con cuidado y, excusándose, salió del aula. No podía seguir cosiendo, corría el riesgo de teñir de rojo el bastidor de bordado. La sangre y los lienzos no eran compatibles, tan poco como lo eran ella y la vainica.

Ya en su dormitorio decidió hacer lo que había estado demorando todo el día anterior: escribir a su prima. Llevaba posponiéndolo desde que recibiera la carta de su madre porque no sabía qué decirle, pero si era honesta consigo misma tampoco se había sentado a pensar cómo comenzar, siquiera. Una dama que se preciara de serlo intercambiaba correspondencia con asiduidad, más si esta era soltera y no se le suponían, por tanto, ocupaciones importantes.

Así que, quisiera o no, había llegado el momento y, como cualquier tarea, deseaba hacerla lo mejor que supiera. Levantó la tapa del pequeño secreter que tenía en su alcoba, tomó un folio y los

enseres de escritura, la bajó de nuevo y suspiró. Detestaba desperdiciar papel, por lo que pensó mucho antes de mojar la pluma en el tintero, siquiera.

Hasta donde sabía, el matrimonio era un hecho, pero Faith todavía no conocía a su futuro esposo. Aunque debería sentirse escandalizada, parecía algo propio de cinco siglos atrás, no eran pocas las jóvenes que, incluso entonces, eran obligadas a casarse con caballeros que les triplicaban la edad y que buscaban un heredero con desesperación o, sencillamente, una joven hermosa con la que saciar sus apetitos. De hecho, el manual de la buena novia indicaba que la diferencia de edad perfecta entre la desposada y su marido era de dieciséis años, ni más ni menos. No iba a felicitarla, pues, a pesar de saber que el suyo sería un hombre rico que no había cumplido aún la treintena y que tenía, además, una buena educación. No cuando podía tener un aspecto repugnante o, peor todavía, un carácter cruel.

Hasta donde sabía no se habían publicado los esponsales ni se había hecho un anuncio en el Times. ¿Sería un error escribir tan pronto? ¿Por qué se lo había contado, entonces, su madre, colocándola en una situación tan delicada frente a su prima, prácticamente una desconocida? ¿No era acaso egoísta volcar sus frustraciones en ella?

Ignoró la rabia que se aglutinó, como los dos días anteriores, en su bajo vientre. No iba a sentirse culpable por no haber sido elegida. ¿Cuál era su falta? No podía ser la causante de que dicho señor no la hubiera seleccionado. Tal vez la hubiera considerado, a ella y a su mejor pedigrí, cual perro de caza, pero conociese los rumores que decían que tenía una mente... poco privilegiada, y el banquero hubiera temido comprar un pura raza de mayor calibre que, en lugar de apresar urogallos, persiguiera gallinas. ¿Quién podría culparle, después de todo?

¿Qué decirle a su prima?, se reconvino. Si ambas tenían un futuro incierto, el que era inmediato era el de Faith.

El reloj la avisó de que era hora de acudir a la siguiente lección, pero se prometió dar lo mejor de sí en aquella carta. Conocía los entresijos de la diplomacia y lo demostraría frase a frase aunque tuviera que devanarse los sesos para lograrlo.

Pasó toda la clase de etiqueta dándole vueltas al asunto. ¿Cómo enfocar algo tan delicado? Tentada estuvo de preguntar a lady Valery, la profesora, al respecto. Pero era una mujer avezada y que conocía bien a cada una de sus alumnas y se preocupaba mucho por ellas. Sabría que, por mucho que lo presentara como un ejemplo teórico, nada tendría que ver lo que lograra exponerle de manera convincente con las lecciones sobre cómo comportarse en una reunión con damas y caballeros de la misma edad donde las carabinas eran jóvenes ya casadas, que era lo que estaba explicándoles aquella semana.

¿Tal vez en privado, como un favor personal? No, supo. No tenía derecho a hablar de un asunto tan delicado como un matrimonio en el que los novios todavía no se conocían y podía torcerse, y en el que, para colmo del mal gusto, el dinero era el fundamento del enlace. Se reprendió solo de pensar en hacer algo tan indigno. Ya había cumplido los veinte años, edad suficiente para saber cómo...

—Quizá lady Amanda pueda decirnos los lugares convenientes a los que acudir en grupo en la ciudad y cómo desplazarse —la regañó con tono amable—, dado que parece no estar interesada en la lección de hoy.

Se sonrojó.

—Jardines o mu-museos, lady Valery —respondió en voz baja—. Y en carruajes separados, siempre, las damas casadas incluidas. Ellas irán con el resto de las señoritas. Los lores, si no llueve, pueden decidir ir a caballo, escoltándolas a una distancia prudencial.

Hubo susurros y risitas por parte de sus compañeras. Era la primera vez que la llamaban al orden por su falta de atención. No era una santa, no siempre estaba atenta a lo que explicaban, pero no era tan boba como para dejar que la maestra lo notara.

—En efecto. Ya que parece estar en otro sitio hoy, ¿quizá quisiera recomendarnos algún jardín en concreto?

—El Real Jardín Botánico de Kew, a las afuera de Londres.

Era un lugar que le gustaba especialmente. La profesora de etiqueta le sonrió, aprobando su elección, supuso.

—Como ha dicho vuestra compañera, en el caso de que haya una excursión sin una carabina mucho mayor que el resto, siendo esta por tanto una mujer casada pero muy joven, tened siempre en cuenta que...

Podrían haberle preguntado casi cualquier cosa y la hubiera sabido, el protocolo le era tan inherente como respirar, habiéndose criado en una casa donde la etiqueta era rígida y exquisita. Pero no lo sabía *todo* como lady Valery, que era admirable de verdad. No era cuánto sabía, era la naturalidad con la que se comportaba siempre del modo correcto. Amanda se sentía fascinada porque creía que esa capacidad la ayudaría a controlar las situaciones, porque lo veía como el medio para saber qué esperar de los demás y qué podía esperar el resto de ella.

La asignatura de etiqueta acabó demasiado tarde, si alguien le hubiera preguntado. La siguiente clase era la del señor Bissop: equitación. Adoraba cabalgar, era una gran amazona, no le importaba reconocerlo para sí misma. No era una cuestión de saber más o menos pasos, era la franqueza y regularidad de los aires de su montura. Siempre lo llevaba «en la mano», incluso en la parada, y conservaba la armonía bien marcada, manteniendo la cadencia tanto al trote como al galope.

Para su desgracia, esa mañana se privaría de aquel placer. Su dedo todavía no se había curado y a los equinos no les gustaba el olor a sangre, los ponía nerviosos.

Tenía, además, una labor pendiente. Y, aunque sonara retorcido y a algún tipo de castigo infligido a sí misma, no merecía disfrutar mientras no terminara con su obligación, esa que todavía no había comenzado: decirle lo correcto a Faith.

Así que se justificó con el profesor y regresó a su habitación huyendo de la mirada de Lorianne Bowler, su mejor amiga y quien mejor la conocía. Sabía que en la hora de la comida sería interrogada.

Sentada en su pequeño buró comenzó a escribir. Tenía una caligrafía elegante aunque manejara la pluma con celeridad, acostumbrada como estaba a sentarse cerca del enorme escritorio de su padre a tomar notas sobre cuestiones políticas.

Finalmente había decidido optar por la sinceridad disfrazada de cortesía y mucha mano izquierda, desdibujando la realidad para hacerla educada. Le confesó, pues, que su madre le había dado la noticia, omitiendo con delicadeza calificarla, y había preferido enfocarla como si ellas fueran, de un lado, dos familiares allegadas y, de otro, dos damas dueñas de sus destinos; como si su prima hubiera aprobado a su prometido y fuera su mayor anhelo casarse con él y como si ella deseara también un esposo y la envidiara por su posición.

Que fuera Faith la que se sincerara, si así lo deseaba, o que lo dejara correr.

Amanda solo se debía la más cruda realidad a sí misma, con no practicar el autoengaño le bastaba.

Le preguntó por el ajuar, por la iglesia de su elección, por dónde vivirían... Hizo de un montón de frases absurdas una misiva festiva, digna del mejor político. Su padre hubiera estado orgulloso de ella, se dijo con tristeza.

Sin querer pensar más en el asunto, esperando de corazón que su prima hallara algo de alegría en el futuro que le esperaba a través de sus letras, pues había buscado con sus palabras reflejar el aspecto más emocionante del matrimonio, ese que llevaba escuchando dos temporadas y que la hacía sentirse estafada, tomó la salvadera, espolvoreó con arena secante el papel para deshumer la tinta, lacró la carta con cera blanca —a pesar de ser el granate el color de los Etherington, según lady Grace las damas debían utilizar el rosa, el dorado o el blanco— y escribió en la doblez vacía el nombre de lady Faith y la dirección en Londres del barón de Lambert.

Inquieta, se asomó por la ventana. Su dormitorio daba a la fachada principal. Recordó la sensación de paz durante el paseo de la noche anterior por los jardines que daban a la fachada sur, tomó un echarpe de lana escocesa y se dirigió hacia allí a disfrutar de una caminata, necesitada de soledad. La sensación de que el tiempo se le agotaba, que la paciencia de su madre había rebotado y que en pocas semanas, cuando se iniciara la temporada, la obligarían a regresar a Londres, quizá para siempre, era cada vez más apabullante.

El comedor de las alumnas se hallaba en el ala este del colegio, conectado con el de los profesores por unas puertas que, en general, se mantenían cerradas dando cierta ilusión de intimidad. La realidad era bien distinta, sin embargo: dos jóvenes servían la comida y la conversación no podía salirse de los límites de la informalidad. Cualquier risita histriónica, cualquier palabra malsonante —que desde luego una Dama Selecta no debía conocer— podía traspasar el umbral y llegar en un susurro a Eleanor Harper, la directora de Minstrel House.

Aunque Doll Braxton solía hacer oídos sordos, siendo una joven alegre y comprensiva, y Lucy Campbell se dejaba sobornar a cambio de su silencio.

Amanda sabía, de todas formas, que no sería un almuerzo plácido para ella. Era sábado y por lo tanto no habría más clases hasta la hora del té, donde más que una lección en el aula lo que harían sería reunirse en una salita todas juntas para practicar con lady Valery cómo servirlo. Sus amigas más íntimas tenían varias horas libres por delante para preguntar por su conducta desde el día anterior. Había sido más regañada en dos días que en todo el tiempo que llevaba allí, se había pinchado con la aguja, se había saltado la clase de equitación por primera vez... No hacía falta conocerla para saber que algo había cambiado y que lo había hecho a peor.

En otro lugar la hubieran dejado en paz, con total seguridad por falta de interés. Era retraída, solía escuchar más que hablar, observar a las demás y tratar de pasar desapercibida, pero en aquella escuela había encontrado un grupo de jóvenes que no le habían permitido comportarse como en los salones de Londres: como un fantasma.

Como se temiera, no hubo tregua. Apenas sirvieron la crema de patata y col cuando Lori la miró con la delicadeza que la caracterizaba. De algún modo se habían sentado en un extremo Jane, Lori y ella, logrando algo de intimidad, siendo ellas tres las que más fraternizaban.

—¿Va todo bien? —le inquirió Lorianne—. Estás... distraída.

Sabía que no querían meterse en su vida, que las movía el desvelo, del mismo modo que ella había preguntado en ocasiones porque quería que estuvieran felices y se sintieran seguras siempre.

Jane siguió comiendo como si no hubiera escuchado la pregunta, no queriendo presionarla, pero calló.

—¿Te refieres a que me han reñido en dos clases y no he acudido a montar con un pretexto banal? —bromeó, intentando ganar tiempo.

—Me refiero a lo que tú quieras.

Suspiró, triste.

—Creo que voy a dejar el colegio. —Su confesión fue seguida de un coro de quejas—. No, no, no es un hecho y no estoy segura de que vaya a ocurrir. ¡Vaya, de repente me he vuelto una dramática, no me sorprende que estéis preocupadas por mí! —quiso bromear, pero la voz era grave—. Mis padres no me han dicho nada al respecto, pero estoy convencida de que la paciencia de mi madre se ha agotado. Ya os he dicho por qué vine aquí.

Las tres amigas se habían sincerado durante muchas noches en la habitación de una u otra, cuando las luces de los pasillos estaban ya apagadas y se las suponía durmiendo, sobre sus sueños, sus esperanzas, sus expectativas. Ella tenía poco de aquello, pero sí les había contado cómo había sido su primera temporada y que había abandonado la segunda.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Las miró. ¿Acudiría Jane a Londres con el marqués que la cortejaba tan abiertamente? Y si lo hacía ¿coincidiría con Faith y su banquero, fuera quien fuese? Trató de ser prudente.

—Una prima mía, una lejana con la que no tengo una relación muy próxima a pesar de que

hemos coincidido en esta última temporada, va a casarse con un burgués muy importante. —Les hizo un resumen vago de cómo había ocurrido, omitiendo que los novios no se conocían, haciéndoles creer que existía un cortejo—. Mi madre está convencida de que debí ser la elegida, que si hubiera estado en la ciudad en lugar de estar aquí, quién sabe si no hubiera sido yo. —Se dio cuenta demasiado tarde de que su historia no sería entendible si la condesa no veía lo mejor en ella, así que a su pesar continuó con sarcasmo—: Al final va a resultar que cree que su hija es una dama muy deseable. —Y se encogió de hombros, sin saber qué más decir.

—Eres una dama muy deseable —la reprendió Lori—. No dejes que te haga pensar lo contrario.

—El hombre que se case contigo será un hombre afortunado, Mandy —le dijo Jane, con tanta dulzura como firmeza.

Lo que le emocionó fue el convencimiento en sus voces.

—El asunto, Amanda, es: ¿hubieras querido serlo? —le preguntaron, con tiento.

Levantó la vista, sorprendida. ¡Vaya!, no se había planteado algo así. Entre los reproches de su madre y la rabia y el miedo no se había preguntado si hubiera querido ser la elegida por el hombre en cuestión.

¿Quería casarse, aunque fuera con un desconocido, y comenzar así una vida nueva? ¿No era para eso para lo que había nacido? Se ahorraría muchas humillaciones si lo hacía. Siempre que no fuera alguien horrendo o de carácter cruel... y vio el peor de los inconvenientes: que la creyera una estúpida y no la respetara.

—No lo sé —respondió con tiento—. Tal vez fuera lo más sencillo. Tú misma decías que un matrimonio de conveniencia, cordial, en el que las dos partes supieran qué les esperaba, era el mejor de los acuerdos, ¿recuerdas, Lori?

Lorianne Bowler era una joven práctica y aquel había sido su convencimiento cuando llegó al colegio, pues así había sido el matrimonio de sus progenitores. Se había planteado, incluso, casarse con el padre de una de sus compañeras, un conde. Pero el condestable, el señor Nerian Worth, se había ido ganando su corazón tanto como su confianza y finalmente se habían prometido. Sería un compromiso largo, pero ambos estaban convencidos de que su amor merecía la espera. Aunque Amanda sabía que, de vez en cuando, se veían a solas...

—Si es así, quizá la familia política de tu prima pueda presentarte a otros hombres que deseen esposas de la alta sociedad.

—Deberías casarte con un hombre que te merezca, no con quien debas. —Había tintes de tristeza en la voz de Jane.

Acercó la mano hasta ella y la apretó con cariño.

—Son algunos los matrimonios que se conciertan así en los clubes masculinos sin que nosotras podamos hacer nada. La burguesía quiere nuestro estatus, y nosotros, su bolsa. Están viniendo algunas jóvenes desde América buscando lo mismo: posición a cambio de dinero.

Callaron unos segundos, negar la realidad era absurdo y ellas eran el ejemplo: Jane y Amanda

eran nobles, la primera huérfana y sin fortuna, ella de una familia venida a menos; Lorianne era hija de burgueses adinerados.

—Pero es tan triste... —protestó Lori.

—Mientras sea honesto... —alegó—. Ya lo intenté según las costumbres londinenses y no funcionó. Sabéis que no estoy aquí puliendo mis formas, sino tomándome un respiro. Si bailo con el señor Hastings tropiezo con mis propios pies, si hablo con algún caballero... ¡Lord Mersett debe de pensar que soy boba o peor todavía, una esnob que no lo acepta por su nacimiento, tal es mi bloqueo cada vez que lo veo! Quizá un matrimonio como el de mi prima sea lo mejor. O quizá no.

—Tienes que estar segura, Mandy. Tienes que estar muy segura de que quieres entregar tu vida y tu persona a alguien a quien no quieres; de renunciar al amor para siempre.

En ese momento, las doncellas entraron de nuevo en el pequeño salón —había otro mayor y más majestuoso para las grandes ocasiones al otro extremo— con el estofado. Sin más que añadir, o no por el momento, dejaron la conversación. No se hizo ilusiones, era obvio que quedaba inconclusa.

Tanto como intensa y clarificadora había sido. Le había dado un punto de vista completamente nuevo, uno que no se había planteado.

¿Qué podía decir? No quería regresar a Londres, no quería volver a enfrentarse a desconocidos y, no obstante, ver a todas sus amigas enamorarse y casarse, por más que la alegrara, iba aumentando su sensación de aislamiento, una que no sabía que tuviera, y le hacía perder a la vez la esperanza de encontrar eso mismo para ella. Y la opción de volver con su madre para que la tratara como a una fracasada le desagradaba en grado sumo.

Quizá, si su prima Faith se sincerara con ella, en el sentido que fuera, le hiciera una visita en la ciudad.

Agradeció a Doll el guiso y cogió los cubiertos. Si al acabar le hubieran preguntado si era de venado o de ternera, no hubiera sabido qué responder.

Que fuera Jane quien la hubiera cuestionado, no Lori sino Jane Walpole, que tenía a sus pies al marqués de Fairfax y que ese había sido su cometido desde niña, casarse con un hombre del más alto abolengo dada su infancia errante, le preocupó. Aquella joven había tenido más tiempo que ella para plantearse las consecuencias y el tipo de vida de un matrimonio así.

Tendría que pensarlo mucho.

No se había planteado tampoco una tercera opción: quedarse sola para siempre y ser una solterona. Podía procurarse una casita pequeña y una sola doncella y ayudar a su padre en su carrera política. ¿Sería tan desesperada la situación familiar como para que los Etherington, ya fuera su padre o Will en un futuro, no pudieran hacerse cargo de ella, como era su obligación?

La idea de un empleo, de momento, no la contempló ni la desechó. Tenía demasiado en lo que pensar. Se abrían demasiados frentes.

Capítulo 4

Llevaba dos días intentando acondicionar el viejo cobertizo de detrás de la iglesia. Los ronquidos de su tío eran casi una bendición si se comparaban con su actitud cuando estaba despierto. Los recuerdos que su hermano y él conservaban del clérigo eran bastante exactos: Wilfred Ellis era un hombre insoportable, falaz, que correteaba a su alrededor tanteando una donación cuantiosa para arreglar la iglesia. Durante el invierno el techo del templo se había desplomado y, aunque había sido arreglado, esperaba que la generosidad de los Northrope alcanzara para una reforma estructural: el tejado, las columnas, los contrafuertes y quién sabía si el rosetón o el cimborrio.

Harto de sus zalamerías y hastiado de sus dos secuaces, la señora Mildred Cotton y la señora Bella Gibbs, las beatas que le alimentaban el estómago y el ego y le limpiaban las estancias y la capilla, pero que nada podían hacer por enjabonar su alma, preguntó por el pequeño edificio entre la iglesia y el cementerio.

—¿La vieja cabaña? —había respondido su tío, restándole importancia—. Ya estaba ahí cuando llegué. Supongo que se utilizaba para que el sepulturero guardara sus utensilios. Hace mucho que nadie la usa.

—Parece recia.

—Debe de serlo. Lleva años abandonada y sigue en pie.

Alentada su curiosidad, al día siguiente de su llegada, después de desayunar, se había acercado a echar una ojeada y menos de un minuto después de cruzar el umbral ya había decidido que se trasladaría allí. El lugar se encontraba en un estado penoso, no había más mugre en él y había que cambiar un cristal roto, y asegurar los otros dos, además de arreglar las contraventanas. Sin embargo, las paredes y el techo eran robustos y la humedad no había calado en la planta cuadrada compuesta por dos habitaciones separadas por un muro medianero: frente a la puerta, un pequeño tabique que hacía de soporte y que dotaba de una entrada diminuta a la casita, daba a la pared separadora que alcanzaba hasta casi el final de la casa, sin acabar de dividir por completo el piso, sino terminando en un pilar sólido que reforzaba el techo, dejando aquel último hueco para una chimenea enorme que caldeaba al mismo tiempo ambas estancias, gozando de independencia pero aprovechando el hogar.

Para su fortuna, el suelo no era de tierra y paja; de adobe irregular, unas alfombras le darían

calidez y disimularían sus fallas.

No necesitaba más, supo. Un dormitorio y un estudio cómodo con una chimenea que encendió enseguida para saber si era necesario deshollinar y que, comprobó, no estaba atascada.

Una vez instalado, comería y cenaría en la posada, pues aunque hubiera tenido una cocina no la habría utilizado, y el aseo personal, le gustara o no, seguiría haciéndolo en la vivienda sacerdotal. Para tan poco tiempo no merecía la pena construirse una letrina, y un baño quedaba descartado. Aunque buscaría las horas de las confesiones para ir a casa de su tío.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que llegara esa mañana, al alba, cuando se miró las manos: estaban sucias, las uñas ennegrecidas y las palmas heridas. No eran las de un caballero, con título o sin él, acostumbrado a trabajar tras un escritorio y manejar una fortuna. Tampoco sus ropas, sucias, eran las de un hombre de su poder.

Con una sonrisa llena de engreimiento miró a su alrededor: tras casi dos días de esfuerzo, el suelo ya se veía después de haber apartado montones de leña que, misteriosamente, habían desaparecido la noche anterior. No le importaba, no necesitaba astillas viejas, podía cortar nuevos troncos y estaba disfrutando del trabajo físico, pero le parecía grosero llevarse la madera sin pedir permiso. Podía considerarse un robo, incluso.

Sus ojos vagaron por las ventanas, que después de un poco de atención del martillo ya encajaban, así como la puerta. El cristal roto había sido arrancado y, a la espera de ser restituido, tenía atrancada la aldabilla para que ningún animal se colara. Animal o persona, pues no era aquella cabaña el lugar más seguro de Inglaterra. No es que pretendiera guardar bonos dentro de aquella casucha, desde luego. *Su casucha*, se corrigió con orgullo. Hablaría de todas formas con la policía del lugar y se presentaría, en todo caso. Sabía que no era bueno ser el forastero y quería asegurarse, además, de que ningún ladronzuelo de poca monta entrara en su casa —ya no era una casucha, se dijo con sarcasmo— y registrara entre sus papeles. Había información confidencial en ellos. Sí, sería mejor que los Bow Runners^[3] supieran de él, aunque no necesitaban conocer quién era en realidad.

Preguntaría, de paso, por el herrero, el carpintero y por alguna mujer que quisiera limpiarle el lugar durante su estancia en el pueblo. Dudaba de que fuera difícil conseguir muebles, en Minstrel Valley o en alguna localidad cercana. En caso contrario escribiría a Dan y le pediría lo necesario para estar cómodo. Un hombre podía vivir con ropas de segunda mano y teniendo el baño en el techo de al lado, pero eran necesarios un buen catre, un buen sillón y un par de buenas botas. Un par de alfombras, se recordó, y haría de aquellas cuatro paredes su hogar.

Una miniatura de su madre, un secreter donde trabajar... Si nadie iba a entrar, no tenían por qué saber qué tipo de muebles tenía dentro y no había de renunciar a según qué detalles.

Negó con la cabeza, divertido. Henry Northrope hijo, heredero de un imperio financiero, residente en una mansión sita en el mismísimo corazón de Mayfair, estaba impaciente por instalarse en aquel diminuto refugio y se conformaba con un lugar donde pasar horas dedicándose a su negocio y un par de lugares cómodos donde descansar.

Lo que significaba que su padre no había hecho mella en su resolución; todo lo contrario. Si los muebles no llegaran, lo que dudaba mucho, se las apañaría. Estaba cada vez más convencido de que se labraría su propio camino, con o sin la ayuda de su familia. Jamás se casaría con una mujer a la que no pudiera respetar y nunca respetaría a una que se vendiera a sí misma.

No entendía a su padre, su rabia y su necesidad de ascender a un mundo tan hipócrita y podrido. Estaba convencido de que aquel universo de elitismos estaba cerca, si no de caer, sí de equilibrarse.

Así, no se casaría con una mujer que, aun fruto de dicho fariseísmo, no luchara contra su destino si este le era contrario. La tal Faith Lambert podría haberse revuelto contra la decisión de sus padres, al menos, en lugar de sacrificarse cual vestal para ser entregada a su nuevo hogar. Y si le deseaba por lo que tenía y no por quién era... prefería no pensar en tal posibilidad. Llevaba desde que se había convertido en un hombre huyendo de esa clase de mujeres.

Pero no la juzgaría hasta no conocerla, menos cuando Dan parecía tener sentimientos por ella. Su hermano no era ningún tonto ni pensaba con los pantalones.

Y ese era el colmo. No era solo una lucha de voluntades contra su padre, que era ya razón suficiente para plantarse. Su progenitor había escogido a la menos elegible de todas las damas de Londres, la joven que, quizá, fuera la elección de Daniel, lo supiera este o no, si su instinto no le fallaba.

Él en cambio quería... quería muchas cosas en la vida y sí, una esposa entraba en sus planes, pero antes necesitaba encontrar un espacio en la Cámara de los Comunes, para él o para alguien de su confianza —aunque la política le llamara cada vez más, ocupaba un tiempo que no estaba seguro de querer ceder—, expandir la empresa hacia nuevos horizontes y relajar a su padre al respecto de los nobles.

Demasiadas tareas... Se casaría a los cincuenta y entonces sería él quien comprara a una esposa y dejaría de respetarse a sí mismo, se rio para sus adentros.

Cansado después de toda una mañana de trabajo, se acercó a la casa sacerdotal rezando —tremenda ironía— para que su habitante estuviera haciendo sus labores y pudiera asearse en paz para acudir a la posada. Con suerte podría tomarse una pinta antes de comer.

Aquel debía ser el hogar parroquial más profano que existiera en todo el Reino Unido.

El Señor quiso apiadarse de él y el sacerdote no estaba en la vivienda. Después de asearse, lo que le costó un tiempo considerable dada la cantidad de roña que había bajo sus uñas, salió a por su merecida cerveza con las manos impolutas, aunque ásperas y heridas. No deseando tentar a la suerte prefirió la puerta trasera, que daba a la calle del cementerio, dio la vuelta al edificio y se encontró en Legend Square.

Se detuvo a admirar con detenimiento la estatua de La Dama y el juglar, que había visto la noche que llegara pero a la que no había prestado atención. Se trataba de una mujer ataviada con vestimenta medieval y un trovador con un laúd y una flauta, fundidos en un abrazo.

Estudió en la universidad e hizo después un corto *Grand Tour*. Había estado diez semanas con

Dan en Italia, acompañados de un tutor, visitando Roma, Pisa, Florencia, Venecia y Nápoles. De vuelta habían estado otras cuatro semanas en París. Por tanto, aunque no fuera un experto en arte, reconocía la calidad cuando la veía. Aquella no era una gran pieza. No seguía los cánones de la proporción de Da Vinci ni tenía la perfección anatómica de Miguel Ángel. La piedra, granito gris si tuviera que apostar, no tenía la calidad superior del mármol de Carrara ni estaba cincelada por las manos de un maestro. Y sin embargo tenía ese algo que la hacía inolvidable. La suspensión del momento era perfecta, sus rostros ladeados, sus labios casi pegados en un beso que nunca llegó y que, no obstante, parecía infinito, eterno. La representación de un amor que desafiaba el fin de los tiempos.

No, se dijo, no era comparable al David o a la Piedad, pero sobrecogía igualmente. Si el primero sorprendía por su perfección y la segunda dejaba sin aliento, la estatua que tenía delante atrapaba a quien la miraba y despertaba en él el recuerdo de romances pasados.

«Romances que Dan haya podido contarte», se burló de sí. Cupido todavía no había apuntado con sus flechas hacia él. A su hermano, en cambio, lo había acribillado con pequeños dardos desde los quince años.

Y aun así cuando le hablara de la tal lady Faith...

Se apartó de la escultura, queriendo olvidar por qué estaba allí, y vio una gran figura al otro lado de la plaza. Un hombre estaba apoyado contra la pared de un edificio importante, el ayuntamiento o la casa de la Vieja Guardia si había entendido bien a su tío, así que debía de tratarse de un policía. Conforme fue acercándose se dio cuenta de que no era amenazante pero que emanaba de él una autoridad que parecía serle inherente. Era un poco más alto que el propio Harry y también más ancho de hombros, lo que implicaba un tamaño importante. Quien fuera no necesitaba tener un aspecto feroz: era sin duda alguien a tener en cuenta y a quien tener en el lado propio en caso de pelea.

Ya frente a él extendió la mano.

—Uno de los policías de Minstrel Valley, imagino. Soy Henry. —Harry^[4] era solo para los íntimos, se dijo, aunque estuviera de incógnito cambiaría su apellido pero no su nombre—: El señor Henry Brown.

El otro lo miró con un conato de sonrisa antes de estrecharle la mano con fuerza.

—Imagino, señor Brown, que no es de por aquí. Apostaría una pinta a que ha vivido en Londres toda su vida.

También él sonrió.

—¿Qué me ha delatado? —respondió, confirmándose.

—Soy el señor Worth, Nerian Worth. Y no soy uno de los policías de Minstrel Valley, soy el condestable del pueblo. El único.

Henry echó la cabeza atrás en una carcajada.

—Acabo de quedar como un estúpido. En efecto, nací en la capital y he vivido allí hasta ahora.

—¿Y qué le trae a nuestro valle, señor Brown?

—Por favor, llámeme Henry. —No tenía ni idea de si allí se tuteaban, pero como señor Brown no se giraría si le llamaban, estaba convencido—. Soy familiar del padre Ellis. El párroco es un primo lejano de mi padre. He trabajado como secretario en un despacho de abogados desde los doce años. Por desgracia, mi patrón falleció hace dos semanas.

—Lo lamento.

—Gracias —Se encogió de hombros—. Era un buen hombre y me trató como a un hijo. Me dejó un pequeño legado económico y estoy pensando si continuar en otro despacho como hasta ahora, o intentar iniciarme como asesor legal. He venido a este valle en busca de tranquilidad para pensar qué hacer con mi futuro.

—Una decisión difícil.

No le gustaba aquella conversación. Tenía la sensación... no: estaba convencido de que aquel hombre no estaba creyendo una sola palabra de lo que le decía pero que tampoco intentaba sonsacarle nada. Se limitaba a escucharle, sosteniéndole la mirada con tranquilidad. Maldito fuera, le recordaba a su madre cuando de niño robaba una porción de tarta y le preguntaba si había sido él. Con la diferencia de que aquel condestable no tenía nada de femenino y sus ojos, a pesar de ser pacíficos, le estaban advirtiéndole no sabía muy bien qué.

—En todo caso, mientras lo decido pasaré unas semanas aquí, y vivir con el padre Ellis es... ¿se puede decir que compartir la casa parroquial con un sacerdote es un infierno? ¿Mi comparación es inmoral o tiene carácter delictivo?

Por fin, el condestable rio, rio de verdad.

—Es su familia, si decide insultarle yo no lo arrestaré.

—Entonces créame, lo es. Así que he vaciado el cobertizo del cementerio, he hecho lo que he podido con las ventanas y la puerta y necesito una muchacha que se encargue de la limpieza, además de ayuda profesional para los arreglos que faltan.

—Me dirija a The Old Flute a tomar una pinta antes de comer, debería acompañarme. Necesita conocer a Angus McDonald, el herrero, quizá sea el hombre que está buscando. Él y Rudy me socorrieron con mi tejado. Y el señor Gambier es un magnífico carpintero también —se apresuró a añadir, dándose cuenta de que seguramente sería el idóneo para el trabajo—, la cabaña es de madera, tal vez Joseph le sea de más ayuda.

Hizo un ademán con la mano, invitándole a acompañarle. Iban a girar a la derecha para salir de la plaza cuando un movimiento a su izquierda llamó su atención. Una muchacha de cabello castaño intentaba cruzar la calle agazapada. Henry miró al condestable con las cejas levantadas y gesto divertido. Vio una mirada afectuosa y que también él se divertía.

—Es la mayor de las hijas del general Grenfell, la señorita Edith. Y la propietaria de la vivienda que pretende evitar es la señora Cotton, una de...

—Vivo en la casa del sacerdote: conozco a Mildred Cotton —se quejó.

—Y a la señora Gibbs, imagino. La señorita Grenfell es una joven encantadora y responsable muy querida en Minstrel Valley. Hace poco que se comprometió con el señor Landon. Ambos

fueron de gran ayuda para encontrar al niño que desapareció el mes pasado.

Al fin ella se decidió a avanzar: se levantó apenas el dobladillo de la falda y de una carrera llegó a la otra esquina, donde siguió su camino con normalidad.

Reanudaron también ellos el suyo en silencio, divertidos. Habían superado casi toda Old London Road cuando se animó a preguntar:

—¿Es habitual que en las zonas rurales haya un solo condestable?, ¿o este es un lugar especialmente tranquilo?

Worth tardó un poco en contestar.

—En los últimos meses ha habido demasiado movimiento en Minstrel Valley para mi gusto. ¿Pretende usted causar problemas? —Aunque su tono era jocoso, no parecía bromear—. ¿O viene huyendo de ellos?

Henry valoró, como había hecho el condestable, su respuesta.

—Vengo huyendo de un problema, señor, pero no tiene nada que ver con usted ni con su trabajo. Para ser más exacto —se confesó a medias buscando la simpatía de aquel hombre—, vengo huyendo de una mujer. No, olvide eso, me hace parecer culpable, no entiendo por qué cada vez que se habla de damas se sobreentiende que somos responsables.

El propio Worth había llegado allí porque una mujer había confundido sus intenciones.

—Supongo que porque sufren más abusos que nosotros, lo que como hombre me pesa. Y porque, nos guste o no, se las cree a ellas antes que a nosotros cuando hay un conflicto entre hombres y mujeres. Como consecuencia de ese exceso de abusos, supongo.

—Supongo —le concedió el punto—. Estoy, pues, ¿en un lugar seguro? ¿O debo preocuparme por vivir en un viejo cobertizo reconvertido en mi refugio?

—Ha venido al lugar perfecto para vivir en paz. —Y para sorpresa del banquero, el otro bromeó, incluso—: Eso si su tío se lo permite.

Rieron los dos.

—Del padre Ellis puedo encargarme. Es más, si causa problemas y no desea encararse con la Iglesia hágamelos saber. Conozco sus pecados y cómo manejarlos.

—Entonces está seguro —le repitió—, siempre que nadie se enamore —refunfuñó para sí en voz baja.

No estuvo seguro de haberle entendido bien.

—¿Cómo ha dicho?

—Que hay algo en el agua de este pueblo, algo extraño.

—¿Venenoso?

—No, mágico —respondió con ironía.

Cada vez que alguien de aquel pueblo se enamoraba, el trabajo del condestable se multiplicaba, pero no necesitaba explicárselo al recién llegado. Así que abrió la puerta de la posada y le franqueó el paso.

Entró Henry y barrió el local con la mirada. Para su horror, lord Mersett y el señor Hugh Turner

estaban en la barra y lo reconocieron al instante a pesar de no vestir su habitual traje ni de ir peinado con corrección o llevar sombrero de copa. No es que lo buscaran a él, desde luego, pero al parecer el condestable era un hombre respetado y apreciado y recibió saludos de todos los presentes, acaparando la atención él y por ende el desconocido que lo acompañaba.

Bastó una mirada para que los tres se entendieran: no se conocían y eso era todo a falta de una aclaración ulterior.

Tendría que darla, no porque estuviera obligado frente a dos de sus mejores clientes, sino porque un banquero no aparecía en Hertfordshire de un día para otro sin dar explicaciones. Por más discretos que pudieran ser, su banco podía resentirse.

¡Maldita fuera su suerte!

—¿Una pinta? —lo instó Worth.

¿Se habría dado cuenta de la conversación silenciosa que habían mantenido?

—Confieso que después de toda una mañana de trabajo tengo tanta hambre que me comería una vaca —repitió la frase que su hermano solía decir.

Apenas llevaba dos días fuera de casa y lo añoraba, dichoso bribón.

—¡Señor Worth, dígame a su amigo el come-bueyes que se siente a comer con nosotros! ¡Y venga también usted! —gritó un hombre con acento escocés desde una de las mesas mientras buscaba a la camarera con la mirada, una joven que le sonreía divertida—. Dottie, pon dos raciones y dos pintas tamaño «hombre de las Tierras Altas» en nuestra mesa. Rudy, hazte a un lado, tenemos compañía.

—Está de suerte, señor Brown, el herrero y su ayudante están aquí.

No pudo evitar sonreír también él. Algo le decía que iba a disfrutar de su retiro forzoso.

Capítulo 5

No entendía qué le ocurría. Era como si de pronto Minstrel House, que había constituido su refugio durante meses, hubiera dejado de ser su casa. El tejado se le venía encima, y la necesidad de huir, de salir a cielo abierto y que el firmamento la engullese era más imperiosa por momentos.

Por segunda vez aquella semana, en tres días si los contaba, iba a saltarse las reglas, e iba a salir del colegio, además. Su apremio de libertad la impulsaba a ausentarse más allá del perímetro del internado, a marcharse donde pudiera evadirse, ser anónima, convertirse en nadie suponiendo que fuera posible a nivel metafísico.

Pasaban de las once de la noche, así que se protegió con un abrigo, se puso unos botines de piel con interior de cabritilla y cogió del escritorio la lamparilla de aceite de ballena y unos lucíferos que había tomados prestados, aunque sin permiso, de la salita rosa.

Por precaución tomó las escaleras del ala oeste, se obligó a ser más sigilosa que la otra noche sabiendo que Goliath podía descubrirla, y de ahí se arriesgó a salir por la puerta principal. Había dejado abierta la ventana de la salita de estar de las alumnas, rompiendo el pasador. Era una vileza por su parte, pero también la única forma de asegurarse de que la encontraría abierta a su vuelta. Si alguien descubría que no estaba cerrada, y ello a pesar de que la dejara bien acoplada, dudaba de que pudiera arreglar su estropicio en tan poco tiempo y a altas horas de la noche. Lo que era peor: confiaba en que no notaran su ruin acto y siguiera teniendo un salvoconducto mientras su estancia se mantuviera en la escuela, lo que temía no iba a prolongarse durante toda la temporada.

Percibiendo cómo el desánimo la invadía, se infundió valor, tomó aire, abrió la puerta con el mayor sigilo posible, sorprendida de lo bien engrasados que estaban los goznes, salió a la escalinata principal y cerró con suavidad el enorme portón.

¡Lo había logrado, estaba fuera de la casa!

Si hubiera apostado antes de iniciar aquella aventura, lo que una dama jamás hacía más allá de una pequeña cantidad en una partida de naipes y solo por dar emoción al juego, habría dicho que antes de llegar al vestíbulo la gobernanta ya la habría cazado fuera de su dormitorio y enviado de vuelta después de una buena reprimenda.

La señora Burton, una mujer mayor que su padre, era muy estricta y mantenía un tira y afloja con la directora sobre la autoridad, lady Eleanor Harper, condesa de Clifford en pocas semanas, una

dama cinco o seis años mayor que la propia Amanda. Si la atrapaban eludiendo las normas sería un nuevo pretexto para la batalla de poder que se disputaban.

Bajó los escalones, tomó el sendero iluminado apenas con la escasa luz que la luna le ofrecía, rozando su cadera la fachada este del edificio, tan angosto era el camino, adentrándose por momentos en los árboles contiguos, casi adheridos, cuyas ramas cubrían el poco resplandor que el satélite, todavía creciente, brindaba. De haber elegido el camino levógiro, mucho mejor señalado, hubiera pasado por delante de las caballerizas primero, y de las cocheras y el invernadero después. Le hubiera sido imposible sortear a los Randall, que habían cuidado de la casa durante años antes de que lady Acton se retirara al campo y organizara junto con otras benefactoras la escuela para Damas Selectas; al señor Jarvis —aunque fuera el señor Bissop el profesor de equitación, tenía este unas cuadras propias y se dedicaba a la crianza de sementales—, que se encargaba de los caballos y los carruajes y los celaba como si le fueran propios, tal era su lealtad a Minstrel House; y a Isaac Goody, que dos noches antes le había demostrado saber a la perfección dónde estaba cada alumna.

Así que continuó bordeando el frontis oriental, cruzó los árboles a oscuras de modo casi intuitivo hasta llegar a la cancela y, una vez allí, la siguió hasta dar con la puerta trasera. Sabía por Noelle Montague... Noelle Catesby, se corrigió otorgándole su nuevo apellido —su antigua compañera se había casado con lord Wesley hacía unas semanas—, que aquella portezuela era la forma más sencilla de entrar y salir del colegio sin ser vista. Pensar en ella le hizo sonreír con cariño. ¡Si pudiera verla en aquel momento! Cuántas veces había Amanda pedido a su amiga contención, pero era como pretender domar una tormenta. Era testaruda, decidida, mordaz y sabía lo que quería, y cuando tenía un objetivo nada la detenía hasta lograrlo. Una parte de ella la escandalizaba: una dama no podía comportarse como lady Noelle lo había hecho, olvidando cualquier precepto, ni siquiera enarbolando el amor como razón. Otra, aplaudía su pasión: había logrado su mayor anhelo, el corazón del hombre al que amaba; y aunque no hubiera sido el caso, habría tenido la tranquilidad de conciencia de haberlo intentado con todas sus fuerzas.

Ella no tenía nada que anhelar, solo deseaba una vida de paz y tranquilidad. Tal vez por eso le era sencillo seguir las reglas en cuanto a conductas se refería.

Y aun así, la idea de ser pillada por una buena amiga, sin nada que esconder, le resultaba desconcertante. ¿Qué diría? Dejó de sonreír. ¿Sería justo decir la verdad?, ¿que estaba tan triste que ya ni su refugio le daba serenidad? ¿No sería, acaso, egoísta, preocupar a un ser querido por algo que no tenía remedio?

Derrotada por un momento, emprendió el camino hacia el pueblo, errante en un principio, segura después de su destino. ¿En qué lugar no sería molestada ni molestaría ella si encendía la luz, extendía el echarpe que llevaba bajo su abrigo y se tendía en el suelo raso? Su padre le había enseñado a temer a los vivos, jamás a los muertos, a pesar de los cuentos espeluznantes que corrían desde hacía más de medio siglo sobre criaturas del inframundo. Así, abrió la lamparilla, encendió un lucífero, prendió la mecha bajando la llama al mínimo, y puso rumbo al cementerio.

Justo acababa de cruzar Legend Square y tomaba Church Street cuando comenzó a caer una fina llovizna. Dubitativa, continuó hasta la necrópolis. Aquello era Inglaterra, se dijo, llovía casi a diario. Apenas unas gotas y se detendría, durante el día no había habido indicios de tormenta.

Ya en el camposanto, tomó aire con fuerza, lo dejó escapar de su pecho poco a poco y una sonrisa se le dibujó en los labios despacio. Levantó la cabeza al cielo, dejando que el sirimiri le mojara el rostro, y dio una vuelta sobre sí misma, ensanchándose su gesto hasta que no le cupo en la cara.

La sensación de libertad se introdujo en ella, se le infiltró en las venas y rugió en su cuerpo. Por un momento no existió su madre, ni el matrimonio beneficioso de su prima, ni el riesgo de dejar Minstrel House y la temible posibilidad de regresar a los salones a enfrentarse con damas y caballeros que esperaban de ella reacciones que no comprendía y a situaciones que no sabía controlar.

Estaba bajo el cielo, la luna era una hoz que pareciera querer cortar las constelaciones y redibujar el cielo de la noche al capricho de su reina. Imaginó ser Selene, deseó unir Auriga a la Osa Mayor[5] y subirse ella para pasar la noche deambulando por el hemisferio.

Dejó la lámpara en el suelo y quiso gritar de alegría. ¿A qué lado de la casa estaría el dormitorio del padre Ellis? ¿Lo despertaría si se dejaba llevar por la euforia? Rio, pensando en sí, en su entusiasmo, podría ser oída en Clifford Manor. Ella, lady Amanda Etherington, incapaz de llamar a la señora Burton por su apodo, chillando como una niña.

Su sueño se vio truncado por un trueno. Se abrieron los cielos, que al parecer no querían ser transitados por una simple mortal, y la llovizna se convirtió en un aguacero.

—¿Oh, en serio?! —gritó a la luna, enfadada.

Sabía que al final del cementerio había un pequeño cobertizo. Nunca había entrado, debía de estar lleno de trastos viejos, y corrió hacia allí pidiendo a esos mismos cielos enfadados que no hubiera nada más: no deseaba compartir su espacio, seco o con goteras, con ningún ser vivo. O, a ser posible, con ninguno que se arrastrara o royera.

Dormir con su tío era impracticable. El día anterior, después de comer con el herrero y de que este le presentara al carpintero, quien le iba a arrendar los muebles necesarios para su refugio hasta que se marchara, había vuelto y había escrito a Dan. Además de pedirle noticias sobre la señorita Faith, le había dado las medidas para un colchón y le había encargado que trajera dos sillones de su despacho y algún que otro enser más.

En tres días máximo —si el diario llegaba con un día de retraso debía significar que el correo era rápido—, llegarían un coche o dos con sus bártulos y con discreción.

Solo le restaban un par de noches, solo un par, se animó. Pero si no fuera porque un secretario no debía gastarse su pequeño legado en una posada teniendo un lugar en el que vivir, se habría

alquilado ya una habitación allí.

No era de extrañar, pues, que hubiera oído el suave repiqueteo del agua contra el cristal. Se había levantado y había abierto la ventana. Le encantaba ver llover, le relajaba. Deseó, incluso, que las suaves gotas se transformaran en una tormenta. Le hechizaban las tempestades y, con suerte, acallarían los gruñidos del dormitorio cercano.

Sus ojos se dirigieron de manera automática hacia la diminuta luz que se movía entre las lápidas para ver una figura cuyos movimientos eran, sin duda, femeninos.

—Vaya, vaya. ¿Una ladronzuela? —preguntó en voz alta, con despreocupación.

Y entonces, como si Urano le dispensara un gusto, una cortina de agua lo cubrió todo. La figura corrió hacia su cobertizo, empujó la puerta y se refugió en él.

Curioso, cogió la ropa de la silla y se vistió a toda prisa sin importarle si hacía o no ruido. Si el primer trueno no había despertado a Wilfred, no lo haría él. Se calzó las botas, eligió un gabán, tomó uno... no, dos paraguas de la sacristía y salió de aquella casa hacia el que ya consideraba su hogar aunque no viviera en él todavía.

Cuando abrió la puerta escuchó un grito de sorpresa y la mujer que había sentada en el suelo se puso de pie a toda prisa, dando una patada a la lámpara, que rodó hasta sus pies.

—Cuidado, Híade, podrías hacer arder el cobertizo.

—Yo, yo... —Amanda calló, temiendo tartamudear.

«Híade», se dijo. Quien hubiera entrado era un hombre culto, y no solo por su voz cultivada y su acento del centro de Londres, sino porque conocía el nombre de las ninfas hacedoras de la lluvia. Vaya, ella creyéndose la luna y había sido relegada a la categoría de hija de estrella.

—Dione —pensó en voz alta. Al menos elegiría a su Pléyade favorita.

Henry tomó el candil del suelo y antes de acercarlo a su cuerpo ya supo que se trataba de una moza, una que conocía bien la historia griega.

—¿Dione? Demasiado joven para ser la madre de Afrodita.

Para cuando la luz alumbró su rostro se encontró con unos enormes ojos negros, muy abiertos, y una piel inmaculada. Nunca había visto un cutis tan blanco e incólume, sin una sola imperfección. No había ni una sola peca, cicatriz o mancha que osara ultrajarlo. La llama dramatizaba sus pestañas, alargando su sombra, haciéndolas parecer infinitas. Pudo distinguir unos gruesos mechones negros, empapados, que se escapaban del recogido enmarcando una cara cuadrada, simétrica, de pómulos perfectos. Pero lo que llamó la atención fueron sus labios, ni muy llenos ni muy finos, quizá por el frío de un tono rojizo que le hicieron desear cubrirlos con su boca.

—Ambrosía —susurró, eligiendo otra estrella de la misma constelación.

«Pura Ambrosía», se dijo, sintiendo un inesperado deseo por la muchacha.

Nerviosa, Amanda se echó a reír. Ambrosía era la última de las Pléyades, una de las siete Híades según la mitología griega, pero él lo había dicho como si se tratara del manjar de los dioses. Y por un momento la había observado como si... como si... ningún hombre la había mirado así pero sí era como lo hacía Worth con Lori cuando creía que nadie los veía.

Volvió a proferir una risa tensa. ¿Cómo podía saberlo, si era él quien portaba la lámpara y por tanto el que estaba en sombras? Había sido su voz, que la había acariciado con más pecado que unas manos insidiosas. La situación se tornó incómoda para ella, pues no sabía retornar un coqueteo y temió decir algo estúpido.

—De-deberíais mostraros y presentaros, señor.

La luz y una presentación la devolverían a una situación más familiar.

Ante el toque de atención, repasó la conversación e imaginó que estaba ante una de las damas del colegio, una muy estricta con las normas. Sin saber por qué, pues prefería a las mujeres más mundanas, le gustó su rectitud.

Subió la fuerza de la llama, colgó el quinqué de un gancho en una de las vigas más bajas que había a tal efecto y por un momento se sostuvieron la mirada, abandonados el uno en los ojos del otro, olvidada la situación, la realidad, pendientes del momento, como si solos ellos existieran.

Amanda deseó que el ambiente fuera lo bastante tenue para disimular su sonrojo. No podía decir que el caballero que tenía frente a ella fuera el más hermoso que hubiera visto jamás, pues el marqués de Fairfax ostentaba ese honor; ni el más guapo en el sentido mundano, pues el condestable Worth era con seguridad ese hombre... pero el desconocido era sin duda atractivo como ningún otro que hubiera conocido. Era muy seductor y se sintió fascinada por sus ojos verdes, sus cejas negras rectas, su barba incipiente. Tenía una nariz fina, recta y una sonrisa ladeada que le hacía preguntarse qué secretos se ocultaban tras ella y sus dientes perfectamente alineados.

—Henry Brown. —Sintió un escalofrío al escuchar su voz, tan seductora como su apariencia—. Y vos, ¿soléis hablar con Dios habitualmente?

Se sintió confusa.

—Con... ¿con Dios?

Él rio ante su perplejidad, antes de explicarse:

—Os estaba observando desde la casa parroquial cuando ha comenzado la tormenta. —La sonrisa se ensanchó—. Y habéis mirado al cielo y le habéis dicho algo. Una queja, creo, aunque no podría jurarlo.

Amanda lo miró. Lo miró de verdad, como nunca había mirado a un hombre. Se acercó más a él, incluso. ¿Hablaban en serio?

—Si vivís en una casa parroquial, como me habéis dicho, no deberíais jurar. Y si juráis no me hagáis creer que pensabais que hablaba con Dios, señor Brown. Hablaba con las nubes, ya que deseáis saberlo.

Henry se obligó a mantener la sonrisa a raya. La muchacha era una mezcla de inocencia y genio que le intrigaba.

—Hubiera preferido que me dijerais que hablabais con la luna. Le hubiera encontrado más sentido.

—¿Cómo...? —¿Cómo sabía que hablaba con Selene?, ¿que esa noche deseaba ser esa misma

diosa?—. ¿Qué tiene de sensato hablar con un satélite?

—¿Qué tiene de sensato hablar con las nubes?

La joven entrecerró los ojos y se acercó todavía un poco más. A él le costó todo su autocontrol no echarse a reír.

—Vos... vos... ¿me estáis tomando el pelo? —le acusó, incrédula. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al comprender. La decepción llegó justo después—. No, no me to-tomáis el pelo. Os reís de mí.

Desencantada, se agachó para recoger su abrigo e irse. Por un momento se había sentido cómoda. Había habido una sensación de seducción que no había podido controlar, de acuerdo, aunque después, por una milésima de segundo, se había sentido atraída por un hombre y no había temido hacer el ridículo. Seguramente sus ropas baratas, que delataban que no era un caballero y que por tanto pertenecían a mundos distintos, estar en un cobertizo y no en un salón, y una conversación ridícula hubieran ayudado. Pero no, incluso en un escenario irreal en el que nada tenía que temer, los caballeros seguían considerándola ridícula.

—Tengo que irme.

En ese momento el reloj de la iglesia marcó las doce.

—¿Tenéis una cita a medianoche con otro hombre que no sea yo?

A punto estuvo de cruzarle la cara de una bofetada, pero se dio cuenta de que, en efecto, esa debía de ser la impresión de estaba dando. No solo se reía de ella, sino que además la insultaba. Dolida, le pidió paso.

Tal vez no la comprendiera del todo, no obstante Henry vio toda la desilusión en su mirada; vio la decepción y el dolor. Se sintió un villano.

—Os tomaba el pelo y me disculpo de corazón si os he molestado. ¿Podemos volver a comenzar, por favor? Soy Henry Brown. —Esta vez sí, le extendió la mano, pero ella no se la estrechó; unos segundos después la apartó, mirándola significativamente—. Soy un pariente lejano del sacerdote y he venido por unas semanas en busca de un poco de paz, necesito tomar una decisión importante. Transcendental. Pero es imposible concentrarse con Wilfred Ellis alrededor. —Se dio cuenta de que se había excedido, injuriando a alguien que, quizá, a ella le cayera bien—. O al menos a mí no me es posible, cosas de familia, ya sabéis... La cuestión es que estoy habilitándome este cobertizo para vivir en él y...

—Se nota que alguien ha estado trabajando en mejorarlo.

Amanda prefirió cambiar de tema. De acuerdo, se había disculpado, era un pariente del padre Ellis y, al contrario que el deán, parecía un hombre humilde y agradable. Prefirió olvidar el momento en el que se había sentido humillada. Estaba cansada de sentirse así y, tal vez, había sido ella la que había tenido una reacción exagerada y el tal señor Brown solo era un bromista.

—¿Venís a menudo? —La vio enrojecer de nuevo. ¿Por qué la incomodaba?, se regañó él. Porque estaba adorable con las mejillas sonrosadas y los ojos negros, enormes, confundidos—. No, claro que no o ya os habría visto, disculpadme, os tomaba el pelo de nuevo.

Y algo cambió en ella. Una sonrisa tímida le asomó en la boca, en sus preciosos, deseables labios. Era imposible que lo supiera, pero ningún hombre había bromeado con ella jamás.

—Tenéis un extraño sentido del humor, señor Brown, ¿acaso sois un humorista?

—Todo lo contrario, soy un aburrido secretario que se ha quedado momentáneamente sin trabajo.

Ella lo miró con modestia antes de extender la mano, una mano de dedos largos, elegantes, y uñas limpias y cuidadas, reparó él.

—Lady Amanda Etherington.

Se apresuró a estrechársela para comprobar que tenía una piel muy suave.

—Un placer.

—¡Oh, tenéis la mano herida, señor! —se lamentó ella al tocarlo.

Enarcó las cejas y se miró las palmas. Había, claro, pequeñas llagas después de dos días usando herramientas. Su utensilio de trabajo habitual era una estilográfica de oro, no útiles pesados con burdos mangos de madera. ¿Se habría dado cuenta también el condestable? ¿Se debería a eso la perspicacia que había notado durante la comida?

—No es nada, de verdad.

—Permitidme. —Bajó el fanal, sacó de su gabán un pañuelo granate, volcó sobre él una buena cantidad de líquido y esperó a que se enfriara y se volviera viscoso—. Es aceite de ballena, es muy hidratante. Calmará vuestra piel y os la reparará.

—No pretendía ofenderos con mis manos.

Fue su turno de sentirse inferior aunque nada en ella sonara a reproche.

Con firmeza tomó su mano, que le fue entregada de buen grado, y la ungió. Con dedos delicados comenzó a embadurnar las durezas y callosidades de la palma, esquivando con sutileza las costras de las heridas, deseando tener un dispensario de calidad para curárselas. La piel, agradecida, absorbió enseguida el ungüento, así que añadió un poco más en el pañuelo y volvió a la tarea de esparcirlo con exquisitez. Sentía la mirada de él sobre ella tanto como su propia respiración irregular.

Nunca había tocado las manos de un hombre sin guantes y había algo muy personal en ello. Notar la calidez del otro cuerpo sin la tela de por medio, conocer su textura... pero iba más allá. Sentía un ligero cosquilleo en el estómago y una necesidad infantil de reír solo porque sí. Resultaba muy íntimo, casi sensual, aunque nada supiera ella del deseo.

En efecto, Henry no se perdía detalle de su rostro a pesar de que lo conservara parcialmente oculto al mantenerlo cabizbajo. Sus ojos eran dos enormes luceros negros como la noche que, aunque resultara paradójico, podrían alumbrar tanto como la luna y reflejaban sus pensamientos. Estaba perpleja y dudaba de que se hubiera dado cuenta de que había dejado de curarle para acariciarle la mano. Parecía que todo lo que estaba sintiendo fuera nuevo para ella. ¿Tan inocente era? La idea, lejos de amilanarle, sería imposible robarle un beso siquiera, le gustó. Le llenó de masculina vanidad imaginar que era el primer hombre que ella tocaba, el único que había

despertado en la joven aquello que hacía que sus ojos se iluminaran y su respiración sonara entrecortada, supiera ella la razón o no.

—Vuestras manos no me han ofendido —le respondió sin mirarle, una vez acabada su tarea—, como tampoco lo ha hecho vuestra lengua.

Roto el hechizo, se echó a reír.

—Sois una mujer ocurrente, lady Amanda Etherington.

Levantó esta la vista, confusa de nuevo. ¿Ella, ocurrente? Tal vez lo fuera, pero era incapaz de mostrarse como tal. ¿Qué...? ¿Quién...?

Aquel hombre era peligroso. En menos de diez minutos le había estado tocando las manos. ¡Y sin guantes! Incluso, si había de ser sincera, por un momento se había permitido acariciarlo.

—Será mejor que me marche.

Antes de que pudiera apartar la mano, él se la tomó.

—He traído dos paraguas, permitidme acompañaros.

—No. —Ni siquiera pensó la respuesta.

¿Y si la sorprendían? ¿Qué pensarían de ella? ¿Y de él? ¿Qué pensarían de un forastero si nada más llegar iba acompañando a una de las jóvenes de la escuela, una que nunca rompía una regla y que era imposible que hubiera conocido? Creerían que ella había ido a buscarlo para embaucarlo o algo así. Lo tomarían por tonto, pobre hombre, y a ella por desesperada, solo porque era un hombre muy guapo.

—Ahora sí os he agraviado.

—No, no. No es vuestra compañía. —Se sonrojó, normalmente su mente se bloqueaba delante de un hombre, mas al parecer esa noche sobreactuaba—. No obstante, habréis adivinado que no debería estar aquí. Os lo agradezco, pero debo ser muy discreta al regresar, así que...

—Llevaos el paraguas, pues.

Se lo tendió. Lo miró y, como para tentarla, un trueno resonó con fuerza, advirtiéndole que, de negarse, llegaría empapada.

—Gracias. —Henry le tendió también el pañuelo, no sin antes mirar las iniciales bordadas: T. E.—. Quedáoslo vos y seguid untándoos las palmas. Todavía queda bastante aceite.

—¿El señor T. Etherington no se molestará? —No pudo evitar preguntar.

Rio, y Henry se sintió tan aliviado como feliz de escucharla. Le encantó el sonido de su risa, y su rostro, completamente relajado.

—¿Lord Trevor? Es mi padre, y en absoluto se enfadaría si se enterase. Me los envía porque sabe que me encanta tener algo suyo cerca. Dudo que mi madre se haya dado cuenta de que le faltan.

—Entonces es un honor, os lo devolveré.

Se miraron un instante más, Amanda con las mejillas arrojadas, Henry fascinado. Como debía, abrió la puerta y le entregó la linterna:

—Volved con cuidado. Y no os entretengáis con otro —bromeó.

—Descuidad, no lo haré, nada de otras citas a medianoche. —Sin saberlo, compuso una mirada soñadora—. Buenas noches, señor Brown.

—Buenas noches, Selene.

Él se quedó mirando su figura hasta que desapareció, y al vacío un tiempo después.

Ella volvió sobre sus pasos con la luz apagada, no tenía sentido mantenerla encendida con la lluvia que estaba cayendo, y se concentró en mantenerse seca debajo del paraguas del señor Brown. De Henry, dijo para sí, ya que nadie podía escucharla.

Cuando llegó a la parte de atrás del colegio se preparó para extremar las precauciones. Se acercó a la verja y...

—Buenas noches, Amanda.

—¡Aaaah! —chilló, asustada.

Por detrás del follaje, bien protegida por un paraguas, se asomó Noelle Catesby. Vivía en Minstrel Valley desde su boda, lo que era un alivio porque eran buenas amigas y podían seguir viéndose aunque con menos frecuencia. Una mujer casada tenía muchas obligaciones y, además, había adoptado a Étienne, un niño de cinco años.

—¡Shh!, no grites, ¿o es que quieres que nos sorprendan?

—¿Qué haces aquí, Noelle? ¿Y qué más te da si te pillan? Tú ya no eres alumna, a fin de cuentas.

La escuchó gemir por lo bajo.

—Si nos encuentran juntas a altas horas de la noche en la puerta trasera del colegio, Bulldog Burton —aquel era el apodo que Amanda nunca decía— decidirá de algún modo que yo entré en el colegio, te rapté y te saqué a rastras de allí en contra de tu voluntad. Después del secuestro me creería capaz de haberme desviado del buen camino, a diferencia de ti.

—La señorita Burton se preocupa por nosotras y te tenía en gran estima, se asustó mucho cuando desapareciste. Digamos que ahora teme que el resto de pupilas nos precipitemos en algunas decisiones.

La otra la miró con engreimiento.

—¿Te refieres a resoluciones como salir sola de noche? ¿Una noche con poca luna y en la que llueve a cántaros, por ejemplo? —Miró al cielo con intención—. ¿Ese tipo de decisiones como las que yo tomaba y por las que tú me reñías?

—Yo... yo... —Detestaba mentir.

—Esta noche —prosiguió Noelle— he salido a dar un paseo con mi esposo y con nuestro hijo cuando hubiera jurado que mis ojos me mentían: lady Amanda, la recta hija del conde de Sandsbrooke, escapándose del colegio... Así que les pedí volver a casa los tres juntos antes de lo habitual y he regresado hasta aquí a toda prisa yo sola, apostando conmigo misma, cuando regresaras, con qué compañera díscola lo harías, porque era imposible que te fugaras si no era para ir a buscar a alguien. Pero no, te has marchado sola. Después de reñirme tantas veces por seguir mis instintos, mis deseos; después de decirme que mi reputación podía verse arruinada...

por fin, por fin, te encuentras en la misma situación y lo entiendes. —Se debatía entre la felicidad por su amiga y la mofa—. Y bien, ¿a quién has ido a ver?

—A nadie —respondió Amanda sin dudar.

—¡Mandy! Lo menos que podrías hacer después de todos los sermones que he tenido que aguantarte es decirme la verdad.

A pesar de que al escaparse del centro, habiendo transgredido una norma gravísima, había conocido a alguien y de que había vuelto todo el camino con el corazón martilleándole en el pecho mientras repetía una y otra vez en su mente la inusual conversación que había mantenido con el señor Henry Brown, no faltaba a la verdad si decía que no había salido a buscar a nadie.

—No había quedado con ninguna persona, dama o caballero. Solo necesitaba un paseo, uno más allá de los jardines del colegio.

—¿Y por qué tienes cara de estar mintiéndome de algún modo?

—Noelle, ¿no podemos hablar en otro momento, por favor? Llueve a cántaros, es tardísimo...

—Justicia divina —se burló, divertida.

—¿Has estado aquí más de una hora solo para reírte de mí?

—La venganza es un plato que se sirve frío.

—Frío sí, pero no mojado.

—Así que, además de revoltosa, eres ocurrente. —Cuando la escuchó llamarla del mismo modo que lo había hecho el señor Brown se estremeció de placer—. De acuerdo, me iré a casa... de momento. No sueñes con que me olvide de tu aventura de esta noche.

La preocupación llegó de repente.

—Espera... ¿lord Catesby sabe...?

—No te traicionaría como tú no me traicionaste a mí, Mandy. —La tranquilizó, en absoluto ofendida—. No lo haré porque me contarás lo que sea que me estás ocultando, como yo te lo contaba a ti.

A pesar del aprieto en el que se encontraba, tuvo que sonreír ante el gesto maquiavélico de su amiga. Noelle era tremenda.

—De acuerdo. Gracias. Buenas noches.

—Entra por la escalera del jardín trasero al vestíbulo. La alfombra es más mullida y el profesor de historia, el señor Loother, no solo ronca, sino que no se despertaría ni aunque hubiera una rebelión. ¿Qué? En lugar de mirarme escandalizada, agrádecemelo. Buenas noches.

¿Tremenda? Lady Noelle Catesby era el apocalipsis. Y su esposo, lord Wesley, un hombre muy afortunado.

Capítulo 6

Sentada en el banquito de la iglesia, inquieta, se obligaba a no mirar hacia la derecha a ver si lo encontraba. Siendo familia del padre Ellis tenía lógica que estuviera allí, dando ejemplo. Pero, de otro lado, si el propio sacerdote no era paradigma para nadie, llevando una vida poco cristiana, ¿por qué habría de estar presente el señor Brown en la liturgia? A pesar de la lógica, su vientre era una red de mariposas que revoloteaban sin cesar ante la idea de volver a verlo.

Debió de ser más discreta de lo que esperaba, porque ninguna de sus compañeras de asiento le llamó la atención. Ahora bien, no escuchó ni una sola palabra del sermón, que debió de ser tan aburrido y calamitoso como de costumbre, hablando del infierno como consecuencia de todos los pecados y de los horrores que todos los hombres y mujeres encontrarían en él si no se conducían como Dios esperaba, poniendo ejemplos de cómo comportarse para evitar la tortura eterna.

«Haced lo que digo pero no lo que hago», pensó. No había conocido al anterior capellán, el padre Roberts, pero, por lo que los aldeanos decían, era todo lo contrario a Wilfred Ellis.

Aquel hombre era, en sí mismo, un tormento.

Cuando acabó la ceremonia las alumnas salieron del templo y saludaron al cura como se esperaba de ellas, cruzando apenas las palabras justas con él. Era obvio que este estaba más interesado en los nobles que acudían a su parroquia y en lady Acton, la patrona del colegio y una dama muy adinerada. Contentas, se supieron libres para dar una vuelta por el mercadito de los domingos.

—¿Dónde os apetece ir? —preguntó Lori.

—¿No has quedado con el señor Worth? —le respondió Jane.

—Claro, pero nos acompañará donde decidamos.

—También lo hará Richard —se apresuró a asegurar Rosemary, refiriéndose al conde de McEwan, su prometido.

Al parecer, sus amados solo deseaban estar en su compañía, sin importarles dónde o con quién. Le pareció tierno, aunque no era tan inocente como para no saber —Lori se lo había confesado y, aunque con su otra amiga no tuviera tanta confianza, también lo había dejado caer— que también tenían sus momentos de intimidad, donde suponía que se abrazarían y compartirían, imaginaba, también algún que otro beso.

—¿No son aquellos los Catesby? Tal vez se nos unan...

—Seremos un grupo divertido. —Se animó Margaret.

Amanda hizo cálculas. Cuando se reunieran todos serían dos señoritas prometidas y una casada con ganas de interrogarla, tres caballeros con damas a las que acompañar y tres solteras contándose ella. Si jugaba bien sus cartas podría mantener alejada a Noelle. Y si lo hacía de maravilla tal vez se cruzara con el señor Brown y pudiera devolverle su paraguas. A nadie le había extrañado que llevara uno, ni habían hecho ningún comentario sobre el hecho de que fuera oscuro y no colorido como los que solía usar, aunque sí había despertado alguna mirada curiosa que había eludido.

Yendo con una dama desposada, además, con suerte se librarían durante un ratito de la atención de Lucy como carabina. Aquella doncella era un tostón, se dijo, sintiéndose mal por ofenderla aun en su cabeza y en el más absoluto silencio. Estaría cerca, sin duda, por si el grupo se separaba, pero tal vez se despistara, buscando ella también su momento de descanso. No es que tuviera nada en mente, quizá regresar a la iglesia a devolver a su legítimo dueño el préstamo y eso sería todo.

Tomó el brazo de Jane y se dirigieron hacia la plaza principal, donde los comerciantes del pueblo y algunos feriantes lucían sus mercaderías e invitaban a comprarlas a todo el que se acercaba.

Iban ya Lori, Jane y ella, Rosemary y su prometido, y en breve se les unirían el matrimonio, que se había detenido a charlar con un conocido.

Saludaron a la señora Gibbs, la principal cotilla del pueblo, que estaba, cómo no, con la señora Cotton, la beata mayor de Minstrel Valley, también chismosa pero a mala fe, además. La señora Gibbs poseía un colmado en el que se podía adquirir de todo: desde comida hasta telas de colores, pasando por abanicos u óleo o papel. Y si uno no hallaba lo que buscaba, se le podía encargar y ella lo pedía a la gran ciudad. A pesar de su carácter tendente al chismorreo, tenía aprecio a las jóvenes, y aunque estas conocían su género de memoria, igualmente rebuscaron entre las cajas lazos, cintas, botones, plumas y otros detalles que añadir a sus sombreros o vestidos. Bromearon con Lori sobre un par de guantes preciosos en color esmeralda —se los dejaba en cualquier parte, detestaba usarlos—, y se probaron incluso un antifaz veneciano de nariz larguísima, deseando que algún día se celebrara un baile de máscaras en el colegio o en Legend Square para poder elegir cada cual una más extravagante.

—Sería divertido fingir convertirnos en personas anónimas durante una noche.

—Como si no supiéramos a quién pertenece la voz bajo la máscara o el vestido —rió otra.

—A saber qué maldades...

Y mientras todas bromeaban sobre la posibilidad de esconder sus actos aun estando delante las unas de las otras, lo vio venir. En realidad fue Lori quien advirtió de su presencia.

—Oh, ¿alguien conoce al desconocido que se acerca con Nerian?

Se dio un segundo antes de volverse. Era difícil que a un lugar tan pequeño como Minstrel Valley llegaran dos hombres nuevos en la misma semana.

—Es muy interesante —escuchó decir en voz baja a la criada antes de componer ella un rostro

tranquilo y girarse para recibirlo.

Su cuerpo, en cambio, era un manojo de nervios.

—Buenos días, señoritas —dijo Worth, antes de colocarse justo al lado su prometida y dedicarle una sonrisa llena de afecto—. Permítanme presentarles al señor Brown, Henry. Es pariente lejano del padre Ellis y, por el momento, vive en su casa, aunque en breve se trasladará a la pequeña cabaña del cementerio. Así que no se asusten si ven luces por la noche allí.

Hubo risas divertidas antes de que comenzaran las presentaciones formales. Como no podía ser de otro modo, cuando llegó el turno de Amanda hizo como que no la conocía. Ante las preguntas de los caballeros, fueron ellos quienes mostraron interés en el recién llegado, explicó que había vivido siempre en la ciudad como secretario de un despacho de abogados y departieron un poco sobre la capital. Solo entonces las mujeres le demandaron por el contraste entre un pueblo tan pequeño y una urbe enorme, y también por la moda.

—Un hombre como yo no sabe mucho qué está en boga, pero sí puedo decir con autoridad que no he visto damas más hermosas en Londres que las presentes.

Con sonrisas, se decidieron a continuar su paseo por el mercadillo cuando se acercó a Amanda y con naturalidad le brindó el brazo.

—¿Me permitís? —Hubo un momento de azoramiento generalizado—. Vaya —se disculpó en voz alta, a nadie en particular—, desconozco las normas de cortesía de este valle, de donde provengo no es un atrevimiento ofrecerse a acompañar a una dama en una caminata tranquila estando a la vista de todo el mundo y cuando el número de personas del grupo es impar. Mis disculpas.

Se miraron unos a otros. En efecto, las tres parejas iban unidas del brazo, y Jane tenía la mano en la manga de Margaret ya. Solo quedaban ellos dos.

—No, claro que no es descortés —dijo Rosemary—. Lady Valery aplaudiría vuestra acción y la tildaría de caballeresca.

Así que Amanda apoyó la mano en él, lamentando sus guantes y la chaqueta de lana que se interponía entre sus pieles, y comenzaron a deambular por la plaza en silencio, escuchando a los demás, como si fuera la primera vez que se veían; como si ella no hubiera compartido con aquel hombre el momento más íntimo de su sosegada existencia.

Pasaron varios minutos antes de que se atreviera a decirle, confiada de que nadie podía escucharlos y adivinar que se habían encontrado previamente:

—He traído vuestro paraguas. Pensé en dejarlo olvidado en la sacristía, pero no estaba segura de que fuera una buena idea.

—Dejadlo en el cementerio —respondió él, sin pensar en las consecuencias.

—Eso sería... —Enrojeció.

—Por favor. —Y se volvió a mirarla de un modo impersonal, como si le estuviera preguntando por alguna costumbre de la villa, aunque sus ojos parecían rogar—. No os pido que entréis a saludar si no lo estimáis oportuno, lady Amanda, solo os digo que lo dejéis cerca del umbral. Pero

que si lo desearais y os sintierais segura, me encantaría que llamarais a la puerta.

Y la incitó a seguir paseando, evitando llamar más la atención.

Algo se revolvió en ella. Si iba a trasgredir las normas para devolvérselo, siempre podía quedarse un poco, solo unos minutos. Sería descortés no hacerlo. Además, no harían nada malo, solo hablar, estaba segura. El señor Brown parecía un hombre de honor, y si hubiera querido aprovecharse de ella podría haberlo hecho ya la noche anterior y haber desaparecido esa misma mañana.

Al parecer, mentirse a sí misma era una tarea sencilla, se reconvinó.

Respiró hondo para serenarse y fue un error, pues pudo percibir el olor de Henry, una mezcla de cítrico y madera que le llenó la nariz y hubiera jurado que le llegó hasta el cerebro, si es que este podía oler, subyugándola.

—Si no os busco —razonó—, no podré recuperar mi pañuelo.

—No, no podréis. Y lady Etherington acabará pensando que lord Trevor tiene otra mujer a la que entregar prendas tan personales.

Intentó no reír, aunque la idea era hilarante. Si su padre tenía una querida, esa era la política, y su madre lo sabía y estaba celosa de la Cámara de los Lores, sin duda, pues el conde prestaba más atención al Parlamento que a su propia casa.

—No es por mí por quien me preocupo cuando pienso en que os sorprendan con el pañuelo —le expuso Amanda—, sino por vos. ¿Qué pensarían si os vieran con un lienzo de mi propiedad? —Sabía que era una explicación ridícula, pero no sabía cómo hacerle entender que unirse a ella sería un descalabro para él; que era lo que toda la alta sociedad opinaba—: Por cierto, ¿cómo tenéis las manos?

—Mucho mejor gracias a vuestros cuidados.

Se ruborizó, pero de placer, al recordar cómo lo había acariciado. Henry temió que otros pudieran interpretar su sonrojo tanto como su mirada. Los ojos de la muchacha eran un libro abierto para quien supiera leer en ellos, y él no era inmodesto si creía que, lo supiera o no, aquella joven lo deseaba. No con lascivia, pero igualmente quería más.

—Puedo llevaros algo mejor que el aceite de ballena —le ofreció ella—, si lo necesitáis.

—He terminado con las reformas, el señor Gambier hará lo que resta mañana por la mañana y en un par de días llegará lo que necesito desde la capital.

—Ah —sonó decepcionada—, entonces no creo que os haga falta.

Carecía de sentido, pues, llevarle su aceite ni que guardara su pañuelo.

—Pero no me vendría mal un poco más de ese líquido tan calmante, si fuerais tan amable —le pidió.

Se bañaría en leche de burra si con eso hacía que ella volviera al cobertizo.

La sonrisa de Amanda llegó a Henry muy adentro. Ojalá lo que le llevara contuviera su perfume de rosas. Había acudido esa mañana a la cabaña y todavía conservaba resquicios de su olor, lo que la había evocado, y poco había faltado para que, después de más de una década, entrara a una

misa solo para poder verla, en lugar de esperarla afuera. Había tenido que practicar la paciencia al encontrársela al salir en el puesto de una de las beatas que rondaban a su tío. Había pasado el tiempo conversando con el condestable quien, para su fortuna, resultó estar prometido con una de sus amigas íntimas.

—Mañana por la noche —le susurró ella.

Era una concesión enorme por su parte. Imaginó qué debió sentir Wellington al ganar en Waterloo, pues la euforia que lo embargó fue enorme.

—Os esperaré con impaciencia. —Sus ojos así se lo prometieron cuando la miró.

Siguieron paseando en silencio, sin querer delatarse más, ojeando los puestos sin interés. Solo ella se acercó a mirar algo, a fijarse de verdad, observó él, en el del escocés con el que había comido aquel primer día en la posada. Por lo que pudo colegir se enamoró de un pequeño ajedrez de metal. Alguien del grupo explicó que hacía unos meses que el herrero del pueblo realizaba también piezas de orfebrería y pequeñas joyas, dejando que de la forja se encargasen sus empleados. Se trataba de un tablero de jaspe con las piezas fraguadas en un material casi negro unas y en otro más claro, o quizá chapado después, no lo sabía, las otras, todas ellas de una belleza exquisita. Era obvio que a la joven le encantaría poseerlo.

En efecto, a Amanda le pareció un magnífico regalo para alguien especial. Quizá encargara uno para su padre en Navidades, aunque fuera para poder compartirlo y batirse con él. Era el juego más bonito que hubiera visto nunca. O quizá lo encargara para el cumpleaños del conde, para el que solo faltaban unos meses.

Si todavía estaba en el pueblo, se recordó con tristeza.

—¿Continuamos? —le dijo Henry, sin urgirla.

—Claro.

Pero ella no logró recuperar todo su buen humor, a pesar de la compañía.

Quiso decirle que sabía quién era, que conocía a su padre por los periódicos y que lo respetaba muchísimo. Que le parecía un hombre de principios y valores como pocos quedaban y que aplaudía su astucia, pues había sido ministro en la última época de Liverpool y también con Canning, sabiendo apartarse de Robinson y Wellington cuando aquel murió y también en su regreso por orden real. No obstante, en honor al Duque de Hierro había que decir que siempre apoyó a Peel y, a pesar de obedecer a su rey y convertirse en primer ministro, siempre lo recomendó para el puesto y se lo cedió apenas cuatro semanas después aunque permaneciera menos de cuatro meses en él, consecuencia de la única vez que un monarca había intervenido en asuntos parlamentarios.

Y que en la oposición había sido un adversario temible y honorable.

Pero también quiso decirle que le encantaba su cercanía, el olor de su piel, su voz cuando la había escuchado hablar con sus amigas y, sobre todo, cuando le había susurrado.

Que si la noche que la conoció le había parecido hermosa, la luz del día había revelado una dama con una piel de alabastro y unos ojos negros enormes que hablaban por ella, que las

pestañas eran tan largas como le parecieran inicialmente y que deseaba soltar cada horquilla de su cabello y saber cuán largo era, acariciar cada mechón hasta memorizar su textura.

Que sus labios, perfectos y de un tono carmesí, le habían hechizado y había sabido que desde entonces compararía la boca de cualquier otra mujer con la suya y que ninguna le haría justicia.

Y que le iba a comprar el ajedrez de metal del herrero, aunque no tuviera derecho a regalárselo, solo porque había sabido cuánto lo deseaba.

Nunca se había sentido así con una mujer. Había tenido amantes, no era ningún monje, compañeras de cama tan experimentadas como él mismo. ¿Sería la inocencia la que lo había trastornado?

No, supo. Mas tampoco era la primera dama virginal que conocía. Uno de los dardos que aquel ángel gordito con carcaj al hombro solía enviar a su hermano le había dado de lleno. O eso esperaba, que fuera un dardo. Porque si era una flecha se había metido en un buen lío...

En lugar de preocuparse, pasó la noche pensando en ella, esperando que saliera el sol para buscar algunos muebles y leña y así recibirla en condiciones.

Dio gracias de que no le tocara servir el té ese domingo, y cuando terminaron se escabulló a dar un paseo en solitario con un libro que desatendió. ¿Qué podía decir para justificar su comportamiento? Se había comprometido a acudir la noche siguiente a la morada de un hombre soltero.

¿Sería soltero? Un peso enorme le cayó sobre el estómago. Tenía que serlo. ¿Y si tenía una familia en la ciudad, esperándolo? No sería la primera vez que escuchaba aquella historia, tan vieja como el mundo.

En cuanto lo viera se lo preguntaría. Aunque, si fuera sensata, la Amanda sensata que siempre había sido, no acudiría a ningún lugar, se quedaría en el colegio, protegida, y olvidaría al señor Brown y lo que le hacía sentir.

Intentó recordar la última vez que se sintió así: ilusionada.

Quizá en su primer baile, antes de averiguar que no estaría a la altura de la situación, cuando sus sueños de niña, aquello para lo que había sido criada y educada, se vinieron abajo.

En cuanto a los hombres... había conocido a caballeros muy guapos, por lo que suponía que estaba acostumbrado a ellos, su hermano Will lo era, y después de conocer al marqués de Fairfax o al conde de Conway poca era la elegancia que le impresionaba. Y Henry, como le gustaba pensar en él cuando solo su cabeza podía escucharla, no era tan hermoso como ellos. Él era... de esos hombres que seducían, supuso, de los que había leído en alguna historia romántica que hacían que la protagonista se enamorara irremisiblemente del galán, que resultaban ser el personaje principal y perfecto para ella.

Después de esa mañana estaba convencida de que era uno de esos héroes de novela, aunque la

de Amanda fuera la vida real en la que no habían abundado finales felices en nada.

Había un aura en él que le impedía separarse de su lado. No eran sus ojos verdes sino su mirada, que la hacía sentirse única. ¡Ella, única! Ni su boca; nunca se había fijado en los labios de un hombre con anterioridad, así que no sabía si ansiaba que la besara... Se ruborizó. Nunca la habían besado pero deseó que, si tenía que saber del deseo, fuera en sus brazos. De una manera casta, desde luego, se debería a su esposo, pero no le importaría que la besara. Y que le susurrara algo bonito con su profunda voz, después.

El recuerdo de la conversación de la noche anterior con sus amigas le vino a la mente. ¿Y si finalmente no se casaba nunca? ¿Y si no le debía a nadie su castidad, entonces? Sintió arderle no solo las mejillas, sino también las orejas.

Aquel hombre le gustaba, le gustaba mucho. Y si le era sencillo tratar con él era porque no estaba a su alcance, no debía olvidarlo: por la falta de expectativas. Ni ella estaba al suyo, tampoco. No había posibilidades, ni esperanzas. De hecho, no había nada. Por eso acudiría la noche siguiente al cementerio. Porque se sentía bien con él.

Y porque le serviría de práctica para poder tratar con normalidad con otros caballeros, nobles o no, que, tal vez, sí fueran de su círculo, quizá amigos del prometido de su prima Faith.

Y si, además, se creía semejante patraña, tendría la conciencia más tranquila.

Como ya había reconocido, mentirse a una misma parecía sencillo. Supuso que sobre esa base se construían los sueños más hermosos.

Pero en lugar de preocuparse ante tantas sensaciones nuevas, volvió al edificio canturreando.

Capítulo 7

Acudió poco después de cenar. Aunque era arriesgado porque podían sorprenderla bien por los pasillos, bien entrando alguien a su habitación, lo que era harto improbable, prefirió ir hasta allí a una hora temprana.

Era ridículo, la falta no era menor por no ser medianoche ni ella era la Cenicienta, pero se sentía mejor si trasgredía a una hora decente. En la ciudad, después de todo, se hacían visitas después de la cena. Claro, que ella no había sido invitada a ningún baile en el cobertizo del cementerio ni serían precisamente una multitud.

Y no obstante hacia allí se dirigía, con paso firme, en una mano la lámpara, en la otra el paraguas. ¿Estaría el condestable Worth haciendo ronda? Ninguna de sus amigas fue pillada en ninguna de sus diabluras, ¿por qué habría de serlo ella? Y además, ¿qué era lo peor que podía pasarle? ¿Que si la sorprendían con un hombre su reputación quedara arruinada? Toda *la ton* la tenía por una boba con el cerebro de una lombriz, que sumaran a sus defectos ser una descocada quizá la hiciera interesante, al menos. ¿Que la forzaran a casarse con...?

Su corazón se puso a galopar contra las costillas. No, no la casarían con un hombre sin un futuro prestigioso o que no fuera de familia importante. Y a pesar de todo, por un momento la idea la había emocionado más de lo que debería reconocer.

¿Que la forzasen a casarse, eso sí, a toda prisa con un hombre que no la respetase? Bien, eso era exactamente lo que iba a ocurrir si su madre se salía con la suya porque, ¿quién respetaría a una esposa que se dejaba vender?

Cuando llegó a su destino vio luz dentro y volutas de humo saliendo de la chimenea. Asombrada, llamó a la puerta. Cuando abrió, le pareció que él estaba más sorprendido que ella, incluso.

—Buenas noches, señor Brown. —Le enseñó el paraguas, justificándose, avergonzada—. He ve-venido a traeros esto, pero quizá no sea un buen mo-momento. Yo... yo...

¿Por qué tartamudeaba? Porque él la miraba con una intensidad que la superaba y no comprendía la razón, se respondió.

—Buenas noches, lady Amanda, gracias por venir. No os esperaba tan temprano —le contestó, apartándose del umbral y cediéndole el paso.

—Puedo venir más tarde, si lo preferís —replicó su buena educación por ella.

¿Y qué se suponía que iba a hacer, esconderse tras una lápida?, se reprendió a sí misma por su estupidez, ¿o ir al lago y regresar?

Quería marcharse de allí, comenzaba a angustiarse.

—No, no, por favor. —Afortunadamente para su bobería, él era todo un señor y le infundió seguridad—. Estoy encantado de que hayáis decidido venir antes de lo que suponía. —Le recogió el paraguas y le pidió el abrigo, también—. De hecho, os confieso que cené antes en la taberna frente a la posibilidad de que os adelantarais.

Que le dijera que había estado esperándola la hizo sentirse mucho mejor. Por suerte una parte de su mente funcionaba y le recordó lo que guardaba en el bolsillo de su gabán.

—Esperad, no lo guardéis todavía, tengo dentro un esenciero para vos. —Cuando Henry se lo devolvió, sacó un frasquito con el aceite de rosas que utilizaba habitualmente—. Tomad.

Se lo tendió todo. Con un asentimiento de cabeza, él desapareció en la estancia contigua por un momento. Mientras, ella se dedicó a observar el lugar.

—Esto está muy cambiado —le alabó cuando regresó.

El carpintero había reparado la puerta y la ventana que faltaba, y había traído unos pocos muebles.

—Una mesa y un par de sillas hacen que parezca casi un hogar. —Sonrió con orgullo—. Si quisierais venir el jueves, habrán llegado el catre y el resto del dormitorio —tosió, aclarándose la garganta por su falta de tacto—, y un par de sillones y las alfombras. Y un buró —mencionó con gozo—. Entonces sí parecerá una casa. Pequeña, pero una casa.

Amanda pudo reconocer la satisfacción después de días de trabajo.

—Puedo imaginarlo.

Le apartó una de las sillas.

—Por favor, sentaos. ¿Puedo ofreceros un poco de agua?, ¿vino, tal vez? Todavía no estoy instalado, pero quisiera agradeceros que os hayáis acordado de traerme un poco de aceite para las manos. Y que seáis mi primera invitada, también.

—No, gracias —declinó por costumbre, no queriendo arriesgarse a que se le cayera nada al suelo—. Es un honor ser la primera en ver vuestra morada. ¿Cómo están, por cierto, vuestras heridas?

—Mucho mejor.

Y se hizo el silencio. Amanda pensó un poco en cómo continuar y se acordó del mercadillo de la tarde anterior. Iba a preguntarle si le había gustado cuando él se le adelantó, pero con un asunto completamente diferente.

—Sé quién sois.

¿Qué sabría? ¿Habría escuchado lo que otras damas casaderas decían de ella? Lo dudaba; Minstrel Valley estaba lejos de Londres y los rumores no habrían llegado, y el secretario de un abogado no podía saber de cotilleos de salón.

—No-no sé qué queréis decir.

—Vuestro padre, lord Trevor Etherington, es el conde de Sandsbrooke, ¿no es cierto? —La vio asentir con alivio, lo que le extrañó, y el instinto de Henry le advirtió de que se estaba perdiendo algo, algo que la asustaba por cómo lo había mirado—. Cuando vi las iniciales en el pañuelo y dijisteis su nombre, lo recordé. He vivido toda mi vida en la ciudad, es difícil no saber quién es.

—No somos una familia conocida en los círculos más elevados. —No había modestia en su voz—. Ni nos movemos demasiado en sociedad, pues a pesar del título de mi padre no gozamos de una posición muy acomodada. —Lo dijo con tranquilidad; a diferencia de su madre, no se avergonzaba de su pobreza—. Vaya, eso ha sido una falta de sensibilidad por mi parte, me temo, dado que desde el punto de vista de la inmensa mayoría de la población nuestra posición es excelente. Y porque hablar de algo así es una grosería, además.

Él echó la cabeza atrás en una sonora carcajada.

—Si os pregunto algo, milady, ¿me contestaréis con sinceridad?

Lo pensó con detenimiento, sopesando la situación.

—De acuerdo, pero me deberéis una respuesta igual de honesta.

—Tendréis que cobrárosela esta noche, nada de guardarla a recaudo —contestó, veloz, no queriendo perder su prerrogativa ni colocarse en desventaja.

De nuevo, lo sopesó.

—Trato hecho.

Como banquero, reconocía a un buen rival cuando lo tenía delante, y la muchacha lo era. Le preguntó con sosiego, como si solo la curiosidad le moviera:

—¿Por qué me lo habéis dicho? Lo de que no os encontráis en una buena situación económica. ¿Temáis que os hubiera invitado aquí por si erais rica y me estáis apartando? ¿O hay otra razón?

Henry dudaba de que supiera quién era él, y en ese caso no se lo diría, pero... quería probarla, del mismo modo que quería saber si había pasado ya por una situación similar y había sufrido un desengaño. Qué demonios, quería conocerla, saberlo todo de ella. Cuando había abierto la puerta y la había visto, había sentido una alegría desconocida, y no había mentido al decirle que había cenado temprano y llevaba más de una hora esperándola. Ni le importaba que supiera cuán interesado estaba en ella.

—Cuando habéis dicho que sabías quién era creí que os referías a eso, a que sabéis que soy la hija soltera de un conde venido a menos que necesita casarse. Eso es todo. Os lo confirmaba.

—¿Lo necesitáis?

—Es mi madre quien lo necesita, en realidad —murmuró con fastidio—. Desea que me case con un hombre próspero para reponer la fortuna familiar.

Se mantuvo impávido, el rostro demudado. Ella lo interpretó como un signo de educación, no queriendo compadecerla o insultarla.

—Creí que era a la inversa, que en la alta sociedad eran las damas las que aportaban la dote. —Se encogió de hombros—. Pero qué se yo.

—No, lo que decís es correcto, muchos hombres con título se casan con herederas plebeyas

para restituir sus fortunas, menguadas. La tierra ya no... —No iba a hablar de latifundios, una dama no sabía de esas cosas—. La cuestión es que del mismo modo que hay herederas americanas que vienen a Europa en busca de un título, al parecer... —Enrojeció, sintiendo que traicionaba a su prima—. Al parecer hay también hombres ricos que desean a mujeres de la nobleza, lo que no comprendo muy bien pues no adquirirán título alguno, las mujeres no los heredamos, y...

No pudo seguir, se sentía una mercancía.

—¿Pagan ellos una dote? —terminó por ella, reconociendo su azoramiento.

—Más o menos —respondió aliviada.

Visto así no parecía tan terrible, reflexionó Amanda.

—¿Y lady Etherington quiere buscaros un esposo con dote?

Se echó a reír. Y escuchado, era divertidísimo.

—Exacto. No es que mi familia esté en la miseria ni mi madre desee dinero a cualquier precio. Es que... bueno, mis abuelos maternos eran muy poderosos y la consentían en exceso. Lo echa de menos, imagino.

La miraba con calmado interés. La conversación fluía con desenvoltura, lo que no era habitual para ella ni él solía hablar tan abiertamente con una mujer.

—¿Y haréis lo que os pide?

—No, si puedo evitarlo.

—¿Qué tenéis planeado, si os puedo preguntar?

—Pues había pensado en atracar un banco, ¿creéis que podríais ayudarme?

La carcajada de Henry fue atronadora y ella le siguió sin remedio. Nunca pensó que podría reírse de lo que tanto la había angustiado, pero con él todo parecía más llevadero.

Cuando ambos se calmaron, le dedicó una mirada llena de admiración.

—Os prometo que lo valoraré con calma.

—Gracias, sois todo un caballero. —Sonreía Amanda.

—Volviendo al tema inicial —aquella sonrisa iba a volverlo loco y no quería pisar terrenos pantanosos—, tal vez debí decir, entonces, que sé quién es vuestro padre. Y no por su título, sino por su posición política.

La sonrisa de ella no se rebajó, sino que se llenó de orgullo.

—Mi padre hace tiempo que está retirado, señor.

—¿Lo está? Me parece una lástima. Tenía la esperanza de que, con la vuelta de sir Peel, regresara también él. Fue un gran ministro de las Fuerzas Armadas e hizo un gran trabajo como ministro de Exteriores.

—Eso fue hace mucho tiempo, dudo que tuvierais edad suficiente para saberlo.

—Tengo veintisiete años.

—Os gusta la política, entonces.

—Me interesa.

Ella no creyó que fuera mero interés, reconocía la pasión por la diplomacia cuando la veía.

—Y sois conservador.

Enarcó las cejas.

—¿No *tory*?

—Habéis hablado de Robert, no de lord Arthur, aunque sean rencillas del pasado; Wellington es un caballero, y el Manifiesto de Tamworth, un hecho aceptado por todo el partido que convirtió en líderes indiscutibles a los dos hermanos Peel, pues también William está muy bien situado.

A Henry le impresionó que los nombrara por sus nombres de pila, supuso que por lo mucho que su padre los conocía y se relacionaba con ellos. No podía saber que habían acudido a menudo a casa de los Etherington y Amanda los conocía desde niña. Con ellos no se mostraba tímida, solo silenciosa.

—Al parecer no soy el único que sabe del funcionamiento del Gobierno en esta cabaña, milady —la admiró.

—¿Qué puedo decir? —Sonrió, no vanidosa pero sí satisfecha—. Me crie en el estudio de mi padre, para desesperación de mi madre.

—¿Por eso estáis ahora en un colegio para señoritas, porque desatendisteis a vuestra institutriz?

Iba a responderle que sospechaba que en breve tendría que regresar a la capital cuando reconoció al fondo un tablero de jaspe.

—¿Es eso un... un ajedrez?

Pillado, Henry se levantó, fue a cogerlo y lo depositó entre ellos, en la mesita.

—Tenía la esperanza de que no lo advirtierais, pero supongo que los escaques son llamativos.

—¿No queríais que...?

Cuando abrió la caja de piezas, se dio cuenta de que era el que había estado admirando en el puesto del herrero. Lo miró y él se encogió de hombros, un gesto que compartían.

—Me pareció que os gustaba y creí que quizá querríais jugar una partida alguna tarde aquí, conmigo.

Amanda sacó las fichas una a una, acariciándolas con tanto mimo que sintió envidia de cada una de ellas. La dama las colocó sobre el tablero y le cedió las blancas.

—El honor es vuestro.

Sonriente, abrió el peón del alfil de rey primero y, en cuanto ella liberó a su dama, abrió Henry el peón de su compañero, el caballo de rey. Atónita, bajó la dama para acabar la partida.

—Mate —sentenció con una sonrisa enorme—. Me habéis dejado haceros el lance más rápido, ¿eso no vale! —Pero cada vez se la veía más contenta—. Es la primera vez que lo hago y es imposible que no haya sido deliberado.

—Quería medir vuestro nivel de juego.

—¿Con el jaque del loco?

Henry pensó que sería capaz de hacer cualquier locura por verla sonreír así siempre. Se sintió un estúpido, pero no pudo remediarlo. Estaba preciosa, frente a él, relajada, sonriendo sin jactarse. Parecía feliz. Era como si él, con el gesto más sencillo, la hiciera feliz. Y se había

quedado fascinado.

—Eso parece —susurró.

Se quedó callado, mirando las piezas, sobrecogido por lo que estaba sintiendo.

—¿En qué pensáis? —le preguntó para romper la intensidad del momento, que la estaba poniendo nerviosa—. Os habéis puesto se-serio de repente.

—En una tontería. —Hablaba en voz baja—. Tan tonta que ni siquiera merece la pena ser escuchada. ¿Jugamos otra? En serio esta vez. Tomad las blancas.

Y entonces sí, se enzarzaron en una partida en la que, para sorpresa de Harry, ganó ella.

—Sois muy buena.

—No tanto, mi padre sigue ganándome a menudo.

—Admiráis mucho al conde.

Asintió mientras recogía el juego.

—Es un hombre admirable, como vos habéis señalado antes.

—Me sorprendió que estuviera a punto de apoyar a Coltway^[6] en su intento de reforma agraria.

—No lo hizo.

—Eso ya no me sorprendió tanto.

¿Quién era aquel hombre y por qué le preguntaba por su padre y sus opiniones? Pero la política era un campo de caballeros. Ni siquiera cuando Melbourne fue chantajeado por un esposo engañado cedió a la extorsión, prefiriendo hacer público su escarceo y someterse al escrutinio de sus colegas, saliendo reforzado contra todo pronóstico. No hablaría por el conde, no tenía derecho, pero...

—Es necesaria una reforma agraria; y ganadera también. Pero no la que presenta Coltway, que no debe de haber salido al campo más que para cazar. El proyecto carece de ambición.

—¿Qué queréis decir?

—El sistema de cercamiento ha terminado tras casi ochenta años, los grandes latifundios significan una forma sectorial de...

Pasaron mucho tiempo discutiendo sobre el fin de cambio en la revolución agraria y la necesidad de una nueva era, el riesgo de que una plaga concreta en el campo pudiera afectar a decenas de miles de personas y de cómo la nueva industria debía aplicarse a los cultivos; sobre competitividad, sobre la ley del trigo, sobre el precio del algodón... Y de ahí pasaron a la economía del país y sus relaciones internacionales, a las inversiones necesarias y si debían estas ser públicas o privadas, a la delicada situación de Irlanda y la conveniencia de la Ley de Emancipación...

Cuando el reloj dio las doce de la noche, Amanda se dio cuenta de que llevaba tres horas largas allí.

—Es tardísimo —se quejó, pasmada.

Sin insistir, por más que deseara secuestrarla hasta la madrugada aunque solo fuera por el placer de su compañía, fue a por su abrigo. Regresó con uno para cada uno.

—Esta vez no aceptaré una negativa, milady. Pero os prometo que si vuestra reputación y no vuestra seguridad puede verse comprometida, desapareceré antes de que nadie sea capaz de interceptarme. Tenéis mi palabra.

Tampoco ella discutió.

—Iremos campo a través —propuso, en cambio—, por las caballerizas Bissop y rodeando después el colegio.

Salieron del pueblo, que parecía dormir ya, y se mantuvieron en absoluto silencio hasta llegar a la puerta trasera de Minstrel House. Habían apagado la lámpara al acercarse a los establos y ya no la habían vuelto a encender. Iban a despedirse cuando ella le recordó que tenían pendiente la cuestión de la respuesta sincera que le debía esa noche.

—Decidme.

Siguiendo una intuición, una que sabía que debía mantener acallada, le preguntó en voz queda:

—¿Qué fue esa cosa tan tonta que pensasteis cuando me dejasteis ganar con el mate del loco? Esa que no merecía la pena ser escuchada, siquiera.

Se regañó, debió inquirirle si estaba casado, pero ya era tarde, ya había hecho su pregunta, una cuya respuesta no estaba segura de querer saber. Debió optar por algo práctico. O mejor todavía, debió olvidar toda la cuestión.

Cuando él dejó el quinqué en el suelo y se acercó ella, no se apartó. Se aproximó poco a poco hasta que sus cuerpos casi se tocaron y Amanda olvidó cualquier cosa que no fuera su aliento rozándole los labios. Podía oler su colonia, sentir el calor de su cuerpo y, aunque sentía el suyo lleno de anticipación, se mantuvo quieta, expectante.

Le sostuvo la mirada porque estaba hipnotizada por sus ojos verdes, que ardían.

—Que debía de ser yo el loco —le susurró con voz grave—, porque sentí que haría cualquier locura por haceros sonreír de nuevo.

Henry no se atrevió a decir más, la mirada de ella, sus enormes ojos le dijeron demasiado y temió excederse.

Bajó la cabeza hasta rozar su pómulo y le dio un suave beso en la mejilla, embebiéndose de su suavidad, de su olor. Incapaz de resistirse, le dio otro, imprimiendo más pasión aunque igual de casto, en la comisura de los labios, y entonces se apartó.

La observó durante una eternidad, su hermosa luna había cerrado los ojos y los abrió poco a poco, su mirada más negra que nunca, las pupilas dilatadas y una sonrisa de descubrimiento se fue dibujando en sus tentadores labios, como si se le hubiera revelado el secreto de la vida.

—Dulces sueños, Selene —le susurró, y la envió dentro.

Amanda se fue sin contestar, no sabiendo qué decir. Se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Él, mucho más mundano, dio un largo paseo antes de regresar. Tenía mucho en qué pensar y sabía que le costaría dormir.

Capítulo 8

Se despertó temprano, sin nada que hacer después de varios días de duro trabajo. Así que buscó a Crisaor, que llevaba casi una semana sin ser montado y pacía manso en la parte trasera de la casa de su tío, en el mismo lugar donde se guardaba el carro, y quiso dar un buen paseo por el valle. Había oído que había unas ruinas romanas y también un par de puentes, y que el lago tenía un tamaño considerable que podía rodear. No le importaba qué ver, en realidad, lo único que ansiaba era hacer ejercicio durante toda la mañana hasta acabar rendido. Apenas había pegado ojo en toda la noche y esa vez no podía culpar a los ronquidos del padre Ellis, sino a lady Amanda Etherington, hija del conde de Sandsbrooke, avezada jugadora de ajedrez, experta en política y quién sabía cuántos secretos más escondería su Selene.

—Tú y yo —advirtió a su caballo— vamos a cabalgar hasta la extenuación. Uno de los dos lleva bastante tiempo haciendo el vago y me temo que no soy yo.

Cuando regresara se daría un buen baño. Esperaba que para entonces su pedido de Londres estuviera ya servido y colocado en la casa. Pasaría la tarde disponiendo papeles en su lugar y, tras una cena temprana, dormiría como un niño.

A partir del día siguiente se dedicaría a trabajar en el proyecto de la Cámara Baja. Sabía a quién pedir ayuda... Y si ella desconocía la idiosincrasia de la Casa de los Comunes, no dudaba que estaría encantada de comentar con él todo lo que supiera y escuchar lo que él pudiera enseñarle. Con una mujer así él mismo se plantearía seriamente presentarse por su circunscripción.

La idea cruzó su mente y lo detuvo en seco.

Amanda era hermosa, hija de un aristócrata —por más que a él no le importara—, buscaba esposo, uno que su madre aprobara, tenía influencias en el Gobierno y sería la compañera perfecta para un político que necesitaba tiempo también para sus negocios.

Y parecía, además, hecha para él. O él hecho para ella.

Creyó que le había caído un rayo encima, literalmente. No supo cuánto tiempo estuvo parado, con el pie preparado para subir al estribo, las riendas cogidas, estupefacto. Fue su castrado el que le dio un golpe con la testuz, harto, supuso, de tanta inamovilidad.

Con la mente en blanco, montó y salió al galope como alma que llevaba el diablo.

Pidió a Lori hablar a solas después del almuerzo. Gozaban de dos horas de tiempo libre antes de la clase de equitación y quedaron en reunirse en la salita lavanda, confiando en que estuviera vacía. Si no, el colegio contaba con hasta siete saloncitos distintos, hallarían sin duda uno en el que tener una conversación privada.

Habían ocurrido demasiadas cosas en una semana y Amanda, a pesar de ser tan celosa de sus asuntos, necesitaba verbalizarlas, hacerlas reales, contrastarlas con alguien de confianza y más experiencia. Y Lorianne Bowler parecía la persona perfecta para ello. Aún no se lo podía creer, ¡Henry casi la había besado! Debía de estar interesado en ella, ¿por qué lo habría hecho, si no? Pero ¿serían sus intenciones honorables, acaso? Su intuición le decía que sí, pero su falta de experiencia le hacía temer equivocarse.

Así que cuando se terminó el postre, un fantástico *pudding* de manzana, se despidió en voz baja no queriendo llamar la atención de nadie, lanzó una mirada cómplice a su mejor amiga y se fue sola, eludiendo a Jane, sintiéndose mal por ello, y también al resto de las chicas.

La sala estaba vacía y tentada estuvo de pasar el cerrojo. Poco después entró Lori, y se sentaron juntas, una al lado de la otra, en uno de los sillones. No se detuvieron en charlas banales, aquella no era una conversación social. Por una vez fue ella la que arrancó la conversación.

—¿Cómo se tomaron tus padres que te prometieras con un condestable, en lugar de con un conde?

Lori la miró con extrañeza.

—Creí que íbamos a hablar de ti y de que llevas toda la mañana un poco rara. —El rubor y la sonrisa enamoradiza la delataron—. ¡Ay, Mandy!, ¿de quién se trata?

Se encogió de hombros.

—Del señor Brown —se sinceró.

Su amiga apenas daba crédito.

—Pero si nos lo presentaron ayer por la mañana. —Conocía a su compañera—. Porque tú también lo viste por primera vez entonces, cuando Nerian lo presentó al grupo, ¿no es cierto? —Esta volvió a encogerse de hombros—. Para saberte tan bien las lecciones de lady Valery, estás encogiendo el cuello como si la lana de tu vestido fuera de mala calidad y te picara en el cogote.

Se echó a reír.

—La noche que recibí la carta de mi madre, la que os comenté sobre una prima lejana, me asusté de veras. Me asusté tanto que hice algo impensable: me fui del colegio por unas horas. No sabía dónde ir así que escapé al cementerio, pero se puso a llover, un poco al principio, después se abrieron los cielos, tanto que me encerré en el cobertizo.

—¿Y el señor Brown estaba allí?

—No, pero me vio entrar y bajó para darme un paraguas y ofrecerse para acompañarme de vuelta. Bueno, no fue así exactamente, hubiera sido una galantería por un lado pero un

atrevimiento por otro. La cuestión es que tuvimos una conversación muy extraña, al principio creí que se estaba riendo de mí, pero escucha esto, Lori: no tartamudeé. Ni una sola vez.

—¡Vaya!

Lorianne la había visto en clase de baile y también intentar hablar con lord Mersett, lord Bellamy, con el señor Bissop... siempre con idéntico resultado: el ridículo.

—Supongo que se debió a que él es un hombre sin expectativas —continuó Amanda—. ¡No me malinterpretes...!

—No lo hago —la tranquilizó al punto su amiga.

Ambas sabían que se refería a su prometido. Nerian Worth era inteligente y muy probablemente llegaría lejos en Scotland Yard, pero no sería un hombre con una gran fortuna que diera a Lorianne Bowler la vida a la que esta había estado acostumbrada desde que naciera.

—Lo que quiero decir es que era como hablar con Goliath o con el señor Randall.

—Hmm. Ellos forman parte del servicio de Minstrel House —adujo.

—Es cierto. Pues como con...

—¿El señor Aldrich? —Era el médico—. ¿El señor Turner? Porque con ellos sí tartamudeas —medio reflexionó, medio se rio de ella porque, al parecer, había un detalle que su compañera había pasado por alto y ella había descubierto en cuanto Mandy había pronunciado el nombre del señor Brown.

—Pero es que esos señores tienen un oficio importante. ¿Quizá como el señor MacDonald? ¿O como tu prometido?

—Tal vez —alegó—, pero también tartamudeas con ellos. Y al principio ni siquiera podías mirar a Nerian. Quizá —le expuso— porque son los dos unos hombres muy guapos.

Se ofendió, presta a defender a Henry.

—¡Disculpa, pero el señor Brown también lo es!

Entonces sí, Lori soltó una risita.

—¿De veras? Celebro que te hayas dado cuenta de que es, en efecto, muy atractivo. Y sin embargo te sientes cómoda con él y no tartamudeas. ¿Es así?

Durante unos segundos se mantuvo en silencio, confundida, antes de comenzar a parlotear, eufórica, cuando comprendió que era algo más que la falta de expectativas lo que le hacía ser ella misma. Cuando lo *confirmó*.

—¡Oh, Lori!, es tan sencillo hablar con él. —Le contó cuánto sabía de mitología, que estaba debatiéndose entre montarse un despacho o seguir de secretario—. Aunque yo creo que debería dedicarse a la política. Trabajar con un político, claro, ser político sin dinero e influencias es inviable, y proyectar su pasión hacia allí. Anoche pasamos más de una hora...

—Espera un momentito, milady —la interrumpió con voz seria—. ¿Anoche?

Amanda se supo pillada, pero no podía arrepentirse de la noche más maravillosa que jamás hubiera vivido.

—Tenía que devolverle el paraguas —se justificó, con una sonrisa enorme.

—Pero ¿qué te ha hecho ese hombre para que hayas cometido más travesuras en una semana que en veinte años? —La voz de su amiga estaba preñada de cariño.

—Me besó en la mejilla. —Estupefacta, la otra no pudo decir más—. Y por eso me alegra que hayas querido hablar conmigo, porque me besó en la mejilla. Lori: nunca me han besado, ya lo sabes. No es que quiera que me bese...

—¿Segura? —le preguntó, guasona.

—No es eso lo que me preocupa, quie-quiero decir.

—Está bien, está bien —la tranquilizó.

—Lo que quiero saber es cómo supiste que el señor Worth tenía buenas intenciones. Y que no estaba casado. Bueno —se contestó ella sola—, eso no debió de preocuparte. Y que lo nuestro estaba bien. Y que...

—Mandy —la volvió a interrumpir—: ¿Crees que está casado?

—No —y repitió, convencida—: No lo creo en absoluto.

—¿Crees que tiene buenas intenciones?

—Sí.

—Sobre todo, y esto es importante: Mandy, ¿estás segura de esto? Porque tus padres quizá no sean tan comprensivos como los míos. Suponiendo que el señor Brown...

—No lo sé —sonó asustada—. Y tampoco sé si el señor Brown...

Buscaron sus manos por instinto, las tomaron y se las apretaron con cariño, infundiéndose ánimos.

—Entonces, sigue tus instintos. Eres una mujer inteligente.

Cuando bajaba de bañarse, después del paseo, su tío lo interceptó.

—Han llegado dos coches llenos de cosas para ti y dos criados. Se han llevado tu ropa al cobertizo junto con los muebles que, al parecer, has encargado.

—Gracias.

Se veía a la legua que codiciaba lo que habían traído. Tal vez se planteara cederle algo del mobiliario si dejaba de molestarle en lo que le restara de estancia.

—Uno de los criados ha decidido quedarse para hablar contigo —declaró, envarado—. No ha querido dejarme el recado ni una nota, suponiendo que ese estirado supiera escribir. Deberías decirle a mi primo que su servicio se da unas ínfulas que no le corresponden. Y a tu lacayo, que la soberbia es un pecado capital que lo llevará directamente a las puertas del infierno.

Lo miró como si fuera una mosca molesta que hubiera osado caer en su sopa. Estaba harto de escuchar ese tipo de comentarios sobre cualquier persona del pueblo cada vez que se cruzaba con él. O aquella aldea estaba llena de pecadores o era su tío quien se estaba cavando su propia fosa hacia el averno, y en vida.

—Es mi madre quien se encarga de llevar la casa. Le haré saber a mis padres de vuestra parte que, según vuestro criterio, Eleanor no es lo bastante eficiente en sus tareas. ¿Creéis que es perezosa, tal vez?

—Olvidalo, sobrino.

Asintió con la cabeza, retirando la idea de dejarle nada. Con la obra de caridad para Minstrel Valley sería suficiente, y encontraría la forma de dejarle algo al pueblo que nada tuviera que ver con Wilfred Ellis.

—¿Habéis dicho que el empleado de mi casa está en la cabaña?

Aunque le hablara de vos y este no le correspondiera, el respeto iba en sentido contrario. Respeto, cobardía o adulación, cada vez le importaba menos.

—Así es.

—Gracias de nuevo. —Su voz sonó helada.

Se marchó hacia allí preguntándose qué podía ser tan importante para que alguien se quedara en lugar de dejar lo que fuera por escrito.

Entró y se sorprendió. Había mucho más de lo que esperaba. Las dos sillas y la mesa del carpintero del pueblo habían sido sustituidos por un juego Luis XVI, masculino; dos modernos sillones *chesterfield*, una mesilla baja con una licorera llena y cuatro vasos tallados, y al fondo un pequeño buró *biedermeier*, robusto y sencillo, y un asiento del mismo estilo. Era una decoración sin pretensiones pero de calidad. Las alfombras, grandes, daban calidez a la estancia, y tres cuadros, personalidad. Aunque agradecía el *brandy* aquella no era, desde luego, la estancia de un hombre sin medios.

—Pero ¿qué demonios...?

Por el tabique apareció la cabeza de un caballero rubio, sonriente.

—Espera a ver el dormitorio.

—¡Dan!, ¿qué haces tú aquí?

Se fundieron en un abrazo fraternal, palmadas en la espalda, risas e improperios, antes de soltarse.

—No podía irme sin asegurarme de que todo era de tu gusto.

—No le has dicho quién eres. —Ignoró los muebles.

¿Cómo podía no haberse dado cuenta su tío? De acuerdo que iba con ropa de montar, pero aun así...

—¿A ese hombre? ¿Es que se te ha fundido el cerebro de no usarlo? ¿O el aire de los bosques te ha reblandecido el corazón? Ese curilla no necesita saber quién soy, como yo no necesitaba volver a recordar cuán desagradable es.

Rieron.

—Te has excedido con la decoración.

—No me lo agradezcas y te pongas sentimental, ha sido madre.

—Hablo en serio: soy un secretario humilde, no debería tener... —dio una vuelta sobre sí

mismo, señalándolo todo— esto.

—¿Acaso esperas visita? —Su gesto lo delató—. Oh, Harry, ¿tan pronto? Solo una semana y ya te has procurado una moza.

—Cuidado, Dan.

Algo en el tono detuvo las bromas del menor.

—De acuerdo, de acuerdo. Cuéntame.

—¿Has comido?

—No, pero no pienso comer allí. —Señaló la sacristía.

—Con esas ropas de ciudad no vas a venir conmigo a la posada. Además, lord Mersett y el señor Hugh Turner están en la zona.

—¿Y eso?

Le explicó cómo coincidió con ellos y qué hacían en un lugar tan remoto.

—Fui a visitarlos hace un par de mañanas. Ponte cómodo, iré a por un par de raciones de comida y cerveza a la taberna y regresaré. Comeremos aquí y me contarás tú por qué demonios sigues en Minstrel Valley.

—De acuerdo. Si no te importa, trae más de dos raciones de cerveza.

—Así que lady Faith ha resultado ser toda una sorpresa...

Dan había vuelto a coincidir con la dama dos días después de la marcha de Harry, como lo llamaban en familia, en una cena. Había pedido un favor a un amigo y se había presentado a la joven por su nombre y apellido. Ella lo reconoció como el hermano del hombre con el que su padre pretendía casarla, sí, pero también como a quien había conocido un año antes y a quien dejó de ver sin más.

Había sido una cena íntima, de apenas seis parejas, así que tras los licores se sentaron a solas en uno de los sofás y fue entonces cuando departieron un poco sobre el año anterior, sobre cómo él había desaparecido de repente del círculo común después de varias veces concurriendo y sobre la extraña situación que los volvía a unir tiempo después.

Pudo darse cuenta de varias cosas: de que la joven era tímida en general, que no trataba de manera distinta a un caballero que a un hombre sin título, sino de que le costaba encajar con desconocidos, y recordó que aquella noche él era el único a quien no había sido presentada. Por tanto *la distinción* no había sido tal y había cometido un error enorme al alejarse sin tratar de conocerla mejor. Una equivocación comprensible, pero en la que ojalá no hubiera incurrido.

Que lady Faith recordaba a la perfección cada uno de sus encuentros, las cuatro veces que se vieron. No es que se lo confirmara, pero cuando él había sacado a colación las reuniones de amigos en las que coincidieron, supo de qué habían hablado y lo comentó con un sonrojo adorable.

Que no había estado loco al creer que, en efecto, la dama y él tuvieron «un momento» y que, además, aquellos sentimientos parecían no haberse extinguido del todo; por ninguna de ambas partes, por cierto.

Y que, tras verse un par de veces más, ella le había confesado que, aunque no conocía de nada a Henry y estaba convencida de que debía de ser un hombre honrado y recto, y también hermoso si se parecía a él —y esto lo había dicho con la mirada baja y una timidez encantadora—, tenía muchas reservas sobre el hecho de casarse con un hombre al que no conocía y que, además, le imponían. Era 1838, reinaba una mujer y aunque ella se debía a su familia, que era quien la cuidaba y la protegía, estaba convencida de que no estaba obligada a todo por compartir el mismo apellido.

—Vaya, vaya, Dan... —se burló Henry—, veo que has sido muy exhaustivo en tu investigación. ¿Quién ha estado trabajando mientras tú jugabas a ser el galán seductor?

—Cuidado —le advirtió su hermano, de vuelta—. En todo caso la muchacha tiene la esperanza de que una prima suya la ayude, lo que no termino de entender.

—¿Su prima? —se sorprendió—. Si hay una prima y está...

Soltera, iba a continuar, pero un cuerno se casaría con la familiar de nadie.

—Tiene una prima que, por lo visto, le ha escrito, texto que desde luego yo no he leído...

—Desde luego...

—... Para expresarle sus simpatías en una carta, por lo visto, muy inteligente. Faith cree que la invita a contarle sus pareceres, si así lo desea. Por lo visto proviene de una familia con influencias, la razón última por la que padre quiere emparentarse con los Lambert. Cree que ella, bueno, el padre de ella, podría dar al barón otra perspectiva si su hija se lo pidiese.

—¿Y por qué pareces tan escéptico?

—Porque he oído hablar de dicha prima...

—¿Y?

—No me gusta hablar mal de las damas, Harry. Y menos de una que no conozco y cuando dichas opiniones se basan en cotilleos de salón. Además queda poco tiempo, al parecer os van a presentar en breve, la próxima semana, en una cena informal...

—¿La próxima semana?

—¿Nadie te lo ha comunicado?

—Todavía no —gruñó.

—Será en casa del tío en cuestión, es un noble importante. Padre se ha ofrecido a arreglarle la casa entera: grietas del techo y tallas, pintura, jardín, telas... lo que sea con tal de que la mansión esté perfecta.

—¿Y han aceptado?

—Por lo que tengo entendido, milady está encantada.

Soltó un improperio.

—Háblame de la dichosa prima.

—Harry...

—¡Dan, suéltalo!

—Dicen que es estúpida.

Calló un momento.

—¿Estúpida... de retrasada?

—Estúpida de boba. Que apenas habla y cuando lo hace tartamudea, que no sabe bailar o cantar ni tocar un instrumento, que se le cae todo de las manos y que tropieza con sus propios pies... Que es una dama de sociedad que no sabe comportarse en sociedad. —Se sentía realmente incómodo mientras repetía lo que había oído—. Dicen que sigue soltera porque sus señorías temen tener hijos como ella.

—La mayoría de sus señorías son unos imbéciles redomados que han perdido sus tierras por no saber llevar la contabilidad ni invertir con conocimiento. —Se enfadó, simpatizando con la desconocida, harto de los prejuicios de las clases altas—. Y que no se comporte como ellos esperan no significa que sea estúpida. Mira a tu lady Faith, no era esnob, solo tímida, y tú, un hombre inteligente, cometiste un grave juicio de valor.

—Oye, no lo pagues conmigo.

—Disculpa, solo estoy cansado, apenas he dormido.

—¿Vas a contarme por qué?

«Porque he conocido a la hija de un conde y esta mañana he descubierto que querría pasar el resto de mi vida con ella, pero esos inútiles esnobs de los que hablas dudo que me permitan acercarme a ella, siquiera».

—Solo estoy molesto con este asunto. —La mirada de su hermano le dijo que no le creía—. En parte es eso, la otra parte te la contaré en otro momento. ¿Por qué te muestras tan escéptico con la prima?

—Porque si no tiene influencia social, no creo que pueda hacer nada.

—Bueno, confiemos en que tu chica sepa más que tú sobre el tema.

Dan lo miró con seriedad.

—¿Es *mi* chica?

—No lo sé, pero por lo que cuentas lo parece, ¿no? —Y a pesar de que se sentía miserable, se alegró por su hermano. Se alegró de verdad y el otro lo vio en sus ojos y le sonrió, agradecido, levantando su *brandy* para celebrarlo—. Bueno, no adelantes acontecimientos —lo refrenó, en broma—. A mí me has convencido, a ella no lo sé. Y todavía faltan padre y el barón. Será mejor que tengas este embrollo medio solucionado antes de la infame presentación.

Se echaron a reír y brindaron igualmente. Juntos, se creían invencibles.

Capítulo 9

Recibió tres cartas aquella tarde. Extrañada, recogió el correo y subió a su habitación. Una era de su prima, otra de su padre. La tercera era de la señora Hastings. Romola y ella habían coincidido muy poco en el colegio pero se habían caído bien y mantenían correspondencia de manera esporádica. Aquella inquieta alumna se enamoró del sobrino del profesor de baile, que lo sustituyó unas semanas cuando este se lesionó la pierna.

Después de confirmar que todo le iba bien en Londres, miró las otras dos misivas con dudas. A pesar de todo, prefirió empezar con la de la dama, obligándose a ojear las líneas despacio. La leyó tres veces, sorprendida, y casi olvidó la del conde.

Lady Faith había entendido bien la misiva que ella le enviara y, lejos de contarle los planes que tenía para su boda como haría una futura novia encantada ante la perspectiva de contraer nupcias, o de escribir una escueta nota de agradecimiento, aprovechó la invitación a hablar que ella le había brindado para explicarle la extraña situación en la que se hallaba. ¡Y vaya si lo hizo!

A pesar de la poca cercanía que las unía, comenzó con letra clara, adujo que eran ambas jóvenes de alcurnia en posiciones similares, casaderas y con pocas expectativas —tuvo la delicadeza de no compararlas, pues su prima carecía de dote y ella, aun con una mermada, tenía un problema de estupidez aparente—, y que cualquiera de las dos podría haber sido la elegida para ser casada con un financiero acaudalado.

Con dignidad y sosiego, sin quejas veladas, agradecía a su padre que buscaran lo mejor para ella pero decía discrepar de la decisión, pidiendo a Amanda, por un lado, que fuera la guardiana de sus confesiones, y por otro, ayuda en su situación.

Le explicaba que por lo que sabía de los Northrope eran una familia muy respetable e instruida, que no se sentiría avergonzada en absoluto de unirse a ellos. Que no era la primera ni la última mujer que era, en cierto modo, vendida —y sí, sabía que la palabra era terrible, pero la consideraba correcta— a cambio de una posición social.

En este punto se anotó Amanda mentalmente resumirle su conversación con Henry sobre si las dotes las aportaban los hombres en esos casos, convencida de que le haría sentir mejor la idea de que los papeles se habían invertido, de que el premio parecía ser ella, y su prometido, la mercancía. Sonaba disparatado pero era consolador.

Continuó con la carta.

Faith, como le había pedido que la llamara y ella se tomaba la licencia de llamarla Amanda, opinaba al parecer de primera mano cuando mencionaba a dicha familia. Había conocido el año anterior al hermano mediano, Daniel —eran tres en total pero el menor se dedicaba al sacerdocio—, y le había resultado encantador. Si Henry se parecía en algo a él sería una esposa dichosa. Había dos párrafos sobre el tal Daniel Northrope, pues habían vuelto a coincidir en una cena unos días atrás y también en el parque, y dichas líneas estaban llenas de alabanzas hacia él.

Maduraría después si su prima se había dejado llevar por el entusiasmo o habían sido, como hiciera ella con su carta, bien meditadas las palabras sobre el hermano y estaba dejándole entrever que tenía sentimientos por él.

Le informaba de que, aunque no se pretendía hacer ningún anuncio por el momento, la presentación era inminente, pues la siguiente semana había planeada una cena en casa del tío Trevor, como se refirió su prima al conde, para que las familias fuesen presentadas. Ese hecho la sorprendió, ya que no esperaba que sus padres se involucraran, pero la sombra de su madre apareció ante sus ojos y dio claridad a un asunto tan turbio.

Sería el martes, así que la muchacha le preguntaba, en caso de que ella fuera llamada desde Hertfordshire para el acontecimiento, si podrían verse en la iglesia el domingo anterior, el once de febrero.

La ironía de que se conocieran los novios el trece de febrero, la víspera de los enamorados, no le pasó inadvertida.

Faith la citaba en Saint Bartholomew the Great. Le sorprendió la elección de la parroquia, lejos de Mayfair, pasando Westminster y rozando Whitechapel. Tenía que reconocer que era un templo precioso, el más antiguo de la ciudad si no contaba el de Saint John, dentro de la Torre; nadie las descubriría y, tras la entrada eduardina y el callejón, se escondía una pequeña plaza donde podrían pasear o sentarse en un banco de piedra a hablar sin temor a ser escuchadas y sin prisas.

Siempre podía decir que... Siempre podía no decir nada e ir por su cuenta. Su padre no era devoto, no sabía cuáles de sus hermanos estarían en casa y dudaba de que su madre le cuestionara nada si era discreta. Detestaba mentir y no lo haría. Porque había decidido ser mucho más que la guardiana de los secretos de su prima: sería su aliada y su amiga.

A fin de cuentas, quién sabía si ella no podría encontrarse en una situación similar, si su madre se salía con la suya... Y ahora sabía que no quería un matrimonio de conveniencia, o no de momento.

Antes de responderle abrió el otro correo, suponiendo que se le pediría que regresara a la ciudad para un acontecimiento familiar. No creyó que las letras de su padre pudieran sorprenderle, pero se equivocaba. La familia Northrope, a cambio de su hospitalidad, estaba reparando la mansión para que estuviera impecable. Al parecer, lo que debían de ser unos arreglos florales y poco más se había convertido en una reforma en toda regla y, por lo que su padre decía, aquellos banqueros sabían cómo hacer las cosas de manera rápida y eficiente. En una mañana se había decidido qué hacer y esa misma tarde se había enviado un regimiento y toda la

casa estaba siendo arreglada y pintada como muestra de agradecimiento.

La alargada sombra de su madre se iluminó, entonces. ¿Pero es que lady Grace no se avergonzaba? Era cierto que la casa necesitaba renovaciones, pero... pero... se abochornó por todos. No era orgullo, era una cuestión de no abusar.

Convencida estaba de que su progenitora, en cambio, pensaba que era lo mínimo que les debían por no haber elegido a su hija.

Respiró hondo y continuó leyendo. Su padre no quería desdecir a su esposa en público, pero había habido grandes discusiones en la casa, así que le advertía de que viniera el menor tiempo posible y se mantuviera alejada de la condesa.

Él, por su parte, repartía su tiempo entre el club y los miembros del partido.

Se echó a reír, una risa maliciosa. Si él supiera... tenía planes que le exigían regresar, a más tardar, el sábado, y no volver a Minstrel Valley hasta el miércoles.

La sonrisa desapareció en cuanto pensó en Henry. Suspiró con tristeza al percatarse de que dejaría de verlo durante casi una semana.

Era el mismo tiempo que hacía que lo conocía, se dio cuenta, y aun así le parecía una eternidad. En ambos sentidos, desde que lo viera por primera vez y el período que lo añoraría.

Pero era lo mejor. Quizá se echaran de menos y reconocieran sus sentimientos de forma certera, o tal vez estos se extinguieran. Podía ser que él le dijera... no quiso pensar.

Pero tantearía a su padre por si alguno de sus compañeros necesitaba de un buen secretario. Ya que iba a intentar solucionar el futuro de su prima, bien podía mirar por sí misma también, aunque fuera de soslayo.

Dan se fue ese mismo día. A la mañana siguiente, tal y como había vaticinado, recibió una nota de su padre, corta y concisa: estaba invitado a una cena el martes y era preceptivo que acudiera.

Después de todo lo que sabía, estaba impaciente por asistir y ver qué tenía su hermano preparado. Habían quedado en que iría a Londres el día anterior, cuando lady Faith hubiera hablado con su prima.

Acompañaba la nota de su padre otra de su madre, más larga y cariñosa, donde le pedía que volviera con tiempo para dedicarle unas horas a ella. Le decía que le echaba de menos, que la casa no era lo mismo sin él y varias frases sentimentales que le recordaron por qué la quería tanto. Sonreía cuando terminó de leerla.

Solo serían un par de días, pero no le apetecía nada dejar el valle. En realidad lo que no quería era separarse de cierta dama a la que acababa de conocer. Tal vez, cuando todo aquel embrollo estuviera resuelto y se sintiera libre, pudiera darse a conocer como quien realmente era y cortejarla.

Podía, incluso, aprovechar su estancia en la ciudad para presentarse a su padre, el conde de

Sandsbrooke, y mostrarle sus intenciones. Por lo que Amanda hablaba de él, no parecía un caballero estirado y lleno de prejuicios. Sabía, además, que lady Etherington estaría encantada de que su hija se casara con alguien como él.

Pero el consentimiento que de veras deseaba era el de la joven.

Se obligó a refrenar sus pasiones. Era un hombre metódico y paciente que no se dejaba llevar. Primero lady Faith, después lady Amanda.

Lo único fastidioso del asunto era que su padre se saldría con la suya. Pero, si todo acababa bien, ni siquiera eso le arrebataría el buen humor.

Cuando la noche siguiente llamaron a la puerta de la cabaña, se sobresaltó. No esperaba visita pero casi corrió hacia la puerta, esperanzado. Si era su tío, lo tiraría al lago. Dudaba de que muriera de una pulmonía, las beatas estarían encantadas de cuidarle durante varias semanas y era probable que el pueblo le erigiera un monumento al lado de la estatua de La Dama y el juglar por deshacerles del curilla, como lo llamaba Dan, durante un par de meses.

Todos estarían satisfechos con el chapuzón nocturno del padre Ellis.

Pero, para su completa felicidad, quien esperaba al otro lado del quicio era Amanda.

—Buenas noches —lo saludó ella, sin más que decirle, al parecer.

Tras unos segundos de vacilación la invitó a pasar. Le tomó el abrigo y la lamparilla que llevaba, que apagó, y se fue a dejarlo todo en el dormitorio.

Cuando regresó se extasió observándola. Llevaba un vestido color burdeos a rayas marfileñas y los puños y el cuello en un tono gris azulado. Nunca se había detenido demasiado en su figura, lo que le extrañó, siendo un hombre de grandes deseos. Pero siempre quedaba cautivado con sus ojos y su boca, y en especial con su conversación.

Aprovechó que estaba ella observando con atención los muebles, ya había inventado una razón para ellos si preguntaba, para mirarla a placer.

Tenía una figura esbelta y elegante. El cuello largo, imaginó que era así como enseñaban a las señoritas a quedarse detenidas, con la cabeza colocada en recta elegancia; los hombros y la espalda echados atrás, estrechos sin parecer débiles pero sí dando una cierta apariencia de fragilidad; una cintura angosta, supuso que el corsé ayudaría a dar esa apariencia, y unas caderas proporcionadas. Tenía unos senos llenos sin ser exagerados.

Le encantaron sus piernas. No podía verlas pero las supo largas y las imaginó enredándose en las suyas en un abrazo indecente.

Se aclaró la garganta, esperando que sus pensamientos se esclarecieran, también.

—No os esperaba.

—Confío en no importunaros, señor Brown.

—Nunca.

El tono de su voz, la confianza y la invitación que escondían, la hicieron sonrojar. Su piel iba a teñirse de rojo de manera indefinida si pasaba mucho tiempo con él, pensaron ambos.

—Está todo muy cambiado. Los muebles son muy bonitos.

Y de gran calidad, supo ella.

—Eran del despacho de mi patrón. Me los dejó, también. Fue su esposa, en realidad, quien me pidió que me llevara lo que había en la oficina por si lo necesitaba. Son muy sobrios y no conjuntaban con la decoración de su casa. —Era plausible y vio en sus ojos negros que le creía—. Tengo algunos más en Londres, pero he pedido a un amigo que me enviara aquí los que más me gustan. Me alegra que sean también de vuestro agrado.

—¿Pensáis quedaros mucho tiempo en el pueblo, entonces?

—¿Os gustaría que así fuera?

—No lo sé.

La respuesta, directa, los chocó a ambos.

—Quizá me quede hasta que lo averigüéis, pues —salió él del paso, extrañado por su falta repentina de interés.

¿Habría entendido mal su comportamiento?

—No, no, por favor, no me malinterpretéis —se precipitó Amanda, antes de comprender sus palabras y callar, asimilándolas, entendiendo que él le proponía establecerse en Minstrel Valley por ella.

El silencio se volvió pesado, intenso. Henry tuvo que recordarse que no era el momento, que faltaba poco.

—Sentaos, por favor.

—Claro, sí. Gracias.

Estaba nerviosa y las palabras le salían a borbotones, ambos lo notaron.

—¿Queréis algo de beber? ¿Vino, jerez...?

—Me voy de Minstrel House.

Calló unos segundos, asimilando lo que ella le había dicho. Se sentó en la silla de enfrente antes de proseguir.

—¿Para siempre?

—¿Qué? No, claro que no.

—Lady Amanda, esta noche me está costando un poco comprenderos. ¿Por qué no os sirvo un poco de agua y me explicáis qué ocurre?

La joven asintió, más tranquila después de haberlo dicho todo mal. ¿Qué podía ir peor? Sonrió para sí; solo con aquel hombre podía sentirse bien incluso cuando lo hacía todo de la peor forma posible.

Le vio regresar, dejó que vertiera el líquido transparente en un vaso, tomó un sorbo y entonces sí, volvió a comenzar.

—He recibido una carta de mis padres: me piden que regrese a Londres por unos días. Menos

de una semana, espero.

—No es una eternidad —dijo él con voz suave.

—La cuestión es que no voy a estar aquí siempre. Mi madre quiere... bueno, ya os lo expliqué, y mucho temo que tal vez cuando regrese al colegio la próxima semana sea para recoger mis cosas. Creo que la paciencia de la condesa conmigo se ha agotado.

—¿Os ha buscado un esposo?

Nunca había visto así a Henry. No levantó la voz, no la miró enfadado, pero vio algo en él... como si pudiera evitarlo, como si pudiera gobernar el mundo. O su mundo, al menos.

—¡No! O no, que yo sepa, pero tengo veinte años, comienza la temporada...

No hacía falta continuar: era indefectible. Si no ese año, el siguiente.

Él se relajó: ¿por qué se había puesto nervioso? Solo faltaban cuatro días para resolver lo de la muchacha de su hermano y sería libre para cortejarla. Y por lo que entendía, la joven quería que la pretendiera.

Se atrevió a cogerle las manos por encima de la mesa.

—Si es el caso y no podéis venir hasta la cabaña para decírmelo, escribidme a la parroquia.

—Pero...

—Confiad en mí.

Aquellas tres palabras fueron un bálsamo para ella. Casi una promesa.

—De acuerdo.

Se miraron a los ojos profundamente, diciéndose sin palabras lo que no debían. Finalmente, él le soltó las manos.

—Yo también me voy a la ciudad un par de días.

—¡Vaya!

No coincidirían, pero la idea de estar en el mismo lugar les dio consuelo.

—Sí. Y ya que habéis venido hasta aquí esta noche, no quiero desperdiciar la visita con circunstancias tristes. ¿Qué tal una partida de ajedrez?

Con una sonrisa, aceptó.

Casi dos horas después, la acompañaba en silencio a la escuela de nuevo. Ya en la puerta, en la valentía que le ofrecía la oscuridad, la joven le susurró.

—Os voy a echar de menos.

Henry no dijo nada, tenía la garganta cerrada por sus palabras, inesperadas. La acercó, la envolvió entre sus brazos y la pegó todo lo que pudo a él, embebiéndose de ella, de su aroma del que nunca se cansaría, de su dulzura.

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y se concentró en su calor, en escuchar los latidos de su corazón, en las fuertes manos que la sostenían y que se movían con delicadeza por la espalda, y en

los labios masculinos que, un par de veces, le rozaron la coronilla.

Al fin, la separó despacio y la miró sabiendo que sus ojos reflejaban todo el deseo que sentía, esperando no asustarla.

—Pronto —le susurró, sin saber con seguridad, ni siquiera él, a qué se refería.

Tímida, se acercó a su rostro para darle un beso en la mejilla. No supo bien cómo, pero en el último momento cambió de opinión y se pegó a sus labios en un roce lleno de tierna inocencia. Henry se dejó acariciar, mas no se movió.

¡Qué Dios se apiadara de ambos si lo hacía!

Decepcionada ante su falta de respuesta, Amanda se apartó, cabizbaja, dispuesta a entrar.

—Buenas noches.

La detuvo, tomándola por la muñeca, obligándola a levantar el rostro con su pulgar, acariciándole el mentón con mimo.

—En mi último suspiro, Selene, el día que la parca venga a buscarme, recordaré este beso.

Y la soltó, yéndose él.

Capítulo 10

Londres, Iglesia de Saint Bartholomew the Great

La reconoció en cuanto entró en el templo, debido a su postura. A pesar de no ir a la última moda era, con diferencia, la mujer con más clase de todas las presentes que allí se congregaban para escuchar la liturgia. La mayoría eran elegantes esposas de abogados y jueces, supuso, dado que estaban en el Inner Temple, mujeres que se hallaban más cerca de Saint Bartholomew que de la iglesia templaria del barrio, y de vecinas más humildes de Whitechapel.

Era más pequeña que Amanda y de figura curvilínea, con los ojos azules. Tenía la melena rubia recogida y algunos mechones le caían en suaves tirabuzones, no sabía si naturales o moldeados con las tenacillas. Se la veía una rosa inglesa entre margaritas, sentada en el primer banco, esperando que el sacerdote hiciera su procesión de entrada y comenzara la liturgia.

Sin decir nada se sentó a su lado. También ella la reconoció. Habían coincidido en un baile la temporada anterior; antes, no se habían visto desde niñas. Se sonrieron con complicidad, sus damas de compañía las custodiaban, cada una a un lado, así que era preferible callar hasta estar lejos de oídos indeseados. No es que fueran a creer sus chaperonas que aquello había resultado una feliz coincidencia, pero tampoco eran necesarias las explicaciones.

De hecho, ella había llegado la noche anterior, bastante tarde, no vio al conde y cuando su madre le dijo de ir juntas a la iglesia de Saint George se excusó arguyendo que había quedado con una amiga en otra parroquia. No mentía, no se explicaba y lady Grace estaba demasiado entretenida con la casa, que había sufrido una transformación visible, y con la cena del martes, para preocuparse por una hija que nunca hacía nada reprochable en lo referente a su reputación.

Intentó concentrarse en las palabras del sacerdote, un hombre joven y dinámico que hizo un culto corto y dio una homilía interesante. Entendió mejor por qué los bancos estaban llenos e, incluso, la posible elección de Faith: eran un buen lugar para escuchar misa, lejos de los largos sermones a los que acostumbraban clérigos como Wilfred Ellis.

Recordarlo le trajo a la mente a Henry y se dejó llevar por los recuerdos. Fue, pues, la muchacha rubia la que la devolvió a la realidad cuando terminó el culto. Con una sonrisa le tendió las manos:

—¿Prima Amanda?

No podía negarse a su abrazo, era obvio que el cariño que le ofrecía era sincero.

—Faith —tentó su nombre de pila.

Se estrecharon con afecto y se tomaron de la mano, mirando la puerta, invitándose sin palabras a un paseo en la pequeña plazoleta a la salida de la iglesia. Una vez fuera, sus damas de compañía se quedaron sentadas en un banco, bajo un tilo.

—Gracias por venir. No estaba segura de que quisieras verte involucrada en este asunto.

—Gracias a ti por acudir a mí. No estaba segura de que quisieras mi ayuda —repitió prácticamente sus palabras, tímida—. Cuando te escribí... fue difícil, no sabía qué decirte...

Tras unas pocas frases más, Faith se explicó.

—No soy tonta, Amanda, como sé que, digan lo que digan, tú eres una mujer muy inteligente. —Ante la muda consulta, se explicó—. De niña solías hacer las preguntas correctas y hablabas con tu padre sobre temas que debieron dejar al mío muy impresionado.

Se sonrojó.

—No recuerdo al barón en ninguna conversación.

—Entonces quizá el conde presumiera, pero al parecer si fueras hombre podrías llegar al Gobierno.

Esa frase era muy típica dentro de la biblioteca de su casa, en realidad. Pensar en lord Trevor enorgulleciéndose con un familiar de ella la llenó de vanidad. Toda la que lady Grace no sentía por ella.

—Aun así me has visto comportarme en un salón —sabía que lo había hecho— y habrás escuchado los rumores.

—Sí.

Le gustó que se lo confirmara sin ambages, con voz plana y sin inflexiones. No merecía la pena extenderse en el asunto, de todas formas, si Faith creía en ella.

—En fin, ¿cuáles son tus planes?

Aliviadas ambas de dejar atrás un tema espinoso, su prima le explicó:

—La posición social de mi familia depende de la vuestra, el barón no se engaña. —La baronesa había muerto hacía más de quince años—. Su título, aunque antiguo y respetado, es casi una formalidad.

—No digas eso. Los Lambert sois pares y...

—No tenemos tierras, ¿qué poder tiene un noble si no tienes propiedades? Mira al rey Juan^[7]. La cuestión es que, además, admira mucho al tío Trevor.

—Es un gran hombre —le respondió sin engreimiento.

Era cierto, eran pocos quienes no respetaban al conde de Etherington, comulgaran o no con sus ideas.

—¿Crees que él te casaría del mismo modo que van a hacer conmigo?

La desesperación se filtró en la voz de la joven. Tanta, que no quiso darle falsas esperanzas. Pensó con detenimiento la respuesta.

—¿Qué relación mantienes con tu padre?

—Distante.

—Pero ¿cordial?

Había progenitores que no se relacionaban con sus hijas, otros cariñosos como el suyo, pero también los había desalmados.

—Sí. No tengo malos recuerdos, él nunca...

No hacía falta decir más.

—¿Le has hablado de Daniel? Tal vez acceda a conocerlo.

—No tiene caso, el señor Northrope está empeinado en que sea el hijo mayor, Henry, quien se una a mí. Por fortuna, este no aceptará.

No pudo evitar sonreír, y no solo al escuchar aquel nombre que le recordó a quien tanto echaba de menos: resultaba llamativo que una mujer se regocijara de ser rechazada.

—Sabes que eso no significa que el banquero vaya a claudicar. Podría buscar a otra noble.

—A ti.

No dijo nada de lo que ambas no fueran conscientes, y aun así escucharlo fue como recibir una coz en la boca del estómago. Solo entonces entendió por completo la situación en la que la su prima se hallaba.

Y lo importante que era para ella no casarse con nadie que no deseara.

—Faith, puedo hablar con mi padre. No directamente, claro, es mejor abordar el asunto de una manera casual, pero puedo intentar sacar el tema y abogar por la libertad de las personas. Aun sí, hará falta algo más. Tu amigo...

—Daniel va a hablar con su hermano y juntos harán un frente común contra su familia. Y si esta no entra en razón, el día de la cena en tu casa insistirá. Sin embargo, Henry... —y calló.

—¿Sí?

—Bueno, su hermano le ha dicho que debe ser él quien se haga responsable de la situación, que le apoya en todo pero que es Daniel quien debe luchar en primera línea.

Su primer pensamiento fue que el hermano mayor se lavaba las manos, pero después se dio cuenta de que si estaba secundando a la pareja y negándose a casarse con Faith, estaba cumpliendo con su parte. Era lógico que fuera el amado de su prima quien moviera ficha. Era este quien estaba en jaque y quien debía proteger a la dama. El tal Henry era solo un peón que se negaba a jugar. De pronto se había convertido a sus ojos no en un caballero, pero sí en una torre, para defenderse y enrocarse.

—Tenéis, pues, dos aliados. E intentaré que mi padre también lo sea.

—Su madre tampoco está a favor de un matrimonio de conveniencia.

—La mía, en cambio, lo ve natural, y estaría encantada de que rompierais. —Azorada por la vergüenza, continuó—. Como bien dices, la siguiente elegida podría ser yo y, como te he señalado, lady Grace cree en ese tipo de enlaces y yo no soy precisamente un éxito social. No, no digas nada; así, si mis hermanos no están... ¿están?

—No.

—De acuerdo, así el señor Northrope se quedaría solo con Lambert en esta empresa. En teoría, como cena informal, los Etherington deberían invitar al barón como hombre de rango al lado de la dama de la casa y como invitados de honor al banquero al lado del anfitrión. Dado que los condes se colocan contiguos, aquellos estarían ambos frente a frente y demasiado cerca el uno del otro, pudiendo hacer un frente común. No obstante, si cambiamos la situación de los comensales, aislando al señor Northrope al otro lado...

Faith la miró con admiración.

—¿Podría hacerse?

—Podría convencer a mi madre de que se sienten cada uno a un extremo aplicando el estricto descanso marital, que sería lo conveniente, y que pida al señor Northrope que lo acompañe para agasajarlos. Colocaríamos así en un extremo al financiero y en el opuesto a tu padre, el otro detractor, al lado del mío, que al parecer podría controlarlo de algún modo. El banquero con lady Grace al lado tendría quien le susurrase una sustituta...

—Pero crees que lord Trevor...

—Si no consiente que su sobrina se case por dinero, no venderá a su hija. —Había sido brusca, casi grosera, pero estaba elucubrando para sí, casi ausente y a Faith no le importó, estaba pasmada—. Y el barón con el conde, de quien cree depender, se mostrará prudente. Quizá pueda resultar, sí... Mi madre convenciendo a uno de que aspire a una pieza mayor y mi padre al otro de que no sea déspota contigo.

—Realmente podrías ser primer ministro —le dijo, maravillada.

Desechó con una mano el comentario, estaba preparando una estrategia.

—Es necesario que Daniel no pierda los estribos a pesar de una posible derrota inicial: estamos presentando batalla, no es la guerra; que tenga un buen discurso preparado y que su hermano esté seguro de no quererte para sí.

—No lo hará.

—Aún no te ha visto —le advirtió, con voz suave.

—No lo hará —le repitió, convencida—. Dan y yo... nos queremos. Henry respetará eso. Aunque se enamorara de mí al verme, lo que no va a ocurrir, honraría los sentimientos del que es, además, su mejor amigo.

Torre y caballo, aplaudió Amanda al tal Henry. Las buenas cualidades debían de ir unidas al nombre.

—Pues que los dos sean convincentes y mantengan la calma, que sea un asunto entre caballeros. Si hay algún modo de evitar este matrimonio es que se comporten todos ellos como tales.

En un arrebató de espontaneidad al que poco acostumbrada estaba, la rubia se abalanzó hasta ella y la abrazó.

—Eres la mejor prima del mundo, Amanda Etherington.

Sin poder evitarlo, estalló en una carcajada.

Al parecer, cuando decidía hacer a un lado lo que le habían enseñado, lo que tenía era un ataque

de olvido completo: escaparse a medianoche, estar a solas con un caballero, besar, conspirar...
Y la ventaja añadida de no sentir dolor de conciencia.

Su padre no acudió a comer, lo que le facilitó la tarea de convencer a su madre de seguir una etiqueta formal durante la cena del martes y honrar al señor Northrope con la posibilidad de ser el acompañante de una condesa. Aunque al principio a lady Grace no le gustó la idea —tenía ideas muy estrictas sobre las clases sociales—, algo debió de ocurrírsele porque cedió finalmente y su mirada se agudizó.

¿Sería posible que su sentido de la estrategia no fuera herencia del conde, sino de su progenitora? Su madre había conseguido que le repararan la mansión y, si la noche salía como los jóvenes esperaban, a saber qué confabularía con su invitado para la conveniencia de su futuro.

Pasó la tarde en la biblioteca leyendo, y tras una cena ligera, las dos solas, Amanda regresó allí a esperar a que regresara su padre para tener una conversación con él.

Al día siguiente había sido invitada a un baile al que, en principio, no tenía intención de ir, pero al que finalmente supo que acudiría porque también lo harían Faith, su amado y el hermano de este. Podrían conocerse y, como mínimo, fijar sus posturas y decidir cómo actuar de manera conjunta.

Y ella podría, también, contarles la charla de esa noche, si es que el conde aparecía en algún momento. Por lo visto, cuando le había escrito a Minstrel Valley diciéndole que la relación con su esposa era tensa y que había huido de casa, no había bromeado ni exagerado.

Lord Trevor la sorprendió leyendo *El príncipe*, tan enfrascada estaba ella que no lo oyó entrar. La estuvo observando unos segundos sentada en el alféizar de la ventana antes de carraspear. La había añorado. Amanda alzó la cabeza al escucharle y sonrió con deleite.

—¡Padre! Llevo... llevo más de treinta páginas esperándoos.

El conde rio.

—Una cantidad de tiempo nada desdeñable. —Miró el lomo del libro con aprobación—. Pero bien aprovechado. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche antes que tú; y me he despertado cuando ya te habías ido.

Su padre frunció el ceño.

—¿Has visto la casa? ¿El dispendio en nuestro domicilio de ese banquero al que de nada conocemos?

La joven se encogió de hombros.

—Quiere agasajarnos.

—Hmm, veo que en ese colegio no han logrado que dejes de hacer ese gesto.

Sonrió ella con picardía.

—Solo lo hago cuando estoy cómoda.

La miró con detenimiento, buscando algo.

—¿Y has aprendido a estar cómoda? —Esta vez repitió el movimiento con exageración, haciéndole soltar una carcajada—. Pero seguro que no has estado esperándome hasta tarde por nada. ¿Una partida? ¿No? Amanda, hija, ¿ocurre algo?

Había dudado demasiado sobre jugar al ajedrez, lo que era extraño en ella, preocupándolo sin necesidad. Había planeado una conversación casual y no sabía si frente a un tablero sería la mejor opción, y ahora la había sorprendido y tendría que ser directa.

—Lo cierto es que esperaba poder hablar contigo precisamente sobre el señor Northrope.

La invitó a sentarse y se sentó él. Al ofrecerle una silla en su buró la trataba con seriedad, como a cualquier compañero de Cámara, lo que la alabó, pero la hizo sentirse empujada al otro lado del imponente escritorio. Debía de ser un rival temible, imaginó. Más, cuando vio que callaba y esperaba a que fuera ella quien comenzara.

Debió decir que sí al ajedrez, se reprendió. Fue directa al grano.

—No me gusta la idea de que una dama... una mujer —se corrigió— sea obligada a casarse sin conocer siquiera a su esposo.

—Ni lady Faith va a ser obligada a casarse ni mañana por la noche va a prometerse nadie. Solo van a ser presentados dos jóvenes.

—Dos jóvenes cuyos padres ya tienen un preacuerdo nupcial firmado.

—Tal vez, Amanda, pero no es vinculante para ninguno de ambos. No estamos en el siglo XII, cualquiera de ellos puede decir no.

—¿Cualquiera? —El conde calló dejándola exponer su punto de vista, no porque se hubiera quedado sin palabras—. Él podría negarse y hacer las paces, o no, con su padre. Si no lo logra, podrá forjarse su propio destino, por lo que sé es un hombre con una reputación y muy capaz. Si ella dice no, ¿crees que podrá escribir su propio futuro?

Lord Trevor no entraría en demagogias.

—Siempre puede hacer las paces con su padre —le replicó.

Sabía que estaba jugando con ella, averiguando hasta dónde había evaluado la situación. Y, quizá, por qué lo había hecho.

—¿Hasta el siguiente compromiso?

—Quisiera pensar que algo habrán aprendido después de un contrato prenupcial roto. Los dos.

—Es deber de un padre proteger y cuidar de su hija, no tiene derecho a disponer de ella.

—Y deber de una hija obedecer a su padre.

—Sí, pero no hasta el extremo de permitir que se la entregue por contrato a cambio de dinero. Una hija no es un bien, es una persona; y un matrimonio es un compromiso vitalicio, no un contrato de compraventa. Inglaterra abandera el fin del esclavismo porque somos un país civilizado.

Lord Trevor se removió, inquieto, en su sillón. Los esclavos de los Estados Unidos eran un asunto que llevaba discutiendo desde hacía años con todos los embajadores de las antiguas colonias que habían morado la embajada de Londres y su principal objetivo durante el poco

tiempo que fue ministro de Exteriores.

—¿Qué es lo que quieres, una nueva Ley sobre la Emancipación de las Hijas? —bromeó—. ¿O se trata de tu prima?

—Es por ella, me ha pedido ayuda.

—Creí que no os conocíais.

—Nos carteamos en el internado —sorteó el tema.

—¿Entiendes que si la libras del banquero te pondrás a ti misma en el centro de la diana?

Ahora era él quien atacaba.

—Entiendo que si no permites que tu primo venda a su hija, predicarás con el ejemplo.

—Mi primo es viudo.

—Matar a mamá me parece una medida excesiva.

La mirada que se ganó fue de órdago.

—¿Qué ocurre, Amanda? Qué ocurre, de verdad.

—No sé—no sé qué quieres decir.

—¿Quieres casarte con alguien y utilizas a tu prima de avanzadilla?

La oportunidad, inesperada, la dejó helada.

—Jaque mate, Mandy. —Hacía años que no la llamaba así, desde mucho antes de que se vistiera de largo—. ¿Quién es él?

El corazón le martilleaba con fuerza, sintió un sudor frío y reconoció el miedo. Pero si su padre no aceptaba la situación nadie lo haría. Era, además, el único que tenía que aceptarla.

—Nadie —dijo en voz baja, para sí.

—¿Y tú eres su *Polifema*[8]?

Sonrió, triste.

—Era el pasante de un abogado de la ciudad, que acaba de morir y le ha dejado un pequeño legado. No sabe si seguir como tal o fundar su propio despacho, algo muy humilde, claro.

—Claro.

De nuevo la dejaba hablar, aunque esta vez no jugaba con ella: nunca lo había visto tan serio.

—Aunque su pasión es la política, padre. —Sin que se diera cuenta, su voz iba aclarándose, sus ojos iluminándose, su sonrisa ensanchándose—. Debería trabajar con uno, ser su secretario. Sabe muchísimo sobre el tema, ¡de veras! Y si tuviera un patrocinador con el tiempo podría incluso postularse a la Casa de los Comunes.

—Pareces conocerlo bien. —Había cierta advertencia en su voz.

—¿No te sorprende? —El conde entendió el calado de aquellas palabras—. No ha habido nada impropio, pero...

—No dudo de ti.

Recordó sus escapadas y se sintió culpable.

—Quiero decir que no hemos hecho nada que pueda comprometerme lo más mínimo.

Su padre sonrió; no quería saber.

—Continúa.

—Me siento cómoda con él, cómoda de verdad. Supongo que porque desde el principio supe que era sencillo, sin esperanzas. Prácticamente imposible.

Durante más de diez minutos hubo un silencio pesado en la biblioteca. Diez minutos en los que el conde valoró el amor por su hija y lo que deseaba para ella. Todo lo que deseaba y a lo que tendría que renunciar.

—¿Qué expectativas tiene él?

—No lo sé.

—¡Amanda! —rio sin poder remediarlo—. No puedes poner mi vida del revés, pretender que entre en una guerra sin cuartel con tu madre, por una probabilidad; no es habitual en ti ser tan poco táctica. —Lo que sorprendía de verdad al conde—. Necesito algo tangible. Quizá vaya a Minstrel Valley a ver cuán listo es y tanteo aquí si algún compañero necesita personal. O quizá hable con el administrador de Warton Castle, debería jubilarse en breve; allí siempre tendrías un techo y gozarías de los privilegios de tu apellido. Pero antes necesito estar seguro... no: lo que necesito es que tú estés segura. ¡Y también él, maldita sea!

—Padre...

—No lo sé, no es una promesa tampoco —le advirtió, no queriendo comprometerse a nada hasta averiguar más de aquel que había obrado tamaño milagro en su hija: ilusionarla—. ¿Juega al ajedrez?

—Le gano —respondió, ufana.

—Bien, porque suponiendo que sea un buen hombre, mientras no me gane *a mí* diez veces seguidas no aceptaré nada.

Amanda se puso en pie, rodeó el escritorio y lo abrazó con fuerza.

Tras el momento de embarazo, su padre se dejó besar en la mejilla y la soltó, queriendo restar solemnidad al momento. Realmente, quería ser presentado a aquel tipo. Debía de ser un gran hombre para hacer que su hija... que su hija brillara.

Porque si era un aprovechado, se lo haría pagar.

—En cuanto a tu prima, dile que haré lo que pueda. ¡Pero a ella tampoco le prometo nada! Y ahora márchate. Un hombre no puede estar solo en su casa sin que las mujeres de su vida lo asedien. Debí haberme quedado en Baviera...

Capítulo 11

Henry salió temprano de Minstrel Valley y llegó a la mansión de su familia en Golden Square el lunes a la hora de la comida. Había pasado todo el día anterior sentado en su escritorio, trabajando. Después de casi dos semanas de inactividad profesional le gustó volver a mantener la cabeza ocupada aunque para ello tuviera que llevar el ajedrez a su habitación, evitando así pensar en Amanda. Por la noche hubo de sacarlo por los mismos motivos, con el agravante de que la quietud de su dormitorio era un lugar mucho peor para recordarla.

Así que el lunes por la mañana, después de un copioso desayuno en The Old Flute, montó a Crisaor y puso rumbo a Londres, animado, con ganas de volver a la gran ciudad, de ver a su madre y de conocer a la joven por la que Dan bebía los vientos.

Fue recibido por Eleanor con un abrazo. Los hombres, como ella los llamaba, estaban en las oficinas, así que comieron solos en el comedor, tranquilos. Esquivaron la inminente cena del día siguiente, ni ella desvelaría los planes de su esposo ni él los de su hermano, pero sí charlaron de su ausencia.

—¿Qué tal el primo de tu padre?

—Lo primero que hice al llegar fue buscarme otro lugar en el que vivir. —Su madre soltó una pequeña carcajada—. Había un pequeño cobertizo justo detrás de la casa, así que lo habilité...

—¡Harry! —Le miró las manos.

—Madre, soy un hombre capaz, no solo sé de libros —protestó—. Y me ayudó el carpintero del pueblo, el señor Gambier, y también se pasó un par de horas el herrero. Aunque a ese escocés lo vi más a menudo en la taberna a la hora de la cena junto con el condestable. ¿Sabías que en los pequeños pueblos no hay Runners?

Eleanor lo escuchaba con atención. Había algo en su Harry cuando hablaba de aquel valle...

—¿Y muchachas hermosas? —Lo interrumpió un tiempo después—. ¿Las hay en Minstrel Valley?

—Hay una escuela para damas, la Escuela de Señoritas de Lady Acton —le contestó él con voz neutra.

—Solo el nombre ya suena a jóvenes aburridas —se quejó ella.

—No creas, son jóvenes bastante alegres, por lo que he podido comprobar.

—Pero ¿las has conocido? ¿Cómo es posible?

—No se pasan el día encerradas —rio, imaginándolas apresadas, sabiendo que hallarían el modo de huir, como había hecho Amanda—. Y el pueblo es un lugar pequeño y los domingos hay un mercadillo, todo el mundo coincide allí.

Ahora sí, se sintió observado de verdad. ¿Qué diablos lo habría delatado? ¿O es que su madre le leía el alma?

—Sabes que no puedes engañarme, ¿no es cierto?

¡Pero si solo había mencionado la feria de después de misa!

—Entonces cuéntame qué tal van las cosas por el banco. ¿Está padre trabajando en mi despacho o realmente ha permitido que Dan haga mis tareas?

Como sospechaba, el señor había vuelto a sus dominios y estaba disfrutando cada minuto.

—No sabes cuántas ganas tengo de que regreses, me costó más de dos años convencerle de que dejara las riendas del negocio y comenzara a relajarse, a disfrutar. Hacía ya un año que venía a diario a comer a casa... —Le dolió verla abatida—. Ahora él no está a la hora del almuerzo y tú no vives aquí.

Quiso consolarla:

—Mañana por la noche puede que se esclarezcan muchas cosas y, tal vez, llegue algo de normalidad.

O tal vez no, puesto que, se dio cuenta, él pretendía volver a Minstrel Valley aunque se solucionara el asunto del compromiso. Tenía un tema inconcluso allí.

—Ojalá —suspiró su madre.

Harry frunció el ceño. Eleanor Northrope no suspiraba. O estaba presentando batalla por su cuenta, con juego sucio, o entre todos la habían derribado por primera vez en su vida.

Preocupado, volvió al tema de la banca, más seguro para todos.

Llegó Daniel a media tarde, antes de lo esperado. El hermano mayor estaba en la enorme biblioteca de la casa leyendo unos informes de la entidad cuando el otro entró a saludarlo.

—¿Desde cuándo se sale tan temprano del trabajo? —inquirió Harry con sorna—. ¿Es que cuando el gato no está los ratones bailan?

—Somos nosotros quienes iremos esta noche a bailar.

Simuló alarmarse.

—¿Cómo? Conmigo no cuentas. No me gustan ese tipo de reuniones.

—No son reuniones, son bailes. Bai-les. Y te mueves con más gracia que yo, mal que me pese. Faith y su prima, lady Amanda, estarán allí, y por esa razón acudiremos a casa de los marqueses de no-sé-qué.

—Amanda —repetió, por el placer de decir el nombre, aun por casualidad.

—Sí, la prima tonta de la que te hablé —le confirmó—, lady Amanda Etherington, la hija del

conde de Sandsbrooke.

Sin saber cómo, Dan se encontró cogido del cuello, levantado un palmo del suelo y contra la pared.

—La dama no es ninguna boba —siseó Henry.

Y lo dejó caer para darle la espalda, tratando de asumir la información que acababa de escuchar. *¿Su Amanda era esa Amanda?*

Daniel se colocó el pañuelo antes de responder, enfadado.

—¿Qué mosca te ha picado, Harry?

No le respondió. *¿Cómo podía ser?*

Así que pretendían casarlo con la prima de Amanda, ¡maldita fuera su suerte! La noche siguiente cenaría en su casa y ella estaría presente en aquel maldito desaguisado. «Asuntos de familia», le había dicho que se iba a Londres por asuntos de familia.

También le había hablado de alguien lejano a quien casar con un burgués acaudalado. ¡Si incluso había bromeado con atracar un banco!

—No pienso salir esta noche.

—¡Tienes que venir! —se exasperó el otro. Sabía que al mayor no le gustaban las aglomeraciones sociales, pero era importante que hablaran sobre lo que ocurriría al día siguiente —. Lady Amanda ha organizado un plan brillante para...

—¿No decías que era tonta? —espetó con rencor.

—Yo nunca... Un momento. —Daniel relacionaba muy rápido, era su mejor don, y no solo caras y nombre, como dijera una vez—. La joven proviene de una escuela para señoritas en el este, a algo más de tres horas a caballo. Sería demasiada casualidad que estudiara en Minstrel Valley... Harry, ¿no será la dama de la que *no* me has hablado?

—Es —sentenció, sin querer añadir más.

—¡La madre que nos parió!

Se quedaron callados un rato. El rubio sirvió un par de *brandys* y se los bebieron en silencio, perdidos en sus propias reflexiones.

—Así que —volvió a la carga Dan— padre eligió a Faith pensando que podría ser un gran activo por las relaciones con el conde, en lugar de elegir directamente a la hija de Sandsbrooke. ¿Por qué?

—Lord Trevor Etherington no daría a su hija a nadie que no la mereciera y sin el consentimiento de la joven.

—¿Y tienes tú su consentimiento?

—¿Crees que le insinuaría algo teniendo una especie de prometida?

—Si sabe quién eres... ¿No sabe quién eres?

—No.

—¡Madre mía, Harry!

—No metas a madre en esto, es la segunda vez que juras en su nombre.

—Cierto, y me disculpo, pero ¿tú sabes en el lío que puedes meterte? Deberías ir ahora mismo a buscarla y explicárselo.

—¿Explicarle qué? Acabo de enterarme, no hubo mala fe.

—Tal vez, pero tampoco le confesaste quién eras en aquel pueblucho. ¿Por qué no lo hiciste, por cierto?

—Porque entonces, allí, no era relevante.

¿Por qué demonios no se lo habría dicho?, se preguntó. Porque, como había respondido, no había parecido significativo. En Minstrel Valley solo eran Henry y Amanda, y nada más parecía importar.

—Bueno, esta noche podrás contarle...

—No acudiré.

—Pero...

—No.

Y no había más que hablar.

Aun así, Dan dejó la invitación en la repisa de la chimenea.

Detestaba los bailes, y a pesar de todo allí estaba, ataviada de gala con un vestido fucsia del año anterior al que habían añadido un par de lazos y unos pendientes de ónices y brillantes de su abuela. Lo único que la animaba era que conocería a los hermanos Northrope. Sentía más curiosidad por el mayor que por el que se había ganado los afectos de su prima, si era sincera consigo misma. Había algo admirable en toda la actitud de aquel hombre: haberse marchado de casa, aunque fuera por un tiempo, y renunciado a la nobleza por matrimonio y a la riqueza de su familia, cuando podría haber aceptado los planes de su padre y tener amantes después; la lealtad hacia su hermano, mas sin entrometerse, y sacarle las castañas del fuego... no sabía por qué, pero en cierto modo le recordaba a *su* Henry.

No obstante, ni tan siquiera pensar en él le hizo sentirse mejor cuando pisaron el suelo de mármol de la mansión de los anfitriones. Se deleznaba porque no podía evitar la noche que iba a brindarse a sí misma.

Su prima la tomó de la mano y la dirigió a los jardines, aliviando por el momento lo que estaba por llegar. Allí los esperaba un joven rubio, de ojos azules y sonrisa encantadora. No le sorprendió que Faith se sintiera conquistada por alguien así: era un hombre muy guapo y se veía a la legua que estaba encantado de verla.

Se saludaron con un cariñoso apretón de manos y se hicieron las presentaciones.

—¿No ha ve-venido vuestro hermano? —quiso saber ella.

La lengua se le volvió gruesa, como si no le cupiera en la boca. Aunque Daniel Northrope no esperara nada de ella y ambos supieran cuál era su posición en la relación que iban a mantener, no

dejaba de ser muy apuesto y la asaltó su habitual timidez.

—Me temo que no le ha sido posible.

Dan no quería mentir y prefería no dar más explicaciones.

—Una lás-lástima.

—Pero seguro que podrás contarle lo que sea que decidamos —dijo la hija del barón, convencida.

Le gustó la actitud de ambos, como si juntos fueran capaces de cualquier proeza. Esperaba que no tuvieran en mente ningún plan alocado si las cosas no salían como esperaban, algo tan ridículo como huir a Escocia.

—Desde luego, Harry colaborará encantado con nosotros. Está tan interesado en que nuestro compromiso salga adelante como nosotros mismos.

—¿Com-compromiso? —Miró a su prima, recuperando el habla—. No me hablaste de ningún compromiso. Faith, quizá os habéis precipitado. Si tu padre no cede, o el padre del señor Northrope, tal vez...

—Hay cosas que no pueden deshacerse, Amanda.

Daniel tosió, abochornado.

No era tan inocente como para no entender a lo que se estaba refiriendo y no era al compromiso. Aquellos dos habían rebasado los límites y su padre no tendría más remedio que permitir la boda si se enteraba. Incluso el padre de él, si era un hombre de honor, se abstendría de oponerse.

Pensó en su casto beso y se sintió protegida, respetada. Quizá haber estado a solas con él no hubiera sido prudente, pero no era nada definitivo, y su padre había accedido a un cortejo sin necesidad de forzarlo.

Ella era afortunada por tener un padre comprensivo, no como su prima, pero correspondía a esa benevolencia con sensatez y lealtad.

—Esperemos no tener que llegar tan lejos.

Pasaron a planear cómo actuar al día siguiente, sentando como base hacer de la cuestión un asunto de caballeros.

Después acudieron a la zona de baile a disfrutar, como se esperaba de ellos, aunque la realidad es que para ella fue un sufrimiento.

Finalmente Henry sí acudió a la fiesta, pero sin que su hermano lo supiera e intentando no dejarse ver. Quería verla en su mundo, quería saber más de ella.

En algún momento le había dado a entender que no se sentía cómoda en sociedad, y los comentarios de Dan sobre su supuesta falta de inteligencia le habían intrigado.

Así que fue a aquel baile y se pasó el tiempo que estuvo allí observándola. Le resultó una

velada de contrastes.

La encontró más hermosa que nunca. Sabía que, para él, era preciosa, pero esa noche entendió por qué los romanos raptaron a las Sabinas. Se la hubiera llevado de aquel salón, atada y amordazada si hubiera sido necesario, y la hubiera tenido en su casa sin más tarea que la que ella deseara, para siempre.

Pero también la vio sufrir. Evitaba bailar y, cuando lo hacía, se mostraba torpe. Estaba convencido de que no lo era aunque no hubiera tenido el placer de danzar con ella, la había visto moverse con gracia y sabía que era una buena amazona. Una mujer así no podía ser tan obtusa. Lo mismo le ocurría al hablar: tartamudeaba y se sonrojaba, según pudo apreciar desde la distancia, tan atento estuvo. Recordó que la noche en que se conocieron, al comenzar a hablar, detectó ese mismo problema en su voz, pero que apenas duró unos minutos, así que lo asoció a los nervios. También le ocurrió, cayó entonces, cuando llegó a devolverle el paraguas antes de la hora esperada, a pesar de no haber estipulado ningún momento en concreto.

¿Serían pues los nervios los que la atenazaban y la hacían parecer socialmente inepta?

Deseó, ahora sí, secuestrarla y sacarla de allí para aliviar su angustia. Y se prometió que, cuando fuera suya, le evitaría aquellos circos si no los deseaba. Se prometió que Amanda sería libre.

Capítulo 12

Cuando, veinte minutos antes de la hora de la cena, los Northrope se reunieron en el *hall* de su domicilio para esperar el carruaje que los llevaría a la residencia de los condes de Sandsbrooke, el ambiente era tenso. Solo se pronunciaron los elogios precisos a Eleanor, que se vistió con esmero aunque eligió joyas discretas.

En el coche, la situación se volvió irrespirable. Nadie quiso arrancar una conversación fútil que podía sembrar la semilla de la discordia, pero el enfado era palpable en la rigidez de la postura de todos ellos. Los hombres casi saltaron a la acera cuando el lacayo abrió la puerta, una vez detenidos frente a la mansión de los Etherington.

Henry llevaba todo el día convenciéndose de que no avisar a Amanda de que acudiría esa noche a su residencia era lo más conveniente. No podía presentarse en la casa antes de lo previsto, si su padre sabía quién era pensarían lo peor de él. Ni podía, tampoco, hablarle por carta: había cosas que un hombre debía explicar de frente; y él tenía mucho que decir.

Aun así, había paseado por la zona durante más de una hora con la esperanza de verla salir a la calle, pero no había habido suerte.

Así que no estaba seguro de a qué se enfrentaba. Nunca la había visto enfadada, pero algo le decía que lady Amanda Etherington debía de tener una determinación de hierro.

El mayordomo les abrió la puerta y los llevó a una salita donde los esperaba ya la anfitriona, lady Grace. Era una mujer hermosa, pequeña, morena como Amanda y con la misma complexión facial, pero con los ojos grises. Debía de parecerse más al conde, supuso. Se disculpó la dama por su esposo y su hija, que todavía tardarían unos minutos, y les presentó al barón de Lambert y a lady Faith.

Se hizo el silencio cuando ellos se saludaron, como si alguien esperara que se obrara algún tipo de acción divina y los jóvenes cayeran prendados el uno del otro en ese mismo instante.

—Es un placer conocerla al fin, milady —la saludó Henry, tomándole la mano.

—Lo mismo digo, señor Northrope —respondió la muchacha con una sonrisa sincera.

Era hermosa, no pudo negarlo. Entendió que a Dan le gustara tanto, pequeña y dulce como parecía. Cuando ella saludó al otro, su tez se cubrió de un rubor adorable que le recordó a Amanda cada vez que se habían encontrado en Minstrel Valley.

Comenzó a ponerse nervioso. ¿Dónde estaría? ¿Habría descubierto quién era él en realidad y se

negaría a cenar con ellos?

Acabadas las presentaciones callaron por un momento, incómodos. Lady Grace estaba ofreciendo unos licores cuando se abrió la puerta y aparecieron padre e hija, del brazo, mirándose sonrientes.

—Ah, aquí estáis, queridos. Permitidme presentaros a nuestros invitados, los Northrope.

Podría indicar el momento exacto en que lo vio. Fue solo un instante, su rostro demudó al punto, lo que le pareció admirable, pero leyó en sus ojos la confusión antes de volverse a su madre para esperar a ser presentada...

¿Henry Northrope? ¿El señor Brown era Henry Northrope? Por un momento se colapsó y no pudo pensar. ¿Qué significaba todo aquello?

Lo primero que le vino a la mente, cuando volvió esta a funcionar, fue que se había reído de ella. Tal vez había querido saber de la prima tonta y... Pero, se dijo, aquello era darse demasiada importancia, y no la tenía. El dolor le traspasó el pecho.

—¿Vamos al comedor? —los invitó su padre.

Despejándose la cabeza, se centró en el presente. Faith la miraba, suplicante, viendo que durante un par de minutos se había ausentado del entorno. Asintió y tomó a Henry por el brazo, como debía siendo él el primogénito y ella la hija de los anfitriones, acompañándolo hasta el enorme salón. Él la llamó en voz baja mas lo ignoró. Con la vista al frente, estuvo atenta a que todos se dirigieran a las sillas adecuadas, pues en caso contrario sería ella quien se cambiara de lugar.

Afortunadamente, no fue necesario.

Para su desgracia, cenaría a su lado, con los otros dos jóvenes enfrente.

Dejó que su madre llevara la conversación de manera relajada mientras los lacayos servían el vino, concentrándose un poco más.

Sabía por su prima que el mayor de los hermanos Northrope había huido al campo para evitar casarse, y que el señor Brown estaba en el campo intentando tomar una decisión sobre su futuro. En eso coincidían. Pero ¿por qué no le dijo la verdad?

La sensación de que había estado jugando con una joven dama durante su retiro para evitar el aburrimiento mientras dilucidaba qué hacer fue mayor. Por eso no había querido besarla, para no comprometerla... Al menos era un caballero.

«O para no comprometerse», dijo una voz cruel dentro de sí, zahiriéndola.

—¿Prima Amanda?

—¿Disculpa? —respondió, sabiendo que debía dejar para más tarde sus reflexiones, que era mucho lo que había en juego esa noche.

—Te decía que siempre me encantó esta casa. Tiene el tamaño perfecto, está ubicada en un

lugar magnífico y llena de antigüedades y recuerdos familiares.

Era cierto, era un hogar hecho a través de los años; y el comentario de Faith, una buena manera de espolear a su padre. Habían acordado que ellas no se interpondrían, aquel era un asunto de caballeros, pero no se sentía calmada, de hecho había una cierta impaciencia en ella. Confiaba en no precipitarse, pero si se presentaba una buena ocasión...

—Y con la ayuda del señor Northrope brilla de nuevo.

—El señor Northrope ha sido muy generoso en su ofrecimiento de...

—Un ofrecimiento que nunca debimos aceptar —refunfuñó por lo bajo el conde, interrumpiendo el agradecimiento de su esposa.

Amanda agachó la cabeza para esconder su sonrisa. Si quería enfadar a su madre y que su padre se mostrara rudo con el banquero, ese era el modo.

—¡Trevor! —se quejó, incómoda, la condesa.

Este miró hacia otro lado.

—No pensé que mi ayuda sería mal recibida —confesó el señor Northrope sin ambages.

—¿Qué esperabas —apostilló la esposa de este— si dijiste unos arreglos florales y te metes en la casa de un caballero a hacer lo que él no ha considerado oportuno?

A Eleanor le había parecido un agravio arreglar una mansión ajena. Entendía que podían ofender a alguien de una economía inferior y que, del mismo modo que la condesa estaba encantada, quizá su marido podía sentirse insultado.

El barón de Lambert carraspeó, incómodo, mirando a su hija para que interviniera.

—Me encanta el cuadro del bisabuelo en la escalera. También era tu abuelo, ¿no es así, padre? —le preguntó ella, intentando salvar el momento.

—Así es, querida.

Pero los comensales ya se sentían irritados los unos con los otros, lo que era bueno para los propósitos de los más jóvenes.

Cuando acabaron la sopa y comenzó el pescado ya no quedaba nada educado de lo que hablar, así que Harry aprovechó para expresar su admiración por el conde y sus éxitos en el Gobierno. Aquello, aunque en absoluto formal, despertó el entusiasmo de lord Trevor, una advertencia en Eleanor, una sonrisa astuta en Dan hacia su padre y una sonrisa involuntaria en Amanda.

El pescado y la carne fueron una discusión sobre economía, industria, agricultura y ganadería. En más de una ocasión lady Grace carraspeó y miró significativamente a las damas, pero al parecer la señora Northrope, aunque no participara, estaba encantada con la conversación, sabía la condesa que su hija también lo estaba, y a su sobrina no parecía importarle el tema del que se hablara, pues estaba enfrascada en una conversación con su acompañante, el hermano de su futuro prometido.

—Lo que más me enorgullece de mi primo —dijo el barón— es su lucha contra el esclavismo. Hombres como él hacen grande al Reino Unido.

—Nadie, hombre o mujer, debería ser vendido —dijo Amanda sin levantar la vista del plato,

aprovechando de nuevo la ocasión, cada vez más tensa con Henry a su lado hablando como si tal cosa.

—Desde luego que no, sobrina —corroboró su tío.

—Ni en un mercado de esclavos, ni en un altar —replicó, en voz más baja.

El silencio que siguió a sus palabras fue sepulcral.

—Amanda, creí que sabías más de diplomacia —la regañó su padre, muy enfadado.

—Y yo que nunca hablaba en público —siseó su madre, también iracunda.

—Si me disculpan —se puso en pie, haciendo levantar a todos los hombres de la mesa—, creo que me retiraré a la biblioteca.

Y salió del salón con tirantez. Estaba demasiado enfadada para tropezar siquiera.

Cuando la puerta se cerró siguieron en silencio un poco más, antes de que el conde aprovechara la situación para comentar:

—Desafortunado el comentario o no, no es menos cierto, Lambert.

Este pensó detenidamente sus siguientes palabras.

—Mi hija no es una vestal, Sandsbrooke, puede negarse.

—¿Puede? —preguntó Dan.

—Creo que Faith debería marcharse —apuntó lady Grace.

—Y yo creo que si es la más perjudicada en este asunto, debería tener algo que decir —la contradujo Eleanor, animando a la joven a hablar.

La anfitriona se debatía entre la buena educación y el enfado.

—El barón y yo hemos estado discutiendo durante semanas... —atajó el señor Northrope, no queriendo perder su posición.

—El barón y tú no sois nuestros propietarios —lo interrumpió su hijo menor—. Como lady Amanda ha señalado, padre, el esclavismo fue abolido hace siglos en Inglaterra.

El rostro del señor Northrope se tornó púrpura.

—¿No sería posible solucionar esto si me casara con Dan? —preguntó con voz apenas audible la joven.

Pero la escucharon; la escucharon y hubo unos segundos de silencio antes de que estallaran los comentarios.

—¡Mi hija no se casará con un segundón!

—¡Faith, amor mío, era yo quien debía pedírtelo!

—¡Mi hijo Daniel no es ningún segundón! ¿Cómo se atreve?

—Si te casas con ella no heredarás nada.

—Henry, el banco no es tuyo, es una sociedad de capital...

Con tranquilidad Harry se levantó, se disculpó con los presentes aunque dudaba de que le estuvieran escuchando, salió de la estancia cruzando una mirada con la anfitriona, que parecía superada por la situación, y una vez fuera preguntó a uno de los criados por la biblioteca.

Lo que ocurriera allí dentro ya no era cuestión suya. Su prioridad ahora era Amanda.

Llamó a la puerta y entró, aun sabiendo que no estaba invitado, sintiéndose culpable cuando la escuchó:

—Pasa, padre.

Estaba sentada en el alféizar de la ventana, y la luna, casi llena, la iluminaba. Tenía las piernas flexionadas y se le veían los tobillos, apreció. Estaba descalza y un libro reposaba a su lado, uno bastante grueso, abierto, que no leía.

—No soy lord Trevor.

Ella se volvió, veloz, a mirarlo. Sus ojos le lanzaban dagas coléricas.

—Si vienes a dar explicaciones, ¿no crees que llegan un poco tarde, *señor Brown*?

Estaba tan furiosa que lo tuteó, como hacía en su mente cuando nadie podía escucharla. Él no desaprovechó la ocasión para tomarse la misma licencia.

—Tal vez, pero quería explicarte por qué he venido.

—Preferiría saber a qué fuiste a Minstrel Valley.

—Te lo dije: a tomar una decisión trascendental.

—También me dijiste que te llamabas señor Brown y que eras secretario de un abogado difunto —le replicó con rencor.

Seguían en el mismo lugar: ella, sentada, mirándolo; él en la puerta.

—¿Puedo entrar?

La vio encogerse de hombros y él hizo lo mismo. Aprovechando que no era una negativa cerró la puerta y...

—Déjala entornada, no quiero que se precipite nada por un error. —Su voz fue muy seca. Lo dijo sin mirarlo, sus ojos fijos más allá de la ventana.

—Lo lamento.

Ella no supo si se refería al hecho de haber querido cerrar o a las mentiras. No preguntó, continuó callada, mirando el firmamento.

Harry no tardó en darse cuenta de que no se lo pondría fácil.

—He pasado un tiempo esta mañana delante de tu casa, esperando a ver si salías.

—Pudiste llamar. Thadeus —se refería al mayordomo— es muy eficiente.

—Tal vez, pero no quería que me vieran en tu casa antes de esta noche.

¿Y después?, quiso preguntarle, pero se abstuvo.

—¿Cuándo llegaste a la ciudad? —lo acusó.

Sabía que la noche anterior había estado ya en Londres.

—Anoche fui al baile —le confirmó, más allá de sus sospechas, incluso.

La dejó sin palabras. Eso significaba que pudo hablar con ella... tanto como que pudo haberla visto relacionarse en sociedad.

Volvió a ignorarlo.

—¿No vas a preguntarme? —le insistió él.

—Cuéntame lo que quieras: es lo que has estado haciendo desde que me conociste.

Se pasó los dedos por el pelo, aquello iba a ser peor de lo que esperaba. Se acercó hasta donde estaba sentada, con tiento, y le tendió la mano, como hiciera aquella noche dos semanas atrás, en el cobertizo.

—Me llamo Henry Northrope, aunque preferiría que me llamaras Harry.

Y como ocurriera aquella vez, tampoco se la estrechó.

—¿Y eres un humorista, señor Northrope? ¿O debería decir un farsante?

—Amanda, por favor. —Algo en su tono consiguió que su mirada se suavizara—. Acudí a Minstrel Valley porque no quería esto, lo de esta noche. Y acudí de manera anónima para poder pensar no solo en mi futuro como hombre, sino también en el del banco, en futuras inversiones y...

—¿Y? —preguntó ella al ver que callaba.

—Este matrimonio no es un capricho de mi padre. Nuestra empresa necesita expandirse y él cree que debe hacerlo hacia la nobleza. Mi hermano y yo... No te aburriré con detalles...

—¿Qué te hace pensar que me aburres? —se enfadó—. ¿O es que temes que cuente lo que no debo? ¿Es por eso por lo que no me contaste nada? ¿Porque no confías en mí? Desde luego, una dama de clase alta venida a menos cuya madre desea casarla bien... ¡Si incluso te dije que quería atracar un banco! —Se sonrojó al recordarlo, sintiendo que incluso las orejas le ardían—. Debes de haberte divertido mucho a mi costa, ¿no, *señor Brown*?

Humillada, quiso bajar de la bancada, pero él se lo impidió, tomándola de los hombros.

—Política, Amanda. He estado pensando en política. —Eso la detuvo—. Creo que sería una buena opción. Dan y yo pensamos que tener influencias en la Cámara Baja sería una buena iniciativa, y fui a Minstrel Valley a pensar en quién podría ser el candidato perfecto mientras él prepara estrategias de inversión en el extranjero; planes de negocios que no supongan un matrimonio forzoso para ninguno de los dos. Pero mientras tanto resultó que él ya conocía a la dama elegida y le gustaba, y yo, en mi huida, te conocí a ti. —Su voz se había suavizado hasta tornarse acariciante al referirse a ella, insinuándole que, como el otro, también había encontrado lo que buscaba.

Quería creerle, su cabeza sabía que todo había sido un cúmulo de casualidades y podía entender que se hallaran en aquel punto, y su corazón quería aceptar que lo que habían vivido en el cobertizo había sido real. Pero la experiencia le gritaba que su realidad era fea, no un cuento de hadas.

—¿Por qué no me besaste?

Detrás de aquella pregunta había mucha fragilidad, se dio cuenta Harry. Así que se acercó más a ella y le habló con mimo.

—Porque no tenía derecho. No mientras no solucionara el tema de lady Faith.

Demasiado perfecto, le dijo a Amanda su mente. Era todo tan correcto que dolía.

—También era conveniente —le susurró—. No te comprometía a nada. Fuiste al campo a librarte de una dama y coqueteaste con otra un tiempo. Voy a creerte —lo apartó con un gesto— cuando dices que no lograste relacionar quién era, a pesar de que te expliqué la situación de mi

prima...

—Pero...

—Ya te he dicho que te concedo el beneficio de la duda, Henry. Pero pudiste confiar en mí y elegiste no hacerlo. Yo me expuse: acudí al cobertizo de noche; te dije la verdad sobre mi situación; te hablé de mi pasión por la política, lo que en una dama es inconcebible... ¡incluso te besé! —De nuevo sintió como todo su rostro ardía—. Tú no corriste ningún riesgo. Tal vez porque no tenías nada que ganar ni nada que perder.

Para su horror, se dio cuenta de que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Amanda...

—Márchate. Márchate, por favor.

En ese momento se abrió la puerta.

—Mandy, hija, lo que has hecho esta noche...

La entrada de su padre la hizo ponerse en pie, sintiéndose culpable. Aprovechó el acto reflejo para salir huyendo.

El conde y Harry la vieron salir. No hizo ademán de seguirla, aunque dudaba de que el caballero se lo hubiera permitido. Ambos se miraron durante unos segundos interminables antes de que fuera él quien se presentara. Se presentara *de verdad*.

—Milord, pensaba venir mañana por la mañana a hablar con usted sobre su hija.

Lord Trevor no sabía lo que acababa de ocurrir allí dentro, como no entendía muy bien el papel de aquel hombre en el drama que se había desarrollado en el comedor, pero sí tenía claro que su hija no sustituiría a su sobrina.

—Olvídela, señor Northrope, Amanda tiene un entendimiento con un hombre en Minstrel Valley, un hombre que quizá carezca de su riqueza pero que es recto, si ha sido capaz de llamar su atención. Y confío en que, como caballero, mis palabras no salgan de esta sala. Así que tendrá que buscarse a otra hija de aristócrata a la que comprar. ¿He sido claro?

Harry sonrió sin poder evitarlo.

—¿Alguien en Minstrel Valley? ¿No será un secretario con aspiraciones políticas, por casualidad?

—¿Cómo...? ¿Qué sabe usted...?

—Lord Trevor, por favor, permítame sentarme. Ahora sí, estoy convencido de que tenemos que hablar.

Capítulo 13

Las puertas de la biblioteca se abrieron de nuevo pasadas las once y media de la noche. Su hermano seguía en esa misma mansión, con el barón de Lambert, pero en el comedor. El resto de los invitados se había marchado ya. Sus padres habían acompañado a lady Faith a su casa y lady Grace se había excusado con una jaqueca. Amanda se había despedido ya durante la cena.

Coincidió con Dan en la salida. Se sorprendieron unos y otros al encontrarse en el *hall*, los nobles decidieron tomarse una copa en el estudio del conde, los hermanos declinaron la invitación y salieron a la calle tras recoger sus abrigo, guantes y sombreros de copa.

Comenzaron a caminar hacia Golden Square a paso tranquilo.

—Vaya una novecita. Será digna de recordar durante años, ¿no te parece? —dijo el menor de los Northrope.

—¿Cómo ha sido el último acto? Por tu cara veo que has logrado convencerlos. ¿O debería decir que ha sido ella? ¡Dios, Daniel, te ha pedido matrimonio! —se burló.

—Sabes a la perfección que ya estábamos prometidos, así que técnicamente eso no es cierto.

—¿Padre lo ha aceptado?

—Padre se ha resignado. Madre, en cambio, está exultante: le gusta Faith.

—No me sorprende, es una joven encantadora. ¿Qué hay de su padre?

—Si el nuestro cumple el contrato prenupcial se dará por satisfecho. Y ¿sabes qué? Creo que si no fuera el caso también lo haría.

—¿Crees que le gustas? —preguntó, jocosamente.

—Al parecer sí.

—Entiendo, entonces, que no estás desheredado.

Hubo risas, Henry Northrope padre recurría a la desheredación con frecuencia.

—Padre está enfadado, que no te quepa la menor duda. Pero confío en que tu noviazgo lo aplaque. ¿Cómo está lady Amanda?

—Enfadada.

—No me sorprende, como no me sorprende que te guste tanto la dama. —Le devolvió el cumplido con sinceridad—. ¿Le has explicado...? En verdad no hay mucho que explicar. ¿Te ha dejado explicarte?

—Sí —respondió, conciso.

—Eso dice mucho a su favor. ¿Y?

—Y nada —reconoció, frustrado.

—Eso dice todavía más —se rio Dan.

—¿Te divierte?

—Harry, he visto cómo os mirabais, o más bien cómo te rehuía la mirada, la mirada y el contacto, y cómo parecía que hubiera fuegos artificiales entre vosotros. No dudo que la conquistarás.

Su hermano no necesitaba saber según qué cosas.

—He pedido permiso a su padre para cortejarla.

—¿Te lo ha concedido?

—Después de una pequeña explicación, sí, a condición de que ella también me lo dé. — También había medio bromeado sobre unas partidas de ajedrez. Porque confiaba en que fuera una broma—. Volveré a Minstrel Valley y...

—¿Vas a volver a esperar para hablar con ella? ¿El mismo error que has cometido aquí? ¿Cómo puedes ser tan inteligente con los números y tan estúpido con las mujeres?

Se volvió a su hermano, agraviado, deseoso de darle un puñetazo en la mandíbula. Lo miró fijamente, amenazante, antes de contestar.

—Lo dice el que desapareció durante más de un año de la existencia de la que es, ahora, su prometida. Y porque padre la devolvió a tu vida.

Sonrieron ambos con sarcasmo.

—Tu compromiso lo va a hacer más feliz que el mío, eso siempre me consolará.

—Tal vez —dio media vuelta—, pero yo podré decir que me busqué mi propia esposa.

—Disculpa pero yo encontré a la mía hace un año. ¡Hey!, ¿se puede saber adónde vas?

—¡He olvidado un detalle!

Le dijo, regresando a casa de los Etherington.

No dejaba de mirar por las ventanas, preguntándose en qué dormitorio se encontraría Amanda. Estaba convencido de que debía de estar en una de las de la primera planta, pero ¿en cuál? Contaba cinco alcobas: hasta donde sabía, dos debían de pertenecer a los dueños, así que quedaban tres. Los más importantes serían las estancias condales, y los eliminó por el tamaño de las ventanas. Del resto uno tenía solo una ventana y de esta no pendían cortinas, imaginaba que aún no habría habido tiempo de colgarlas después de las reformas, así que solo había dos dormitorios a los que escalar.

Bien podía elegir el más lejano al de sus padres y, si fallaba, entrar y desde el corredor acudir al otro.

Dejó en el banco del jardín el sombrero, los guantes, el abrigo y la chaqueta, y tentado estuvo de

quitarse el chaleco también, pero reconoció que era cómodo y en poco le estorbaría. Miró la fachada y agradeció la forma de las piedras, talladas, que le facilitarían el trabajo.

¡Por el amor de Dios! Desde Harrow que no escalaba una fachada, cuando había escapado en infinidad de ocasiones con Dan para ir a pescar. En Cambridge, si había salido sin permiso con compañeros, habían sobornado al conserje, que los esquilaba a cambio de sus celebraciones nocturnas de los sábados.

Colocó las manos y los pies e inició el trayecto, agradecido de no haber bebido durante la cena y de que la casa solo tuviera cuatro plantas, siendo la de los señores la primera. Y también que la luna se hubiera aliado con él: estaba llena.

Cuando alcanzó la ventana le alivió el ancho alféizar. Se apoyó en él y se asomó: el fuego seguía encendido y también varios candelabros, que iluminaban una enorme cama de doseles. Sentada en ella, Amanda leía.

Golpeó con suavidad el cristal, asustándola. Ella alzó la cabeza y Harry creyó leer la incredulidad en sus ojos. Se quedó quieta un momento, dubitativa, antes de levantarse de la cama e ir hasta él.

Casi se cae al suelo, lo que hubiera sido dañino para su persona pues era una altura considerable, al verla salir de debajo de las sábanas en camisón. De pronto todo aquel asunto ya no le parecía tan buena idea.

Pero lo alcanzó antes de que pudiera arrepentirse, abriendo los ventanales de par en par para increparle.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que te has vuelto loco? —le susurró.

—Hay algo que no podía decirte antes. Y es casi medianoche, hora de nuestras citas.

Amanda lo miró incrédula.

—¿Entiendes que si te empujo...?

Alarmado, la hizo a un lado y saltó dentro del dormitorio, evitándole tentaciones a ella y prometiéndose mantener las suyas a raya.

—Ponte cómodo —le dijo, irónica.

—¿En serio? —le contestó, divertido.

—No, claro que no. ¿Qué quieres?

No le diría que había hablado con su padre y que sabía de su conversación. Y le había pedido a Sandsbrooke que tampoco él se lo dijera: que mantuviera ella su dignidad íntegra. Solo esperaba que no le hiciera suplicar.

Aunque esa no era la noche ni había ido por eso.

—Ya te lo he dicho, he venido a decirte algo que no podía decirte antes. Y en todo caso antes quiero aclarar dos cosas. ¿Puedo?

Se encogió de hombros.

—Ya que te has tomado tantas molestias...

—No sabía que tuvieras mal genio.

—No sabía que pudieran enfadarme tanto.

Asintió. No, no era el día para declararle nada.

—Quería decirte que tienes razón, que tú fuiste muy valiente y yo un cobarde.

¡Vaya!, pensó Amanda, menos mal que estaba ya al lado de la cama porque cayó sentada en ella. Un hombre reconociendo su falta de valor era algo inaudito.

—En efecto —siguió Harry—, tú corriste todos los riesgos, confiaste en mí e hiciste que nuestra relación funcionara. Si de mí hubiera dependido, no tendríamos nada.

«Nuestra relación», repitió, todavía pasmada. Llevaba desde que subiera intentando analizar los posibles sentimientos de él y convenciéndose de que lo mejor era regresar a la escuela y olvidar, y ahora él volvía a hacerla dudar de todo.

—Henry, por favor, vete —le pidió, dolida.

—He venido también a dejar clara mi postura sobre el beso —la interrumpió.

No quería ceder, no quería transigir y marcharse a pesar de la angustia que se filtraba en su voz. Esperó a que se calmara, a que le diera permiso.

—Sigue, pues —le dijo al fin.

—Quería besarte. Quise besarte la primera noche, cuando estabas en el cobertizo y descubrí tu boca. Está hecha para el pecado, Amanda, y yo caminaría hasta el infierno beso a beso por ella. Y te besé en la comisura de los labios aquella segunda noche, cuando te declaré mi locura. Fue tu inocencia la que te salvó de mi lujuria. —Su voz se iba agravando conforme recordaba. Se puso en pie y se acercó a la cama, agachándose, poniendo ambas cabezas a la misma altura—. Y cuando me besaste tú borraste todas las caricias anteriores de mis labios. No exageré: habrá más, pero ninguno como aquel. Si no respondí fue porque un beso no hubiera sido suficiente y merecías más que un par de cuerpos enredados en medio del campo —sintió su sonrojo—... recibidos de un hombre que no se sentía libre.

Los recuerdos de esa noche regresaron y sus ojos negros se tornaron tristes.

En ese momento las campanas de una iglesia cercana dieron las doce, ambos las escucharon y fueron conscientes de cuán tarde era.

—Deberías marcharte —le pidió de nuevo.

—Esto es lo que no podía decirte hasta ahora: feliz San Valentín, mi amor.

Y sin acariciar sus cabellos, sin rodear sus mejillas con las manos, acercó su cabeza sin cerrar los ojos para ver cómo los de ella se entornaban poco a poco, y la besó.

Fue una caricia delicada, hecha para tentar, suave, de labios contra labios. La rozó infinidad de veces, sin prisa, hasta que fue ella quien alzó los brazos y buscó su cuerpo. Solo entonces ladeó la cabeza y abrió apenas la boca, buscando dotar al beso de intimidad. Y entendió, sus instintos respondieron por ella y también lo acarició con los labios mientras sus manos le exploraban los hombros y el cuello, con cautela al principio, con curiosidad después. Cuando la supo perdida en la caricia se atrevió a rozarla con la punta de la lengua y, para su deleite, la escuchó gemir. Repitió en un par de ocasiones y a la tercera la de la joven salió en su busca. Para su vergüenza,

cual inexperto, fue él quien suspiró esa vez.

Poco después la tomó en brazos, se sentó en la cama con ella y profundizó el beso en una caricia llena que los extasió a ambos. La joven perdió el control y sus manos comenzaron a vagar, errantes, por su espalda y su torso, tirando de su ropa, queriendo sentirle, conociendo ya el calor del tacto de su piel.

Experto, bajó los labios por su cuello y sus clavículas antes de subir de nuevo y asaltar su boca, pero no contó con que Amanda era tan curiosa como autodidacta, y que repetiría su caricia, recorriendo también ella el cuello masculino.

Por un momento Henry se dejó llevar y deslizó los dedos por sus costillas con lentitud, haciendo que se estirara, deseando más. Cuando acunó sus senos ella se tensó un momento y abrió los ojos. Se miraron, él interrogante, ella dubitativa. Bajó sus ojos negros hasta donde posaban las grandes manos y los jóvenes pezones se marcaban, endurecidos, a través de la tela.

—Eres preciosa —le susurró, pero se apartó y volvió a sus labios.

Lo último que deseaba era asustarla.

Estuvieron besándose durante minutos, u horas, antes de que fuera ella quien le tomara las manos y las devolviera de nuevo a sus pechos. Henry se perdió en su tamaño y textura, los agasajó con dulzura y creyó perder la razón cuando la escuchó gemir de placer y, por instinto, se sentó a horcajadas sobre él, tan excitada estaba.

Esta vez fue él quien se retiró, poco a poco, besándola cada vez con más cariño y menos lujuria para mantenerla después abrazada a sí, sin más, asegurándose de que los anhelos de ella se habían calmado hasta apagarse.

Los suyos seguían rugiendo.

—Preciosa —le repitió.

La separó de su cuerpo y la metió en la cama. Ella se dejó hacer. Henry supo que se quedaría dormida al instante mientras que para él sería una noche larga.

—Para que no quepan dudas: me encantaría quedarme, pero me parecería una falta de respeto aquí, en tu casa. —La besó en la frente, si probaba sus labios de nuevo no se iría—. Dulces sueños, Selene.

—Buenas noches.

Capítulo 14

A la mañana siguiente se despertó tarde y con la sensación de que debía de ser mediodía, aunque el reloj de pared marcara las diez y media. Los recuerdos de la noche anterior la despejaron: la cena, la charla en la biblioteca y los besos cuando él regresó, más tarde, colándose por su ventana. ¡Oh, qué besos! Ahora entendía por qué sus compañeras se escapaban con sus enamorados para pasar algún tiempo a solas.

Sin poder aguantar más la sonrisa, se tapó con la sábana y rio, feliz. Enamorada.

—¿Lady Amanda, estáis despierta?

¡Qué mala suerte!, ¿la habría escuchado la doncella?

—Sí, Clare, adelante. —Se olvidó de ensoñaciones.

Desayunaría abajo, como correspondía a una dama soltera. Al parecer, no hacía demasiado que su madre se había levantado y se estaba vistiendo. Con suerte se enteraría de cómo había acabado la noche antes de acudir de visita a casa de su prima. Iría preparada para colmarla de felicitaciones o para perseverar.

Le costó no saltar los escalones de dos en dos, tantas ganas tenía de llegar a la sala de los refrigerios.

—Buenos días, hija.

—Madre —la saludó al entrar.

Si esta estaba enfadada con ella por su actuación intrusiva, no parecía que fuera a descargar su furia por el momento. Al contrario, se la veía de buen humor. Optando por la prudencia, que fuera la condesa quien le contara lo que considerara, tomó un plato y se sirvió el desayuno, pidiendo a un lacayo té negro con leche y sin azúcar.

Se sentó en la mesa dispuesta a comer sin preguntar nada. Finalmente la otra sucumbió al silencio.

—A pesar de tu intento de boicot, podríamos decir que la cena de anoche fue todo un éxito, ¿no te parece?

Obvió el término «boicot» y se concentró en el éxito.

—No sé a qué te refieres puesto que no me quedé hasta el final. ¿Hubo compromiso, entonces?

—No el esperado, pero sí. ¿Sabías que entre los burgueses no solo hereda el primogénito?

No, Amanda no lo sabía.

—Al parecer el banco no es de los Northrope, en realidad. Es... no lo entiendo bien, está hecho a pedacitos de papel, aunque todos los documentos...

—Acciones.

—Exacto, sí, pero en ese banco todas las acciones pertenecen a la familia, por lo que pueden repartírselos como deseen, como si de una baraja de naipes se tratase —rio, divertida.

Era una manera muy simplista de entender el funcionamiento de la bolsa, pensó ella, pero le dio la razón.

—¿Entonces, Faith se casará con el señor Daniel Northrope? —tanteó.

—Así es. Al parecer se conocieron hace algún tiempo y se prometieron en secreto. Huelga decir que esto es solo para tus oídos, que no trascenderá.

—Desde luego, madre.

—Por lo tanto, el mayor de los hermanos, Harry, queda libre de nuevo.

No le gustó la insinuación en su voz. Tampoco que lo llamara así.

—Bueno, si el padre ya ha conseguido lo que quería, que es un matrimonio con la nobleza, el asunto debería quedar zanjado.

—Lo cierto es que el señor Northrope lo que desea es la influencia de nuestra familia y, según me explicó, cuando su hijo habló sobre política no fue por agasajar a tu padre: realmente está interesado en el Parlamento. —Y la miró, vanidosa.

—Vaya, parece que anoche tuvisteis mucho tiempo para hablar. ¿Es *tory* o *whig*?

—¡Amanda, no te hagas la tonta! Su hijo es, ahora más que nunca, el esposo que deberías tener.

—¿No escuchaste anoche? Los matrimonios no se conciertan.

Su madre exclamó un gritito.

—No te estoy imponiendo nada, te estoy empujando en la dirección adecuada, como doy por sentado que su padre haría lo mismo con él.

Entonces sí, sintió una coz en el estómago.

—¿Que su padre hizo qué?

—Ya me has oído, no me hagas...

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo *le dio el empujoncito*?

—¿Y qué se yo? ¿Anoche, en la cena, mientras todo se volvía del revés? ¿Esta mañana? ¡No tengo ni la menor idea! Pero ese joven no es tonto. ¿No viste cómo te miraba? Parecía el lobo feroz, y tú, su estofado.

El problema era que el cerebro de su hija había dejado de escuchar.

—Quizá le gusté —dijo en voz baja.

Lady Grace tuvo a bien no reírse, pero hizo algo peor: la miró con compasión.

—Quizá —le respondió, intentando tomarla de la mano.

La apartó de un tirón.

—Así pues, el señor Northrope y tú estuvisteis decidiendo que una unión entre nosotros... ¿Crees que padre lo aceptará, acaso? Quizá podamos preguntarle...

—Padre está en una reunión. Y no creas que le importas tanto, hará lo mejor para su partido, y tal vez una inyección de fondos...

—No lo hará si va en contra de su imagen, madre. Y me encargaría personalmente de hacer público, también, que los Northrope pretenden comprarme. La próxima vez que conspires contra mí, hazlo mejor —le espetó con rencor.

Su madre, impotente porque ella no apreciaba todo lo que se estaba esforzando por ella, le dio una bofetada.

Agraviada, Amanda lanzó la servilleta y subió a su dormitorio. Una hora más tarde, volvía a Minstrel Valley, horrorizada con toda la situación.

Esa tarde, cuando Harry fue a visitarla, le dijeron que milady no estaba. Convencido de que estaría visitando a su prima, regresó al día siguiente; entonces sí, el mayordomo, fue más específico:

—Lady Amanda regresó ayer a la Escuela para Señoritas de lady Acton, señor.

¿Sin una nota para él?, ¿sin despedirse? Confundido, acudió en busca de repuestas al padre de la joven. Tuvo que esperar a que este saliera de su club, al que él no tenía acceso, para interceptarlo. El conde lo hizo después de la cena. Cuando lo llamó, para su alivio, se dio cuenta de que se alegraba de verlo. Pasearon juntos hasta la casa.

—Creí que estaríais con mi hija en alguna pequeña reunión, señor Northrope.

—Vuestra hija ha regresado a Minstrel Valley, ¿no lo sabíais? No, ya veo por la sorpresa en vuestro gesto que tampoco os ha comunicado su decisión de marcharse.

—¿Tampoco? ¿No ha esperado a hablar con vos? Dichosa cabezota...

¡Qué idiota! No podía explicarle que la noche anterior regresó a escondidas y habían solucionado su discusión.

—Aman... *lady* Amanda y yo logramos superar nuestras diferencias. Sin embargo se marchó ayer por la tarde, se fue sin decir nada a nadie, por lo que colijo.

—¿Y por qué haría algo así? —le preguntó lord Trevor.

—Esperaba que fuera usted quien me lo dijera, milord.

Llegaron hasta la mansión, cercana, en silencio.

—Lo más que puedo hacer es invitaros a entrar. Quizá la condesa pueda arrojar algo de luz a esta situación.

—Os lo agradezco.

Encontraron a lady Grace en una de las salitas del piso inferior, cosiendo cerca de una lámpara de gas. Tras la sorpresa inicial, no esperaba invitados, expresó su desmedida alegría al

encontrarlos juntos. Iba a llamar a un lacayo para que sirviera algo de beber pero su esposo la atajó.

—¿Y la niña?

A Harry le resultó tierno que se refirieran a ella como a una niña.

—Se marchó ayer a Hertfordshire.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —protestó, sintiéndose atacada sin saber la razón—. Porque es donde quiere estar. ¿Crees que yo la invitaría a irse de Londres, Trevor?

Los hombres se miraron.

—No, es cierto. No comprendo...

—Es por el asunto del matrimonio, la tiene desconcertada.

—¿Qué matrimonio? Anoche...

—El de tu hija y... —se sonrojó y calló.

—¿Grace?

—Bueno, como le dije a ella, es deber de los padres dar un empujoncito en la dirección adecuada.

Harry se lo temió. También el conde, que atronó.

—¿A quién?

—Trevor, ¿no podríamos hablar esto a solas?

—¿A quién había que señalarle con quién casarse, Grace?

Se puso en pie haciendo un mohín, ellos no se habían sentado.

—A él —no tuvo el mal gusto de apuntarle con el dedo, pero era obvio que se refería a Harry—, ya que queréis saberlo. ¡Todos lo pensamos! Influencias sociales, políticas, ¿por qué conformarse con Faith si...?

—¡Suficiente!

—Pero...

Sandsbrooke respiró antes de hablar.

—Creo que el ama de llaves preguntaba por ti, querida. Deberías ir a ver qué necesita.

Tras un segundo de vacilación, la dama marchó hacia la puerta. Iba a salir cuando la voz del más joven la detuvo.

—¿Le hicisteis creer que mi padre me había pedido que la cortejara?

—¡Desde luego que no! Pero esa muchacha a veces es un poco obtusa y entiende lo peor de cada situación.

Y salió, cerrando de un golpe para dejar clara su postura.

—¡Maldita sea! No su esposa —se apresuró a aclarar—, sino toda esta concatenación de malentendidos. El martes por la noche tuve que hacer de Romeo para poder disculparme, y ahora...

—¿De Romeo? ¿Trepando balcones, queréis decir?

Se miraron, evaluándose.

—¿Deseáis saberlo todo? ¿O solo que me disculpé y me fui, y que vuestra hija continúa intacta?

—Con eso me basta. ¿Un *brandy*?

¿Quería un *brandy*? Quería irse a casa. No, lo que de verdad quería era verla, pero para eso tenía que regresar al pueblo. ¡Maldita fuera!

—Algo más suave, no he cenado todavía.

—Pediré que os traigan algo de comer. Pero si no os importa, no os esperaré con los licores.

Hablar con quien mejor la conocía no le vendría mal, se dijo, sentándose en el sillón cuando fue invitado a ponerse cómodo. Aquel caballero, además, estaba más tranquilo que él en ese momento.

Al día siguiente ya organizaría su partida hacia Minstrel Valley, decidiendo si iba a casa del padre Ellis, al cobertizo o a la taberna. Esa noche trazaría una estrategia que pudiera funcionar con la cabezota de Amanda.

Una que pudiera funcionar lo más rápido posible, no quería que su relación se encallara.

Capítulo 15

Minstrel Valley

Llegó por la noche, agotada, y aun así se veía incapaz de dormir, por lo que después de cenar bajó a una de las salas a leer un rato, deseando estar sola. Entró en la del fondo, creyendo que estaría vacía, pero Margaret se encontraba en ella también; marcharse le parecía una descortesía así que la saludó y eligió un lugar cercano en el que sentarse. Como ella, llevaba un tomo en la mano, en el caso de su compañera sería una guía de viajes que tan de moda estaban: el sueño de Margaret era viajar y conocer lugares exóticos. Abrió por una página al azar e intentó concentrarse en las líneas, pero se le cruzaban y desaparecían, tan alterada estaba. Diez minutos después, frustrada, cerró el libro con más fuerza de la deseada y echó el cuerpo atrás en el sillón.

—Amanda —la llamó Margaret—, ¿quieres contármelo o prefieres que siga leyendo sobre China como si no ocurriera nada?

Estaba perdiendo el control, fue lo primero que pensó, si era tan evidente que estaba pasando un mal momento. Y que debía ser mucho más que eso fue lo siguiente que le vino a la mente, si se había vuelto tan transparente con sus sentimientos.

Miró a su compañera, que le devolvía el gesto con genuina preocupación, y se fijó bien en el libro que sostenía en la mano.

—¿Qué harías con tu vida si no te casaras, Margaret? —quiso saber.

De todas las alumnas, era la que parecía querer más libertad.

—Viajar mientras la salud me dejara.

—Y desde que la edad te lo permitiera, también.

—Supongo —le concedió—. Pero sin duda sería eso: conocer otros países, otras historias, otras vidas. Dudo que un esposo me permitiera hacer algo así; para ello tendría que compartir esa inquietud conmigo o ser muy comprensivo, y no creo que vaya a encontrar a un hombre así. Preferiría estar sola o con alguien que quisiera lo mismo que yo a encontrar el amor y renunciar a mis aspiraciones.

—¿Y no sientes que te perderías algo?, ¿algo importante?

Margaret apartó la guía de su regazo y la miró con atención, supuso Amanda que planteándose si sincerarse o no con ella. Para su suerte —y privilegio—, sí lo hizo.

—Si me lo hubieras preguntado hace seis meses te hubiera dicho que no, pero te confieso que

de un tiempo a esta parte tengo dudas. Veo a amigas que se han prometido, recuerdo a las que se han casado... incluso profesoras... y envidio la complicidad que veo con sus parejas.

«Complicidad». Aquella palabra hizo que por un momento le faltara el aire. Nunca había pensado en ella y parecía definir lo que había sentido con Henry en sus escasos encuentros. Complicidad y el anhelo que, descubrió después, se traducían en deseo.

—¿Renunciarías al amor por esa complicidad?

—Vaya, esas son muchas preguntas, Amanda. —Sonrieron las dos—. ¿Puedo preguntarte qué harías tú si no te casaras?

La respuesta llegó sola: preguntarse el resto de sus días qué estaría haciendo él y con quién.

—Aprender a confiar —respondió en voz baja.

—¿En los hombres? Esa es una tarea hercúlea y nada envidiable.

—En mí misma —se dijo.

De nuevo se sostuvieron la mirada. Aquella críptica respuesta cerraba una charla que para ella había sido esclarecedora, pero que quizá hubiera dejado a la otra preocupada. Sintiendo culpable se acercó y le tomó la mano con cariño.

—Gracias, Margaret. Muchas gracias.

—Buenas noches, Mandy.

Más que pasear por el jardín trasero, parecía que huyera de alguien, pero nadie podía escapar de sí mismo ni de los recuerdos, y hacía ya dos días que a Amanda la acechaban; tanto como su cabeza.

Tal vez su huida hubiera sido un acto de precipitación —sí, había huido, esa vez no podía llamarlo de otra forma—, quizá debió quedarse y seguir con su agenda un par de días más: felicitar a su prima Faith y salir al parque con ella y, a lo mejor, acudir a alguna cita no demasiado multitudinaria.

Sabía que Henry hubiera ido a buscarla, fuera por ella o por un plan premeditado de su padre, acudiría a visitarla. Podría haberle gritado que conocía de antemano sus intenciones, que no necesitaba seguir fingiendo.

O podría haberle escuchado en lugar de dar por válidas las acusaciones de su madre, unas que, después de valorarlas desde la calma, no pasaban de meras elucubraciones y que eran difícilmente creíbles si se tenía en cuenta que aquella noche el señor Northrope tuvo que estar más atento a lo que debió de considerar la traición de su hijo Daniel que a reparar el daño. La lógica le decía ahora que debió quedarse y escuchar a Henry.

A su corazón le gustaba más el plan inicial de gritarle, no obstante.

En cualquier caso había perdido la oportunidad de hacer nada al irse de allí sin despedirse siquiera. Desde luego él sabría dónde encontrarla, pero ¿querría volver a perderse en Minstrel

Valley después de todo?

Acobardada, se sentó en un banco frente a la fuente y miró con rencor a la estatua de Minerva, diosa de las artes, la sabiduría y la estrategia militar.

—¿Crees que tú podrías haberlo hecho mejor que yo, acaso?

—Siempre supe, aunque me lo negaras, que hablabas con los dioses.

De un salto se puso en pie, asustada sin necesidad. Sabía a quién pertenecía esa voz y no era ella quien debía temer ser sorprendida donde no debía.

—Aquella noche hablaba con las nubes; y con la luna, ya que no dejabas de insistir. Pero no con Dios. —Por más que quiso, no pudo enfadarse con Henry. ¡Estaba allí, había ido a buscarla!—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces *tú* aquí? La última vez que nos vimos creí que habíamos hecho las paces. —Por más que lo deseara, no se acercó a ella. Primero las explicaciones, se obligó—. Hubiera jurado que habíamos llegado, incluso, a una especie de acuerdo.

—Sabía que jurabas —bromeó, en alusión también a la noche que se conocieron.

—Amanda —le advirtió, serio.

Era la primera vez que lo veía enfadado. Vaya, si quería conquistarla para contentar a su padre, aquella no era la actitud más aconsejable. Ni la oportuna para que ella le reclamara a gritos.

—Si vamos a hablar, será mejor que me sigas. Aquí podrían verte.

Siguieron un sendero por el jardín hasta el muro, y de ahí por la cancela del colegio hasta la puerta trasera por la que habían regresado tantas veces. Abrió la puerta, le exigió que saliera y lo dejó fuera, aunque no la cerrara.

—Así estamos en los límites —sonrió, engreída.

—Amanda —le repitió, con mayor impaciencia.

No iba a decirle que se había comportado como una boba. Prefería cortarse la lengua a reconocerlo. Además, ¿no se suponía que eran los caballeros quienes se disculpaban siempre? Claro que él ya lo hizo y, por otro lado, no era un noble de cuna.

—Confundí la situación, me precipité y volví al colegio. —A pesar de todo, había humildad en su voz.

Y ese tono modesto, y el arrepentimiento que escondía detrás, fueron suficientes para Harry.

—¿Por qué te confundiste? No, no te estoy preguntando qué te hizo equivocarte, sino por qué siempre ves lo peor de cada situación.

Aquello iba a ser una rendición completa, se lamentó ella. Le aguantó la mirada, pero recibió una determinación a cambio que la hizo claudicar. Sabía cuándo había perdido una pelea sin necesidad de comenzarla.

—La noche del lunes, cuando fuiste al baile, ¿me viste?

—Sí —contestó con voz suave, confirmándole que, en efecto, había sido testigo de su comportamiento. O su falta de este.

—Por eso.

—Amanda. —Ignoró la cancela y se acercó a ella.

—Ya lo comprobaste —lo apartó de sí casi de un manotazo—, no soy precisamente la favorita de la temporada. Y de repente tú quieres... quieres...

—¿Pasar el resto de mi vida contigo? —la ayudó. Cuando la joven levantó la vista, rauda a mirarlo, la corrigió—. Cuando te lo esté pidiendo, lo sabrás.

«Cuando te lo esté pidiendo», repitió para ella. Así que iba a hacerlo.

—Henry...

—¿Por qué no confiaste en mí? Quizá aquí no te conté la verdad, pero esa noche, en tu dormitorio...

Estaba más dolido que enfadado.

—Es en mí en quien no confío, ¿no lo entiendes?

No supo qué responderle, y durante unos segundos se miraron, callados. Al final, Amanda bajó la vista.

—De acuerdo —dijo Harry después de un par de minutos—, voy a contarte una historia y tú me contarás su final. Tú *elegirás* su final, ¿te parece?

—Pero... pero...

—Llegados a este punto, puedo irme ahora y pedirte que vengas esta noche al cobertizo, donde me estoy hospedando, y una vez allí gritarte si es necesario hasta convencerte de que lo que te dije la noche de los enamorados era cierto, que si no te acaricio es por respeto, no porque no te desee y desee estar contigo siempre. Y no —sonrió—, no es una pedida o lo sabrías.

A su pesar, ella sonrió.

—¿Y cuál es la otra opción?

Él se hizo el ofendido.

—Ya veo que esta no te gusta.

Se encogió de hombros.

—Quiero conocer todas mis posibilidades.

—También puedes venir al cobertizo y me pasaré la noche haciéndote el amor para demostrarte que mi compromiso es inquebrantable y que nada, nada, me hará cambiar de opinión. Te comprometeré; no, mejor: te corromperé. —El rostro de la joven se volvió del color de las amapolas—. Me encanta cuando te sonrojas. —Amanda seguía sin poder hablar, tan escandalizada se sentía. Aunque un hormigueo de curiosidad...—. ¡No me puedo creer que te lo estés pensando! Vas a matarme, dulce Selene.

Ella le dio un empujón, ofendida, momento que él aprovechó para tomarla entre sus brazos y besarla.

—¿Estás loco? —Lo apartó poco después, una vez calmado el dolor de su ausencia—. Podrían vernos. Deberías irte.

—Dime que vendrás esta noche al cobertizo.

—Henry...

—Dime que...

—Iré. Iré, pero márchate ya.

Aún le robó otro beso antes de desaparecer.

Amanda regresó, feliz, a pasear por los jardines. Despacio, con tranquilidad. No tenía prisa, tenía esa noche.

Y tenía un mañana: con él.

Epílogo

Londres, tres semanas después.

Estaban a solas en uno de los salones de la mansión de los Etherington, abrazados después de compartir varios besos. Les habían permitido que las puertas estuvieran cerradas, pero les esperaban para brindar en menos de quince minutos. La condesa no permitiría excesos hasta agosto, cuando se celebrara el feliz acontecimiento.

—Finalmente no has tenido dudas de cuándo te lo he pedido.

—Has organizado una cena en mi casa a mis espaldas, has hecho que mi padre me llamara a la ciudad con una nadería como pretexto y me lo has pedido delante de nuestras familias. No, no podía dudar.

—¿Eso es todo? ¿No vas a decir nada del discurso?, ¿ni del anillo?

Llevaba una pieza preciosa de orfebrería en el dedo, un diamante en talla *marquise* engarzada en un aro ancho de platino, con pequeños brillantes alrededor: parecía la luna rodeada de estrellas.

—Debe de haberte costado mucho conseguir una joya con la talla algo inclinada... Aunque mi joya eres tú, es haberte encontrado, ya lo sabes —le dijo divertida.

Recibió un pellizco en el trasero a cambio de su bravuconada.

—Esa es la clase de comentario que un hombre hace a una dama, y no al contrario. Y no, tampoco conseguirás nada. Cuando llegue el momento, no tendrás dudas.

—¡Harry! —protestó riendo—. Me mentiste en Minstrel House, haciéndome creer que podía elegir.

La noche en que se reconciliaron definitivamente, cuando acudió al refugio, se besaron y acariciaron, pero él prometió no tocarla hasta que se casaran. Desde entonces pasaba cuatro días en Londres y tres en el pueblo.

—No pensé que tu padre me haría esperar hasta el cierre del Parlamento.

Hasta que no terminaran las sesiones, su padre no había querido oír ni hablar de reformas integrales en su residencia, y la condesa no había cedido en celebrar el banquete en ningún otro lugar.

Escucharon pasos que se acercaban, pasos ruidosos, y se separaron. La cabeza rubia del menor de los Etherington asomó, sonriente.

—Mamá vendrá en menos de tres minutos, así que manos quietas.

—¡Dan! —protestó, sonrojada.

No se acostumbraba a sus bromas, por más que había acudido al pequeño valle en un par de ocasiones para conocerla mejor.

—Ya veo... ¿puedo besar también yo a la novia?

—Puedes largarte esos tres minutos.

Desapareció del umbral, pero sus risas se escucharon por el corredor. Amanda suspiró y se puso en pie. Sin esperarlo, fue hacia la puerta.

—Será mejor que regresemos.

Estaba ya por salir cuando él la detuvo por la muñeca y tiró de ella.

—No estaré dentro de ti hasta agosto, Selene —le advirtió con voz ronca, acariciadora—, pero pienso disfrutarte de todas las formas posibles hasta entonces.

No era tan inocente ya, después de casi un mes y varias noches a escondidas, como para no saber a lo que se refería.

—Lo sé. Y créeme, Harry, cuando estés dentro de mí, lo sabré.

Con una mirada lasciva, lo dejó solo en el saloncito un poco más, hasta que volvió a sentirse cómodo en sus pantalones. Cuando regresó, Dan lo recibió con una pulla susurrada.

—Creí que no había nada mejor que el sonrojo de una novia... pero parece que un novio abochornado...

—¡Oh, cállate!

Faith y Amanda los veían reírse desde el otro lado del salón, felices.

Finalmente, había ganado la conveniencia. La conveniencia de cuatro jóvenes enamorados.

Nota de la autora

Las lectoras que ya me conocéis sabéis que aprovecho estas líneas para contaros cómo he vivido escribir cada historia. Y las que no... ¡preparaos!

En esta novela me han quedado dos sensaciones muy marcadas. Una ha sido que mientras Henry y Amanda se comportaban dentro de los límites que marca el decoro y la prudencia, en otras páginas que nunca se escribirán Daniel y Faith han estado haciendo lo que han querido, so pretexto de que nadie los vigilaba... ni siquiera yo. ¡Caramba con la damita cuando confiesa que hay cosas que no pueden deshacerse! Eso no estaba en el guion y, como suele ocurrirme con algún personaje, fui la última en enterarme.

La otra sensación ha sido la que tanta importancia tiene para Amanda: la complicidad. Como ya sabréis, este proyecto ha sido una apuesta común de catorce compañeras... Os confesaré que somos trece, en realidad, las trece rosas... y en el que escribir dejó de ser un proceso interno y solitario para convertirse en un carnaval constante donde ha habido, también, algún momento para la Magdalena. Desde aquí mi más sincera admiración a todas ellas por su generosidad, sinceridad, solidaridad y arrojo. Con mujeres así el mundo sería diferente: la sororidad sería la norma, y no la excepción. Juglaresas: GRACIAS.

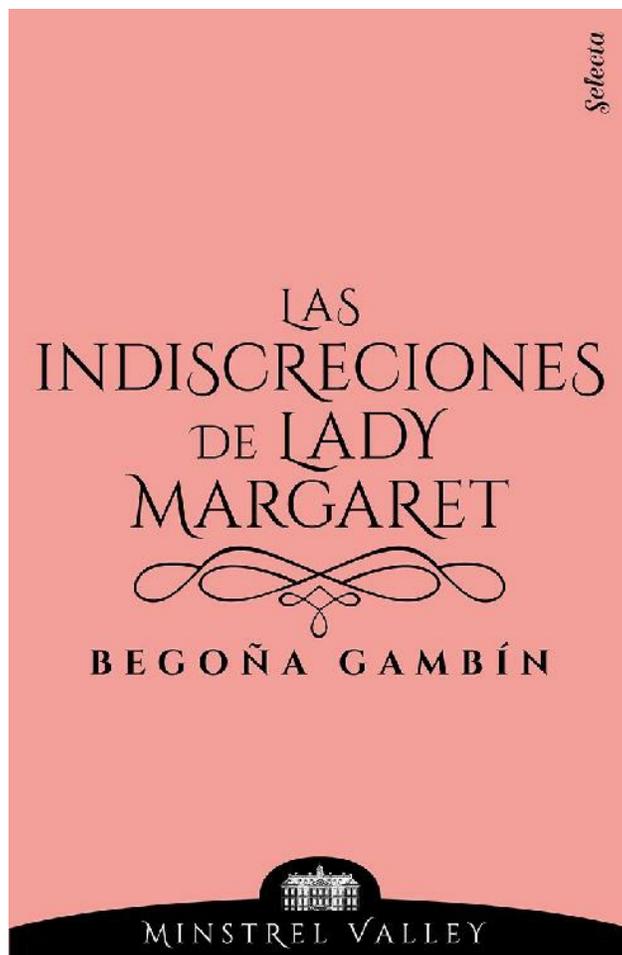
Si te ha gustado

Una cita a medianoche

te recomendamos comenzar a leer

Las indiscreciones de Lady Margaret

de *Begoña Gambín*



Prólogo

Londres. Verano de 1834

Queda fuera de toda cuestión que, en ocasiones, basta un solo instante, una breve visión, para cambiar una vida sin remisión, sin tener posibilidad de esquivarlo. En esos casos, es mejor dejarse llevar y confiar en que sea una metamorfosis que nos convierta en una hermosa mariposa.

El carruaje iba a pasar por delante de Ditton Manor camino de la vivienda de sus tíos maternos. El vizconde Ditton no pudo evitar desviar su mirada para no verla. Desde la muerte de sus padres, la otrora grandiosa mansión le recordaba a un panteón funerario.

Seis años ya. Seis años de oscuridad.

Andrew Kaye no quiso esquivar las imágenes que acudieron a su mente de los tiempos de su niñez, cuando su familia rebosaba salud y felicidad. Era un niño sin preocupaciones, amado por sus padres y su hermana, sin conocimiento de lo aciaga que podía ser la vida. Su madre era una mujer alegre y risueña que, por cualquier motivo, hacía una fiesta.

Con su padre le unía una estrecha relación en la que compartían aficiones que disfrutaban juntos. Entre ellas estaba la colección de obras de arte. Era muy habitual verlos a los dos acudir a la casa de subastas Christie's para adquirir alguna pieza. Incluso, su padre solía soñar en voz alta con él de las esperanzas que tenía de ampliar de forma importante la colección de la familia cuando Andrew emprendiese un viaje cultural por la histórica Grecia al acabar la universidad. En su juventud, él había realizado el *Grand Tour* por Europa y quería que su hijo disfrutase de ello, pese a que ya no era una práctica tan arraigada como en su tiempo entre los jóvenes de las clases altas británicas como parte de su educación.

Pero la alegría y todos los sueños familiares desaparecieron en un solo instante cierto nefasto día. La prematura muerte de sus padres a consecuencia de unas fiebres tifoideas y la consecuente responsabilidad que había recaído sobre él, lo sumieron en la más profunda negrura y lo convirtieron de inmediato en un joven responsable, pero también taciturno.

Por aquel entonces tenía quince años, llevaba dos años en Eton y tuvo que asumir el título de vizconde, aunque su fortuna la manejaban dos de los abogados de su padre y su tío. En cuanto cumplió los dieciocho e ingresó en la universidad de Oxford, comenzó a conocer sus entresijos cada vez que visitaba Londres, con la ayuda de su tío —marido de la hermana de su madre— y tutor. En poco tiempo despuntó como economista e hizo algunas propuestas sobre inversiones a sus albaceas, que estos aceptaron, y aumentaron cuantiosamente su capital.

En esos momentos, con veintiún años, por fin iba a asumir el gobierno total del título, comenzaría a realizar sus propias inversiones y a abrir sus propios negocios. Su seriedad y responsabilidad lo avalaban.

Durante esos años, el vizconde se había convertido en un hombre duro y curtido para todo el mundo, salvo para su hermana, la honorable Hester Kaye. Para ella tuvo que tragarse su propia amargura y camuflarla de alegría con sonrisas e ironía. El primer año después del deceso había sido muy duro para su querida Hester. Solo tenía ocho años y perder a sus padres a tan tierna

edad... Pero gracias al amor de su hermano y al de sus tíos, fue distanciando los lloros hasta desaparecer.

Sabía que tarde o temprano tendría que mudarse de nuevo a la mansión familiar, pero eso ocurriría cuando no tuviese a su hermana viviendo en la casa de sus tíos. Hasta entonces, nada más que los estudios podían separarlo de ella.

El carruaje paró y fue cuando Andrew se dio cuenta de que había llegado a su destino. El verano lo esperaba después de unos meses intensos en la universidad. Hacía seis meses que no veía a Hester y estaba ansioso por hacerlo, pero no pudo ser. Sus tíos le informaron de que su hermana estaba pasando el día en Ashbourn House con lady Margaret Ashbourn.

No lo dudó ni un segundo, se despidió de sus tíos asegurándoles que volvería en breve para celebrar con ellos su llegada y se marchó a la mansión de su mejor amigo, lord Arthur Ashbourn.

La vivienda de los condes de Darenth, padres de Arthur y Margaret, era como una segunda casa para Andrew y para su hermana. Por lo tanto, cuando llegó a ella, el mayordomo lo acompañó hasta la biblioteca donde se encontraba su amigo sin necesidad de anunciarlo. Después de un breve saludo, Arthur lo acompañó hasta el jardín, donde se encontraban las dos jóvenes.

Antes de verlas escuchó las risas alborotadas de las dos amigas, pero en cuanto las localizó... Entre los parterres, Hester y Margaret daban vueltas unidas por las manos, con las faldas revoloteando alrededor de ellas mientras se reían a carcajadas iluminadas por el astro rey que ese día había decidido mostrarse en su máximo esplendor.

La escena le llenó el alma de luz. Verlas a las dos disfrutando era lo más bello que había visto en los últimos seis años. Sintió una explosión de alegría al comprobar que su hermana era feliz.

La mirada del joven vizconde se desvió hacia la proveedora de tal dicha. La visión fascinante que pudo contemplar lo dejó boquiabierto. Margaret llevaba el pelo alborotado, los rayos de sol incidían en él convirtiéndolo en oro líquido. Sus mejillas, arreboladas por el esfuerzo, llamaban la atención en contraste con su pálida piel. Sus labios, seductores, estaban medio abiertos, como si fuese una invitación a ser cubiertos. La muchacha que contemplaban sus ojos no parecía la adolescente quinceañera que había visto la última vez que había estado en esa mansión hacía medio año; se había convertido en una hermosísima joven.

La nueva apariencia de Margaret le resultó tan *gratificante* que de inmediato comprendió que no volvería a verla nunca más como una chiquilla, hermana de su amigo.

Capítulo 1

Londres. Principios de marzo de 1838

El amor debería ser franco, dadivoso y carente de enredos, pero a veces conduce al ser que ama a comportarse de una forma incoherente. Aunque gracias a tal hecho, el ser amado sea beneficiario de ello.

Andrew Kaye, o lo que es lo mismo, el vizconde Ditton, agradecía en esos momentos su obsesión por seguir los pasos de lady Margaret Ashbourn durante todas las *soirées* en las que coincidían, o más bien, en todas las que averiguaba que iba a asistir la joven. Margaret acababa de compartir una cuadrilla con William Barkham, conde de Ipswich. Por lo tanto, en cuanto observó que al terminar la pieza de baile se escabullían con cautela y, poniendo mucho empeño en pasar desapercibidos, se dirigían hacia las puertas de acceso al jardín, no tuvo ninguna duda y los siguió con un gesto impaciente. «Pero ¿qué está haciendo esta muchacha? ¿De verdad pretende verse a solas con un hombre?», gruñó para sí mismo, frunciendo el ceño.

Conocía a Ipswich. Todo el mundo nocturno de Londres y que no estuviese aislado en un pueblo como Minstrel Valley conocía al conde. Mujeriego, juerguista y encantador de serpientes. Ese era su amigo.

Por otra puerta distinta a la que ellos habían utilizado, accedió al gran balcón que hacía de mirador y que servía para contemplar el entramado de plantas, setos y árboles del jardín de la mansión de los duques de Kenwood, cuyo enclave se encontraba en uno de los lugares más opulentos de Londres, Berkeley Square.

Disfrutaban de un baile organizado por Charlotte Wetherall, duquesa de Kenwood y tía de Margaret. La encantadora duquesa, patrocinadora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, y amiga personal de la dueña de Minstrel House, donde residía el grupo de jóvenes, entre ellas Margaret, que tenían el privilegio de ser guiadas para adquirir todos los atributos necesarios para convertirse en Damas Selectas, era una dama muy respetada y estaba considerada como una de las mejores anfitrionas de la alta sociedad londinense.

Ditton se ocultó junto a una columna que le dio refugio además de la oscuridad suficiente para que la pareja no se percatara de su intrusión, y desde allí se dispuso a velar por la honra de su *amiga*.

Mientras los veía conversar cercanos a la balaustrada, se le escapó una sonrisa al recordar el día que había vuelto de sus estudios y vio a Margaret convertida en una esplendorosa adolescente, hermosa como jamás lo hubiera creído.

Para él era incomprensible cómo su corazón había detectado enseguida quién iba a ser su dueña, aunque ella era demasiado joven como para imponerle su amor, así que decidió aparcarse sus sentimientos, ofrecerle su amistad y esperar el momento adecuado para cortejarla. Su amor era como una fogata ardiente y luminosa que se alimentaba de continuo al compartir su vida con la de ella y que se avivaba con los pequeños detalles que Margaret le ofrecía sin tener conocimiento.

Como consecuencia de ello, se conformaba con estar siempre a su disposición y atento a

cualquier problema que tuviese.

La risa contagiosa de Margaret lo sacó de sus pensamientos. Esa risa tan habitual en ella, pero que en esos momentos era destinada a Ipswich. ¡Maldito fuese! El conde no se merecía que le dedicase ni una sola de sus sonrisas, ni escuchar su subyugadora voz.

Su voz.

No era la dulce y tímida dicción de una joven recién presentada en sociedad. En sus oídos sonaba cantarina y aterciopelada a la vez. Puro deleite para sus sentidos. Él la tenía grabada en su mente como una de las sinfonías más bellas jamás tocadas.

Súbitamente, sus ojos oscuros, que de normal eran impenetrables, se desorbitaron al ver cómo Ipswich alargaba los brazos, rodeaba la estrecha cintura de Margaret y la atraía hacia sí sin que la joven pusiera ni una sola objeción, más bien todo lo contrario, ya que posó sus delicadas manos enguantadas en el pecho del infame conde. De inmediato, elevó la mirada hacia sus rostros y vio la sonrisa lobuna de Ipswich.

Sus manos se convirtieron en puños ansiosos por chocar contra su rostro masculino. Esa cercanía corporal le dolía en lo más profundo. Los últimos meses había practicado en el arte de la lucha gracias a algunos de sus conocidos de Minstrel Valley, así que la picazón en sus manos se reveló enseguida. Intentó templar sus nervios para no perder la compostura y formar un escándalo. Por el bien de la joven.

En eso se percató de que un grupo de jóvenes damas risueñas se dirigían hacia las puertas que tenía junto a él. Volvió su mirada de nuevo hacia la pareja que permanecía abrazada, pero, para colmo de males, el atractivo rostro del conde se acercaba de forma lenta pero constante para unir sus labios a los de Margaret.

—¡Maldita sea! —masculló. Por ahí no pensaba pasar. ¡Los labios de Margaret eran suyos!

Sin atisbo de duda, avanzó con paso vigoroso hasta ellos, la agarró por el brazo y tiró de él hasta que deshizo el abrazo ante la sorpresa de los dos.

—¡Ditton, ¿qué haces?! —exclamó Ipswich.

—¡Andrew! —exclamó Margaret a la vez que el conde.

Sin mediar palabra, la arrastró con él consiguiendo que la joven trastabillara en pos suyo, abrió una puerta, la introdujo en su interior y la cerró con tal fuerza que hizo vibrar sus cristales. Se encontraban en el despacho del duque. Margaret dio una fuerte sacudida con su brazo para soltarse del agarre de Andrew.

—¿Se puede saber por qué has obrado así? ¡Ipswich estaba a punto de darme un beso! —le espetó, molesta.

—¡Precisamente por eso, Margaret! ¡Observa! —Señaló hacia el exterior a través de las cristaleras. En ese instante, el grupo de jóvenes, entre las que reconoció a lady Jane Walpole, compañera suya en la escuela de señoritas, hizo acto de presencia en la terraza. Margaret parpadeó conmocionada, con el aire atascado en los pulmones y una sensación de miedo en el estómago.

—¡Oh! Habría sido un gran inconveniente si me hubiesen descubierto con el conde de Ipswich —reconoció la joven llevándose la mano al pecho—. Gracias, Andrew.

—No se merecen, pero esto se podría haber evitado si tú no te hubieses escabullido con él. ¡¿En qué estabas pensando al hacer tal cosa?! —inquirió mirando de forma inquisitoria a la joven, con el ceño fruncido.

—Ha sido una bobada, lo reconozco, yo solo quería... —Margaret enmudeció de repente, reticente.

El vizconde profundizó en su mirada. Los hechizantes ojos de color añil de la muchacha solían observar todo su entorno como si estuviese viviendo en una fantasía y quisiese conocer todos los detalles para no olvidarlos. Y, en ese momento, él vio ese destello de curiosidad en ellos.

—¿Qué querías? —insistió con un tono algo imperativo, pese a que intentó evitarlo.

—Yo... —murmuró reacia.

—Adelante, Margaret, sabes que puedes confiar en mí sea lo que sea, que siembre estoy aquí para ti.

—Lo sé, Andrew. Siempre eres mi apoyo cuando me meto en algún enredo. Eres un gran amigo. ¡¿Qué digo?! ¡Más que un amigo! Eres como un hermano para mí. —Hizo una pausa, lanzó un suspiro y desvió su mirada hacia la chimenea de mármol blanco que presidía una de las paredes paneladas de madera noble—. Quería saber lo que se siente cuando te dan un beso —murmuró con gesto avergonzado a la vez que su níveo rostro se sonrojaba.

—¡Oh! —El vizconde no supo qué más decir.

Dos pensamientos confrontados luchaban dentro de él. Por un lado, se sintió defraudado al oír de los labios de Margaret el lugar que ocupaba en sus sentimientos ¡Un hermano! Y por otro, cuando confesó el motivo de su atrevimiento, el cuerpo del vizconde se sacudió como si esa voz suave como fino satén fuese un canto de sirenas, y que sus palabras eran una suave melodía dedicada a él. ¿Quería un beso? ¡Él estaba dispuesto a darle cientos en un instante!

Dio un paso hacia ella, pero se impuso la disciplina de la que siempre hacía gala, apretó las mandíbulas al tiempo que le daba la espalda. Había estado a punto de atraparla entre sus brazos y demostrarle personalmente lo que se siente al ser besada con infinita pasión.

Pero no podía hacerlo. No, más bien no debía. Tenía la obligación de respetarla a ella y a su familia. Además, Margaret se merecía un cortejo como mandaban las normas sociales, con el que le demostraría que no era *su hermano*.

La única muestra de todos esos sentimientos que atravesaron vertiginosamente su mente fue a través de sus ojos, que adquirieron una fuerza tormentosa durante unos segundos, para luego tornarse chispeantes.

—Sal de aquí y diviértete con mi hermana y tus amigas, por favor —le pidió con la intención de que abandonara la estancia antes de que no pudiese seguir controlándose y cometiese una imprudencia.

No vio cómo Margaret afirmaba con la cabeza, pero para sorpresa del vizconde, la escuchó

obedecerlo sin rechistar.

Continúa la rompedora serie de «Minstrel Valley», creada por trece autoras de Selecta. Ambientada en la Inglaterra de la Regencia en un pequeño pueblo de Hertfordshire, descubrirás una historia llena de amor, aventuras y pasión.

¿Se atreverá Amanda a saltarse todas las reglas sociales e intimar con un hombre al que cree un mero secretario?



¿Qué ocurrirá cuando Harry descubra quién es en realidad Amanda y que el azar le ha entregado una carta truncada?

Lady Amanda Etherington, hija de un conde y afamado político, es una joven inteligente, educada, con un porte majestuoso... y un fracaso social tras dos temporadas. Y no, la culpa no la tienen su mermada dote ni su rostro anodino, sino su timidez. Cada vez que acude a un baile se bloquea y se comporta de un modo tal que la nobleza ha creído ver una tara en ella y temen desposarla por si sus hijos nacen, en palabras incluso de su propia madre, «idiotas».

Así que cuando escucha hablar de la Escuela para señoritas de Lady Acton pide acudir allí en una huida desesperada, sin saber que en Minstrel Valley encontrará su destino.

Henry Northrope, el banquero más influyente de Reino Unido, está cansado de que la aristocracia le dé con la puerta en las narices, y concierta un matrimonio de conveniencia para su primogénito con la hija de un barón arruinado. Pero Harry se niega a seguir los dictados de su padre y este, a modo de castigo, lo envía en el más absoluto anonimato a Minstrel Valley con un pariente lejano, el sacerdote del pueblo, para que reflexione. Dado que Harry lleva meses necesitado de un descanso para trazar un plan que incluya a la familia en las altas esferas políticas, acepta marcharse al pequeño valle

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue *Cuando el corazón perdona*, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Ruth M. Lerga

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-26-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Prólogo

- [1] N. de Autora: hasta mediados del XIX no se habló del Partido Laborista sino de *whigs*, no os aburriré con la razón. Y el padre de nuestra protagonista, el conde de Sandsbrooke, milita de manera muy activa en el Partido Conservador, a quienes hasta dos años antes se les llamaba *tories*.
- [2] En el ajedrez, si un peón corona o llega al otro lado del tablero, puede cambiarse por una pieza perdida: torre, caballo, alfil o dama a elección del jugador. Pero esta regla es relativamente nueva. En teoría fue abolida «hace siglos», pero antes nada podía cambiarse por una ficha mayor, perdida o no, aunque cada país, e incluso cada club, tenía sus reglas y las siguieron aplicando con persistencia hasta la creación de la Federación Internacional de Ajedrez (FIDE), en 1929.

Capítulo 4

- [3] Los Bow Runners eran la policía metropolitana de Londres. Henry no sabía todavía que fuera de la capital el sistema de orden público funcionaba de otra forma.
- [4] *N. de A.*: Harry es el nombre medieval de Henry, y se utiliza también como diminutivo de este. En familia todos le llaman Harry para distinguirlo de su padre, Henry, dado que tienen el mismo nombre. Pero para los menos allegados él es Henry Northrope, como su progenitor; de ahí que durante la novela a veces se llame al protagonista por uno u otro nombre de manera indistinta.

Capítulo 5

- [5] Auriga es la constelación de El cochero y a la Osa Mayor se la conoce también como el Carro; así Selene tendría una carroza para pasearse por el firmamento.

Capítulo 7

[6] N. de A.: Este caballero, esta idea, nunca existieron y son de mi invención; un pretexto para que hablen del contexto socioeconómico del país más allá de la Ley de la Emancipación, que era lo más candente entonces: las revueltas irlandesas, y que entienda Henry cuán informada está Amanda. Disculpad la licencia.

Capítulo 10

[7] Se refiere Juan I, o Juan Sin Tierra, que tras años de malas de decisiones, perdió todos los territorios franceses y acabó debilitado como monarca, obligado a firmar y someterse a una Carta Magna, y con una guerra civil en ciernes.

[8] Ulises le dijo a Polifemo que su nombre era «Nadie», de ahí la broma.

Índice

Una cita a medianoche

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ruth M. Lerga

Créditos

Notas